
3 1761 08820264 3



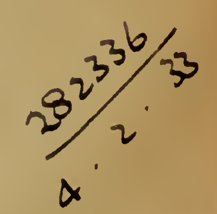


PATROCINIO DE BIEDMA.

LA BOTELLA AZUL

(NOVELA ORIGINAL.)

CUARTA EDICION.



CÁDIZ: 1881.

TIP. LA MERCANTIL,
Plaza de Gaspar del Pino.

Á MI BELLA SOBRINA

LA SEÑORITA DE SAN MIGUEL DE LA VEGA.

EN RECUERDO DE CARIÑO,

La Autora.

Cádiz: 1881.

LA BOTELLA AZUL.

CAPÍTULO I.

Las nueve serian de una clara y hermosa noche de Marzo, cuando en el teatro *Español* —ántes del *Príncipe*—finaba el primer acto de una obra que se estrenaba, y cuyo autor se encubria bajo el velo del pseudónimo.

La comedia era un bello y sentido cuadro de costumbres; los espectadores, que habian escuchado con gusto sus fáciles y sonoros versos, aplaudian de esa manera entusiasta y sostenida que tan agradablemente debe resonar en el oido del autor.

Algunas voces pidieron á éste, y algunas otras á los actores que tan admirablemente habian interpretado su pensamiento.

El poeta, ó no se hallaba en el teatro ó eludió modestamente el presentarse hasta el final de la obra: el caso es que el telon se levantó y los actores dieron las gracias al

público, que les saludó con prolongado aplauso.

Algunos ramos de flores cayeron de los palcos al escenario, y una corona de laurel, ligera y elegante, fué lanzada tambien á los piés de la bella Amalia C····, que era la actriz que estaba en la escena.

Los que la acompañaban se apresuraron á levantarla para ofrecérsela, y asimismo los ramos.

Amalia alzó los ojos buscando sin duda á la persona que habia arrojado la corona, y envió una dulce sonrisa á una linda jóven que desde un palco la saludaba.

El telon cayó, y nosotros vamos á llevar á nuestros lectores entre bastidores, pues los murmullos del teatro, las miradas de las bellas y las tonterías de los pollos suponemos que no les interesan.

En tanto que la escena que hemos referido tenia lugar, un hombre grueso, pequeño y colorado miraba entre bastidores á la simpática actriz.

El rumor de los aplausos le hacia sudar, y cuando las flores cayeron, cuando Amalia dió con una sonrisa las gracias por la corona, aquel hombre se puso lívido, y gruesas gotas de sudor brotaron de su frente.

Al caer el telon, cuando Amalia volvia orgullosa con su triunfo, el hombre rechoncho se le puso delante, y queriendo aparentar un enojo grave y dar á toda su persona un airecito respetuoso, que seguramente no tenia, dijo á Amalia:

—¡Todo lo he visto, señora!

—¡Dios mio! dijo ésta sonriendo; ¿qué puedes haber visto? que me han regalado esta preciosa corona?

—Esta corona será de espinas para tí, porque ella me prueba que me engañas.....

—Pero, mi querido Bruno, ¿qué engaño puede haber en esto? He dicho bien mi papel, me han aplaudido, eso es todo.

—Demasiado sabes tú que no se trata de eso.

—¿Pues de qué?

—Cuando decias los versos de esa comedia maldecida, mirabas á cierto pollo que mira siempre que estás en escena hácia el lado en que te encuentras; cuando cayó la corona, yo te he visto mirar y sonreir; ¿á quién sonreias, dí? dijo el gordo Bruno alzando algun tanto la voz.

—Vas á dar un escándalo, dijo Amalia contrariada; vamos á mi cuarto si quieres.

—No señora, á mí no me importa que

todo el mundo se entere; yo soy su marido y la hablo como me parece.

—Ya lo sé, Bruno, dijo ella suspirando ligeramente; pero por estas tonterías haces que se diga lo que no hay necesidad.

—¡Con que son tonterías! ¿El no querer que mires á nadie son tonterías? ¡Pues señor, me gusta! Mi señora cree que es una tontería el que la prohiba mirar á los pollos; vaya, pues entónces te diré que los mires!

—Bruno, dijo Amalia, cuya paciencia se iba agotando; es tontería tener celos cuando no hay motivo, y mortificar á quien no lo merece.

—¿Que no hay motivo? ¿Qué no? ¿Pues á quién sonreias?

—A la hija del conde del Pino, que me saludaba.

—¡Vaya! hija, si tú crees que yo soy tonto.....

Amalia hizo un gracioso movimiento y se encogió de hombros.

—¿Qué he de creer? dijo con graciosa malicia: ¡nada de eso! D. Bruno, cuyas fuerzas se iban agotando ya, quiso firmar las paces y dijo cambiando de tono:

—Vaya, hija mia, pues si me das tu palabra de que mirabas á la hija del conde del Pino.....

—Claro, hombre, y con haberte asomado entre el telon lo pudistes ver.

—Entónces te perdono.

—¡Tú! dijo con asombro Amalia, ¡muchas gracias!

—Yo; y que no vuelva á suceder.

Una llamarada de ira tiñó por un instante la frente y las mejillas de Amalia; iba á hablar, pero dominándose sin duda, hizo un movimiento imperceptible y se alejó.

D. Bruno se quedó sentado en un sillon que habia hecho colocar en un lugar á propósito para ver la escena, cruzó sus dos manos, que unidas formaban una bola de carne, y fijó su mirada sin expresion en las luces del teatro.

Momentos despues aquellos ojos se cerraban y un ronquido fuerte y sonoro anunciaba que D. Bruno dormia.

Amalia, vestida con diferente traje, apareció para salir á la escena.

Una campanilla llamaba ya á los cómicos; el segundo acto iba á empezar.

—¡Bruno, Bruno, dijo Amalia moviendo aquella masa viva que no se despertó; Bruno, gritó alzando la voz, va á empezar el acto!

—¡Ah, sí! voy, voy, dijo medio dormido el robusto Bruno; y mirando á Amalia, que estaba elegantemente vestida:

—¡Cómo! esclamó, ¡te has puesto descotada! ¿Y con qué permiso?

—¡Dios mio! dijo Amalia haciendo un movimiento de impaciencia, en tanto que una lágrima de fuego brotaba de sus ojos: ¡Dios mio, esto es insufrible!

—Ya sabes que no me gusta que te vean descotada, dijo Bruno dándose importancia.

—Era preciso, porque en la escena tengo que estar vestida de baile; pero si no quieres que vuelva á vestirme así, me retiraré del teatro.

—Eso no, dijo cobardemente Bruno, siempre ha de ser lo que tú quieras... vaya, y estás muy hermosa.

Amalia sonrió con amargura y siguió al que venia á buscarla para salir á la escena.

Bruno la siguió con la mirada, y luégo su cabeza cayó pesadamente sobre su pecho.

Un gran ruido le despertó.

Se incorporó pesadamente como para darse cuenta de lo que oia.

—¡Ah! se dijo bostezando, son aplausos, ya estará mi mujer contenta, estas cómicas todas son más malas que el diablo; pero ella me ayuda...

Una sonrisa egoista é interesada dilató aquella cara de luna llena, que jamás menguaba, y fué á ver el triunfo de Amalia.

En aquel instante caia el telon.

—¿Me has oido? le pregunto Amalia cariñosamente.

—¡Yo! he estado durmiendo.

Amalia palideció, pero nada dijo.

Estaba acostumbrada sin duda á aquel brutal egoismo.

Algunos amigos la rodearon felicitándola; la expresion de tristeza de su semblante se disipó, pues no hay artista que no sienta su corazon dilatarse con un triunfo.

Su dulce mirada se animó y comenzó á hablar de esa manera vivaz y chispeante que demuestra un gran talento comprimido, pues sabido es que la inteligencia, al querer ocultarla, brilla más.

Una mujer que habla bien es siempre escuchada con gusto, y más si esta mujer es bella; porque entónces se la mira y se la oye: Amalia hablaba bien y era fina y

distinguida: se le escuchaba, pues, con agrado.

D. Bruno la miraba de una manera que sólo podemos comparar á cómo mira el gato ántes de acometer.

D. Bruno debia tener algo de la raza felina.

Su frente aplastada y pequeña, sus ojillos grises medio ocultos en masas de carne, su gran nariz y su boca no fea, pero inmóvil y sin expresion, le daban un aspecto risible y extraño; y esta cabeza colocada sobre un cuerpo redondo á manera de tonel sostenido en dos cortos bancos, hacia el sér más grotesco del mundo.

Pero D. Bruno tenia una habilidad especial sobre todas estas perfecciones descritas; la de ser hipócrita, el más hipócrita del mundo.

Humilde hasta la vileza, sabia achicarse, sabia hacerse ante todos un ente completamente inútil, incapaz de causar una molestia, y si se le creia malo, era á la manera que puede serlo una máquina rota, sin concedérsele el poder del mal.

Se le creia tonto de buena fe, y no lo era.

Era un malvado con una apariencia estúpida.

Era un idiota en la forma, en el fondo infame.

Pero ¿quién buscaba aquel fondo, ni para qué?

Todos creian que debajo de aquella grueza corteza de carne no habia nada.

Todos se engañaban.

Debajo de aquella estúpida masa habia un corazon perverso.

Dios, eterno regulador del bien y el mal, le habia negado el talento como ha negado á la víbora las alas.

¡Pero el reptil suele llegar arrastrándose al lugar que se propone!...

El tonto tiene la desconfianza, y la desconfianza es la malicia, es un arma ofensiva.

No temais jamás al talento.

Por pervertido, por depravado que esté el corazon de un hombre que tiene inteligencia, hay en él arranques nobles, grandes, y uno de ellos puede convertirle y hacer de él un héroe, porque el talento es el valor, es la generosidad, es la grandeza, lo es todo.

¡Pero un necio! ¡Es la peor de las plagas sociales!

Y adviértase que los hay de varias espe-

cies; hay tontos buenos, esto es, tontos, tontos y éstos no son temibles, son séres inofensivos; generalmente tienen la manía de creer que no lo son: es una manía inocente, no hay que temerla.

Hay tontos malos, es decir, tontos á medias, y éstos ya son otra cosa: hay que huir de ellos; porque cifran su mayor gusto en el daño que hacen, es decir, muerden para renegar de lo que son.

Y hay tontos infames, que son los más dañinos animales de la creacion.

Tontos que hacen de su inutilidad una coraza que les resguarde, y excusados con ella, ocultos y seguros, lo hacen todo.

Calcúlese por esto qué clase de engendro seria aquel mundo que andaba milagrosamente.

Hemos dicho cómo miraba á Amalia; ésta se habia olvidado de él; pero al fijar su vista en la mirada gatuna de su esposo, palideció levemente, y su animada conversacion fué acabándose.

La pobre jóven le temia como teme la mosca á la araña, como teme la paloma al milano, y aquella mirada apagaba su alegría.

Se despidió de sus amigos, que de nada

se apercibieron, y fué á retirarse con su marido.

Al entrar en su cuarto para desnudarse buscó inútilmente la corona que allí habia dejado.

—¿Has visto tú mi corona, Bruno? preguntó con temor.

—No la he visto.

—Pero yo la dejé aquí, dijo Amalia.

—Pues no lo sé.

—Dimela verdad, Bruno; tú la tienes.

—¡Yo! Te aseguro que no, no la he visto siquiera; la habrás regalado á alguno de esos amigos que te hablaban, y querrás ocultarlo.

—Pero Bruno, si la dejé aquí y me fuí á la escena.

—Pues no la he visto, y basta.

Si la pobre Amalia se hubiese asomado al balcon, hubiera salido de dudas.

Las hojas de laurel de su corona, rotas y destrozadas por la brutal mano de Bruno, flotaban en el viento.

CAPITULO II.

Amalia habia sufrido un gran pesar al no encontrar su corona; pero como el artista no se pertenece, volvió á salir á la escena en el tercer acto de la comedia.

Bruno, para quien el arte era la más grande de las simplezas y de las inutilidades, y que decia que sin toda esa caterva de locos que pintan, que escriben, que dan forma al mármol y al bronce y que hacen sonidos, el mundo estaria mejor, no teniendo que ver con *aquello* que él no entendia, se sentó con calma en el cuarto de su mujer.

Una sonrisa cruel de satisfaccion se dibujó en sus labios.

—¡La corona! se dijo flemáticamente. ¡La corona! Puedes buscarla, hija mia; ¡creias tú que yo era tonto!

La eterna manía de estos séres es protestar contra lo que son.

—Vaya con la corona, continuó; hubieras querido llevártela á casa, y mirarla y besarla, ¿eh? Pues nada, es preciso que te mortifiquen mis caprichos como á mí me mortifican los tuyos.

Dejemos en sus monólogos al simpático Bruno, y volvamos entre bastidores.

Un grupo de alegres muchachas contemplaba á Amalia, que en aquel momento recitaba de una manera verdaderamente inspirada los magníficos versos de la comedia.

Sabido es que la envidia se entroniza en el corazon de la mujer, por más que haya algunas que jamás den cabida á este sentimiento.

Pero entre mujeres de educacion descuidada, entre mujeres que unen á una posicion dudosa una ambicion desmedida, la envidia es inevitable y fatales sus consecuencias.

Amalia era esta noche la víctima de la envidia de sus compañeras, que se vengaban así de su triunfo.

—¿Has oido tú, Luisa, lo que decia á Amalia su marido?

—¿Quién no oye á ese destemplado tambor? dijo la aludida, que era una bella rubia, sonriendo con gracia.

—¡Sí, sí! Pues el pobre hombre se queja con razon.

—¿De qué?

—¡De que Amalia mira á las butacas!

—¡No que estará en escena mirando las bambalinas! ¡qué hombre tan estúpido!

—Sí, pero estúpido ó no, dijo otra, el caso es que Amalia le hace tanto caso como á un bulto.

—¡Y qué ha de hacer Amalia, dijo la rubia que á todas luces la defendia, sin duda porque ella era tambien bonita, con ese hombre si no sirve para nada!

—¿Por qué se casó con él?

—¡Qué sabemos por qué seria!

—Por ambicion; Amalia es muy orgullosa.

—¡Pues se ha lucido! ¡Si D. Bruno no tiene nada!

—Pero tenia ántes de arruinarse.

—¡Pobre Amalia! ¡Pues si es más desinteresada!...

—Lo que es Amalia es muy hipócrita; se sabe hacer la víctima, la mártir y luégo vaya Vd. á ver su vida privada; se cuentan mil historias y mil enredos á cual peor.

—¿De Amalia?

—Pues ya lo creo.

—A ver, cuenta, cuenta, dijeron todas con impaciencia.

—Se dice que en su último viaje tuvo unos amores muy complicados con un jóven...

—Pero si va siempre con su marido, interrumpió una.

—Pareces tonta, Laura; ¿sabes de lo que sirve un hombre así? ¡De pantalla!

—Pero á ella nada se le ve, dijo Laura resentida de la franqueza de la narradora, que la habia llamado tonta.

—¡No me dejarás acabar!

—Calla, Laura, calla; ¡déjala contar!

—Pues se dice que ahora tiene relaciones con un rico banquero, que es el que sostiene su lujo...

—¿Qué lujo? dijo la rubia Luisa, si viste modestamente y lo gana ella...

—¡Ja, ja, ja! Jesus, no sé cómo digais eso; ¡si ella no gana para guantes!

—Pero en fin, quién es ese banquero invisible que nunca la acompaña?

—No quiero decir su nombre; pero vosotras le conoceis.

—¿Quién es? ¿Quién es? Dílo... Julia aproximó su boca al oido de Luisa, y dijo un nombre.

Esta hizo un gesto de sorpresa, y lo dijo á la que tenia inmediata, y así de una en otra.

—No es posible...

—Pero si no la ve nunca.

—Es viejo...

Todas estas exclamaciones y otras muchas pasaron.

Julia dijo gravemente, como un juez que fallára una causa despues de oir á los abogados:

—Pues es verdad.

—Pero ¡Dios mio! ¿Cómo puede ser eso, si ese bendito marido está á su lado siempre?

—¿D. Bruno? ¡Valiente resguardo! ¿Sabes, Laura, que me haces el mismo efecto poniendo á Amalia bajo la salvaguardia de un marido de ese género, que si los serenos se acostáran confiados en que estaban encendidos los faroles?

—Pero D. Bruno es muy celoso, la guarda y la mortifica.

—Porque el pobre hombre no puede más.

—Pero Amalia es tan sufrida y tan dulce...

—Porque le conviene, no seas fastidiosa; Amalia sabe mucho, y como el pobre del marido es tonto, ella lleva la mejor parte.

—Pues yo creo que si alguien pierde es ella.

—Sí, mucho pierde, y no hace más que lo que la conviene..... Desengáñate, esos

maridos son hechos que ni de molde para esas mujeres.

—Julia, no seas exagerada, dijo Luisa; Amalia es buena, y con otro hombre seria feliz.

—Don Bruno es bueno tambien; es verdad que es un poco simple; pero tiene muy buen corazon, y la quiere.....

Luisa se encogió de hombros, sin atreverse á negar esas cualidades, que eran la máscara con que D. Bruno era conocido.

Julia prosiguió:

—Pero Amalia, que le odia porque no es romántico como ella, se burla de él y lo pone en ridículo.

Es inútil proseguir.

Esta conversacion se repite siempre que se trata de una mujer colocada en esa difícil situacion.

Oigamos ahora la conversacion que sostenian tres jóvenes en un palco.

La distincion de sus maneras y sus elegantes trajes prueban que pertenece á ese distinguido centro social que se denomina el gran mundo, y no decimos ya aristocracia, porque esta clase ha sufrido extrañas intrusiones, y confundidas al fin esas pequeñas partes heterogéneas con aquel

todo homogéneo, le han descompuesto, por lo ménos, en su esencia.

—Es una conquista fácil, decia riendo uno de los jóvenes.

—Pues es una mujer muy simpática, contestaba el que parecia de más edad de ellos, mirando con el lente á Amalia.

—Guárdate de enamorarte de ella, Bautista, porque es una mujer que no tiene corazon.

—¡Bah!.... contestó Bautista con una desdeñosa sonrisa.

—Luis sin duda no ha encontrado ese corazon que niega, dijo el otro jóven que guardaba hasta entónces silencio.

—¡Pardiez! yo no lo he buscado, bien lo sabes tú, Federico.

—En ese caso es un presentimiento lo que te hace negarlo.

—¡No tal! Es que me atengo á las reglas generales; es que la juzgo psicológicamente.

No veo que tenga que ver la psicología en ello.

—No te lo sabré explicar, pero yo tengo el convencimiento de que es así.

—Pero ¿en qué fundas ese convencimiento?

—En que tiene una gran imaginacion,

un gran talento, y el corazon de la mujer, ó concentra el sentimiento para divinizarle, ó le evapora; Amalia le ha evaporado.

—¿De qué manera? Es muy jóven.

—Le ha evaporado viviendo, no para sentir, sino para pensar.

—Quizá habrá amado.

—Es de creer, pero no supongo que sea al ogro de su marido.

—¡Calla! ¿Conoceis al marido? dijo Bautista.

—Mucho, dijeron ambos.

—¿Y qué tal?

—Cero.

Una carcajada siguió á estas palabras.

—Por eso, dijo Federico, es puerto franco.....

—¡Desde luégo! Practicable y sin miedo.

—No hay más que zarpar.....

—Sois unos aturdidos, hablais así de una mujer á quien no conoceis, y eso, cuando ménos, es una ligereza.

—Sabes, mi querido Quijote, que esta vez no tienes razon.

—Sí, la tengo; esa mujer es quizá buena y honrada y hablais de ella como si no lo fuera.

—¡Pardiez! la cuestion de virtud es indefinible....... se entiende de tantos modos!

Pues yo me intereso por esa señora, y os ruego separeis su nombre de vuestras burlas.

—Esto es muy gracioso, dijo Luis riendo de nuevo: serás tú un amador incógnito de la bella Amalia.

—Es la primera vez que la he visto.

—Entónces.....

—Entónces, mi querido Luis, dijo Federico, Bautista se ha enamorado de ella.

—Pudiera ser, dijo gravemente Bautista.

—¿Quieres aceptar una apuesta?

—Veamos cual es.

—¿Quieres apostar á que ántes de un mes es Amalia C. mi querida?

—Bien, apostemos.

—Tu tronco de cabellos grises contra....

Luis se detuvo.

—Contra el derecho de decirte en público que miente el que calumnia á una mujer que no conoce.

Luis palideció.

—¡Diablo! exclamó, muy fuerte es eso, pero adonde no alcance la palabra.....

—Alcanzará una bala, dijo friamente Bautista.

—Convenido, dijo Luis tendiéndole la mano al levantarse para salir; de hoy en un mes, ó una prueba del amor de Amalia, ó un balazo á quince pasos.

—¿Te vas? dijo Federico.

—Voy á reconocer la plaza sitiada para tomar posiciones ¿vienes?

—No, te dejo en libertad.

—Pues adios, dijo saliendo del palco.

Federico y Bautista quedaron solos.

—Me quieres decir, dijo Federico á Bautista, por qué defiendes á la Amalia?

—No la conozco, te lo aseguro; pere me indigna siempre la calumnia; es un arma vil y cobarde.....

—Sin embargo, esas mujeres.....

—¿Qué mujeres?

—Las que se dedican al teatro.....

—Ahí está el error, en decir *esas mujeres*, envolviéndolas en un anatema comun; una mujer honrada es siempre digna, lo mismo en una profesion artística que en la más humilde y modesta.

—Tienes razon, pero la Amalia tiene la desgracia de ser una de esas mujeres en quien siempre se piensa como en una con-

quista fácil; es una flor al alcance de la mano.

—¿Autoriza ella con su conducta esa creencia? Porque en ese caso voy á pedir á Luis que me dispense, y retiro la apuesta.

—No por cierto; es una mujer extraña, no se le conoce ningun amante, aunque se supone que los tenga.

—¿Y por qué esa suposicion?

—Porque ella es una mujer muy notable, muy visible, muy admirada, y no tiene un apoyo firme que la sostenga si vacila entre las graves y severas máximas del deber, y las doradas ficciones del vicio.

—Pero esa jóven es casada.....

—Hé ahí, querido Bautista, la causa de todo, su marido.

—¡Cómo! Su marido es tan vil que por sí mismo.....

—¡Ah, no! Pero al ver aquel sér junto á una mujer inteligente, hay que buscar, por más que la cerquen honradas apariencias, un corazon que responda á aquel pobre corazon sacrificado.

—¿Tan ridículo es?

—Su figura, aunque poco simpática, no lo es tanto; es un conjunto grosero y material, un imbécil,.... pero le supongo inofensivo.

—¡Pobre muchacha! Te aseguro que deseo conocerla.....

—Te presentaré á ella.

—Bien; pero en su casa, si es posible.

—Sí: te anunciaré esta noche é iremos mañana.

—Como quieras.

—Yo á veces creo que, ó sabe mucho, ó es una inocente.

—Segun eso, la conoces á fondo.

—La he tratado algo.

—Debe ser muy desgraciada.....

—¡Ah, sí! Horriblemente desgraciada; pero es orgullosa, y nada dice.

—El orgullo es casi siempre dignidad.

—Quizás ahora tambien.

La funcion acababa entónces, y ambos jóvenes se levantaron para salir.

—¿Quieres que te lleve en mi carruaje? dijo Bautista.

—No, gracias; voy á buscar ántes á ese loco de Luis.

—Adios pues, hasta mañana.

—Adios; iré á las tres por tí para llevarte á casa de Amalia.

Ya hemos visto el juicio que formaban de la pobre Amalia los que la conocian y los que no la conocian.

Y es que una mujer, por más que sea honrada, por más que sea buena, necesita, para obtener la consideracion social y el respeto de todos, presentarse apoyada en el brazo de un hombre bastante firme para sostenerla, bastante digno para hacerla respetar.

Es la hiedra que necesita el apoyo si ha de elevarse al cielo.

Y como un hombre como Bruno no puede serlo, la pobre Amalia, buena, apasionada y discreta, sufria las consecuencias.

CAPITULO III.

Amalia tenia cuanto se necesita tener para ser inmensamente desgraciada.

Un gran talento y un gran corazon.

Tenia á más, allá escondido en el fondo de su pensamiento, el recuerdo de una historia.

La historia del primer sueño de su alma.

Y como si todo esto no fuera bastante, el sufrir el imperio brutal de aquel sér que la casualidad habia hecho árbitro de su vida.

Digamos á nuestros lectores algo de la his-

toria de Amalia para que comprendan por qué el sentimiento y la inteligencia eran para ella una desgracia.

Amalia pertenecia á una familia distinguida.

Seguramente que su padre se hubiera reido del insolente que le hubiera asegurado que aquel precoz talento que distinguia á la dulce niña seria un dia para ella un medio de subsistencia.

Porque aquel noble padre estaba muy léjos de suponer que la bella flor que se desplegaba al calor de su cariño, habia de ser combatida por el ardiente soplo de todos los dolores.

La muerte arrebató á la niña que empezaba su vida el amparo de su padre, y su madre le siguió en breve.

Amalia quedó sola, y en esa edad en que el pesar resbala en el corazon sin dejar huellas, como si Dios le preservára de esa horrible prueba cuando le faltan fuerzas para resistirla.

Unos parientes cercanos se encargaron de la huérfana, y su carácter era tan dulce é igual, tan poderoso el encanto de su inteligencia, que preciso es confesar la acogieron con el mayor cariño.

Amalia vivia en el más absoluto retiro, pero contenta y feliz; es verdad que su mirada se detenia á veces en el horizonte como si quisiera penetrar un más allá que adivinaba; es verdad que en su corazon se agitaban mil impresiones que su inocencia no definia; que su pensamiento luchaba por arrancar los velos que lo envolvian; pero esa aspiracion vaga no agitaba su espíritu, y Amalia era dichosa.

Su dulce carácter y la bondad de sus sentimientos la hacian generalmente querida.

Un dia llegó á la aldea un jóven hijo de una familia amiga de la de Amalia.

Era huérfano tambien, y tenia una regular fortuna.

Su figura no era simpática, pero tampoco ridícula.

En cuanto á sus sentimientos, *parecia un infeliz*, denominacion muy usual cuando se trata del que nada vale.

Este jóven era Bruno.

Ver á Amalia y enamorarse locamente de ella, como puede enamorarse un sér como Bruno, fué todo una misma cosa.

Amalia no le amaba, ni amaba á nadie.

Muy niña aún, su corazon dormia en su

pecho como en un nido de inocencia.

Bruno insistió en su deseo, y buscó en su apoyo la voluntad de los parientes de la jóven.

No podia ménos de obtenerla.

A cierta edad, sólo se miran los accidentes de la vida bajo el punto de vista de lo razonable y lo conveniente.

Los parientes de Amalia veian una fortuna para ella en aquel casamiento, y accedieron á él.

La pobre niña les oia aterrada cuando le aseguraban que aquel enlace era su porvenir.

Pero no amaba á nadie; Bruno la ofrecia una admiracion tan apasionada que Amalia fué cediendo sin violencia á los consejos de su familia.

Además era, aunque muy jóven, razonadora y seria; tenia orgullo y dignidad, y se dijo que, no teniendo ella unos padres, con los que hubiera podido vivir siempre, no tenia el derecho de rehusar el apoyo que se le ofrecia.

Amalia, pues, se casó con Bruno, y nunca un corazon más puro, un alma más noble y un pensamiento más elevado han dado valor á esos lazos eternos á que la reli-

gion pone como un sello divino su sancion protectora.

Bruno, en los primeros dias de su matrimonio, rodeó á Amalia de una adoracion sin límites; era una especie de idolatría la que tributaba á la jóven; pero insensiblemente se fué cansando, y á los dos meses de casado no se ocupaba de su mujer, ni más ni ménos que de un caballo que hubiese desechado.

Amalia no lo comprendia.

Resguardada en su santa ignorancia de las cosas de la vida, veia con asombro y pena que su marido se habia vuelto brusco y grosero para con ella, que no la tenia consideracion alguna; pero jamás creyó haber perdido su cariño.

A la edad en que otras mujeres no han abandonado aún los juguetes de la infancia, ella sentia ya su corazon lleno de lágrimas, y tenia el presentimiento de todos los pesares.

Pero estos duelos huyeron como las brumas ante la luz, cuando Amalia sintió una esperanza de dicha en el nuevo amor que Dios la enviaba.

Era madre.

Esto por sí solo es para una mujer como Amalia la felicidad.

Bruno pareció contenerse en su carrera de desórdenes cuando vió á su hijo en sus brazos, pero aquel corazon viciado y perverso no podia enfrenarse con el poder de un noble sentimiento, y como olvidó sus deberes de esposo, olvidó sus deberes de padre.

Amalia veia que su casa iba á hundirse en una próxima ruina; que Bruno comprometia locamente el porvenir de su hijo.

Queria oponerse.....

Pero ¿qué podia hacer aquella criatura de carácter dulce y suave, cuyos ruegos no eran escuchados ni comprendidos?

Se refugió en el amor de su hijo, y esperó que la voluntad de Dios pondria término á sus males.

Pero se engañaba.

Dios la habia señalado para el martirio del corazon.

Ese martirio silencioso é ignorado, que es el más cruel de todos.

Su hijo murió.....

El era su salvacion, su porvenir, su vida.

Sin embargo, ella apuró ese gran dolor sin morir, lo cual no se comprende; pero el corazon no estalla; la vida es así.

Entónces no hubo para la pobre Amalia ni consuelo, ni esperanza.

Bruno se habia convertido en el verdugo cruel de todas sus venturas.

Era el ente soez é insoportable que se impone para martirizar.

Era lo que hubiera sido un pigmeo teniendo á sus piés encadenado un gigante, al cual, á favor de sus ligaduras, podia insultar impugnemente.

Amalia era siempre la víctima resignada.

Su carácter dulce no se alteraba con el embate de la desgracia, y siempre dispuesta á ceder, anulaba su voluntad para ceñirse á aquella otra voluntad grosera, que no comprendia el sacrificio.

Con un hombre digno, este carácter suave é indeciso, al par que cariñoso, hubiera sido una garantía de felicidad; con un hombre tal como Bruno, era una seguridad de desgracia.

Amalia, para no ser una carga pesada á su marido, que estaba arruinado, quiso trabajar, y recordando que cuando ella vivia tranquila y feliz la aplaudian mucho cuando recitaba, pensó dedicarse al teatro.

Los primeros pasos que dió en la senda

del arte se saludaron con una salva de aplausos, y Amalia, alentada, viendo al fin abrirse ante sus ojos un porvenir, siguió por aquel camino que acaso le trazaba la mano de Dios.

La seguridad de bastarse á sí misma fué como una especie de dicha para ella; y la hija de una noble familia, la niña criada entre halagos y caricias, besó con una especie de respeto al primer dinero que le produjo su trabajo, no por lo que valia aquel dinero, sino por lo que significaba.

Pero entónces comenzó para Amalia una serie de pruebas dolorosísimas, que no imaginaba siquiera.

Su marido, en vez de agradecer aquel trabajo, le arrojaba al rostro como una enorme falta los triunfos que alcanzaba en su carrera.

En vano ella, siempre dulce y tierna, le ofrecia dejarla. Bruno, tan vil y cobarde como egoista, no lo consentia.

Sus celos eran una especie de monomanía con que mortificaba á aquel noble corazon que la casualidad habia puesto bajo su mano; y si con sus celos la molestaba, daba lugar con sus sospechas á que una impalpable sombra de duda flotase sobre

el nombre puro de su esposa.

Y no se crea que esos celos, como sucede generalmente, significasen cariño. Bruno odiaba á su mujer, cuya superioridad le imponia, y se valia de ese medio para martirizarla, esto era todo.

Por lo demás, la hubiera cambiado sin remordimiento por un caballo.

Seria largo y penoso el referir la serie de pruebas que hizo sufrir á Amalia.

Cuanto puede concebir el pensamiento de un sér abyecto y miserable, lo habia puesto en práctica Bruno para herir á su desgraciada esposa, que sufria sin quejarse tanto martirio.

Generalmente, la virtud silenciosa é ignorada no alcanza ni admiracion ni aplauso; cuando más, una benévola indulgencia de parte de la sociedad.

Amalia, ocultando en el fondo de su alma las torturas que sufria, y demostrando á su marido un respeto y una consideracion que no merecia, se atraia, no una sonrisa de compasion y simpatía, sino la sonrisa irónica que demostraba se creia aquel proceder un mero cálculo.

Se cree que la mujer de talento medita y calcula cada accion, cada palabra de su

vida, y es un error, porque si bien la inteligencia la aleja de censurables inconveniencias, el corazon la impulsa siempre que se trata de sentir sin que la razon se oponga.

Amalia hacia esfuerzos por elevar el alma de Bruno, por darle siquiera una apariencia más digna, pero él deshacia toda su obra con una sola palabra.

Los sucesos irán dando á conocer más y más á nuestros personajes, pero anticipamos al lector estos ligeros datos para que puedan juzgar por ellos con más exactitud.

CAPITULO IV.

Amalia se hallaba sola en su tocador cuando le anunciaron la visita del vizconde de San Rafael y del señor de Villanova. Nuestros lectores los conocen ya; eran Bautista y Federico.

Amalia, algo sorprendida de esta visita, pues al Vizconde no lo conocia, y á Federico no le concedia confianza alguna, pasó á su pequeño salon para recibirles.

—Permítame Vd., mi querida amiga, dijo Federico despues de saludarla, que le presente al señor vizconde de San Rafael,

entusiasta admirador de su talento y grande amigo mio.

Amalia se inclinó con una dignidad fria, pero innata en quien ha pertenecido á la buena sociedad y conserva sus usos y costumbres.

—Mi amigo, continuó Federico, tenia un gran deseo de saludar á Vd., y yo, áun á riesgo de abusar de los derechos que la amistad concede, me he tomado la libertad de traerle á su casa, con el permiso de su esposo.

—Agradezco á este caballero su deseo, que me honra, de conocerme, y en cuanto á Vd., sabe muy bien que sus amigos son siempre bien recibidos por mi esposo y por mí, dijo Amalia con voz perfectamente tranquila y perfectamente digna.

—Yo soy, señora, dijo el Vizconde inclinándose ligeramente, el que me encuentro altamente honrado con el placer de conocerla, ó más bien de ser por Vd. conocido, pues los genios como Vd. lo son siempre.

—Por desgracia, dijo Amalia suspirando ligeramente.

—¡Cómo, señora! Ese hermoso y brillante mundo del arte en que ha sido Vd. recibida con entusiasmo, ¿le desagrada acaso?

—¡No, por cierto! Hay horas, hay momentos en esa vida en que el corazon está satisfecho, pero despues..... se encuentra tanta amargura!

—No puede decir eso, dijo Federico, quien como usted sólo recoge flores.

—¡Ah! dijo gravemente Amalia, es que las espinas son invisibles!

El Vizconde la miró profundamente.

Aquella voz llena de dulzura, aquel aspecto digno y triste le impresionaba de una manera vaga, con una impresion atractiva y simpática.

La puerta del salon se abrió y Bruno apareció en ella. Saludó torpemente y dijo á su mujer, que al verle habia temblado de una manera imperceptible:

—Me olvidé decirte que habia autorizado á Federico para que te presentase á su amigo el Vizconde, y me he venido temprano temiendo hubieras hecho la tontería de no recibirlos.

—Ya ves que no, dijo Amalia, que habia palidecido.

—Supongo que Madrid le encantará á Vd., dijo dirigiéndose al Vizconde y no ocupándose ya de contestar á su mujer.

—Seguramente, dijo Bautista, que exa-

minaba con cuidado á aquel ente extraño.

—Esto es hermoso; yo he renunciado ya á la vida de provincia.

—¡Diantre! dijo Federico burlonamente, despues de haber devorado allí tu capital.

Bruno, dándose importancia, contestó con una entonacion en que entraba por las mismas cantidades la fatuidad y la tontería.

—¡Phs! Así, así; me he divertido bastante.

—¿Ya no te diviertes?

—Se hace lo que se puede, contestó dejando vagar en sus labios una sonrisa que quiso hacer maliciosa.

El Vizconde de San Rafael decia en tanto á Amalia:

—Esta noche se repite la comedia?

—Sí, caballero; ha sido muy bien recibida y ahora nos harán repetirla un mes acaso.

—Tiene encantadores versos, que sabeis recitar de una manera inimitable.

—Gracias, balbuceó Amalia.

—El sentimiento con que expresais sus bellas estrofas, y el timbre de vuestra voz, que vibra en el corazon, hacen que no se olviden jamás aquellos sublimes pensamientos.

Amalia estaba violenta.

El Vizconde la hablaba á media voz, de una manera bastante perceptible, pero que podia disgustar á Bruno.

El temor de una escena violenta con su marido hacia temblar á la tímida Amalia, y no sabia cómo separar de sí la mirada tenaz del Vizconde.

—Bruno, dijo pretendiendo fijar la atencion de éste, ¿sabes que se casa mi amiga Isabel D.....? hoy me escribe participándomelo.

—¿Con quién?

—Con Emilio, aquel jóven de que estaba enamorada.

—¡Bah! Dí más bien que Emilio es rico y le conviene, pero enamorada.....

—¡Cómo! dijo Federico, que se burlaba de una manera visible del pobre Bruno, ¿tú no crees en el amor?

—Yo no creo en nada.

—Apuesto á que tu esposa no aprueba tu opinion.

—Seguramente, contestó Amalia sonriendo, pues sin creencias no comprendo la vida.

—Segun eso, dijo Bautista, Vd. no niega, como su esposo, que el amor existe.

—¡Oh! No puedo negarlo, lo he sentido.

Y la mirada de Amalia tomó esa expresion vaga que parece demostrar que se evoca un recuerdo de entre la sombra del pasado.

—Aquí tiene Vd. un poderoso adversario, dijo el Vizconde á Bruno, con la intencion de continuar aquella conversacion.

—¿Qué? dijo Bruno.

—Amalia afirma, dijo Federico, que el amor existe.

—¡Bah, qué sabe ella!

—Se le niega á Vd. la competencia, dijo tomando una expresion entre burlona y risueña Federico; sin duda Bruno ignora...

—Debe saberlo, dijo Amalia interrumpiéndole con firmeza y dignidad, pues de no haberle amado no estaria casada.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! contestó con grosera insolencia Bruno, nadie se casa ya por amor.

Amalia palideció, é instantáneamente se puso roja como una amapola.

El Vizconde la miró con una expresion de pena y de simpatía imposible de expresar y se puso de pié, así como Federico.

Ambos se despidieron de Amalia, que apénas pudo balbucear algunas palabras, y salieron con Bruno, que les acompañó hasta la escalera.

—¡Dios mio! murmuró Amalia al verse sola, esto es insoportable, me pone en ridículo á cada instante.

Y ocultando el rostro entre las manos rompió á llorar.

—¡Calle! dijo Bruno al volver, ahora lloras..... ¡Tú estás loca! ¿Y por qué lloras, vamos á ver? Sin duda porque se van esos caballeros.....

—¡Bruno! murmuró Amalia indignada.

—Vamos, vamos, dáme de comer, que ya tendrás tiempo de llorar.

CAPITULO V.

En la noche de este mismo dia, y en tanto que Amalia recitaba en escena, Bruno, que fumaba tranquilamente sentado entre bastidores, sintió que una mano se apoyaba en su hombro.

Se volvió y conoció á Luis de Velez, el que nuestros lectores vieron en el palco de Bautista.

—Adios, querido, le dijo familiarmente, ¿qué te haces? ¿Donde andas, que por ningun lado te veo?

—Salgo poco.

—¿Y por qué?

—¡Qué sé yo! No estoy bueno.....

—¡Bah! dijo Luis sonriendo maliciosamente, si yo te llevára á cierta casa donde se canta en *flamenco*, se te quitaban todos los males.

—¿Adonde? preguntó ccn afan Bruno.

—No te lo puedo decir, luégo lo cuentas todo á tu mujer y harás que no me quiera bien.

—¡Que, hombre! ¿Cómo he de hacer yo eso? Vamos, dime, ¿dónde es?

—Haré algo mejor, ¿quieres venir conmigo?

—Vamos allá.

—Pero y si Amalia.....

—¡Bah! ¿Qué importa Amalia? Estaremos aquí ántes que acabe, pues la comedia empieza ahora.

Luis y Bruno salieron del teatro por la puertecilla reservada de los artistas, y rodearon el edificio para buscar el carruaje que Luis habia dejado.

Cuando subieron á él, Luis, que habia dicho en voz baja las señas al cochero, advirtió á Bruno con una voz, que á fuerza de querer ser grave era burlona:

—Cuidado, querido Bruno, que se trata de personas decentes.

¡Vaya! ¿Pues por quién me tomas? ¡No faltaba más!

El coche se detuvo en breve.

Luis saltó al suelo y esperó á Bruno, que se unió á él.

A traves de una puerta, cuyos cristales raspados impedian ver lo que en el interior pasaba, se oia el eco cadencioso de una guitarra.

Luis entró con Bruno, y al abrir la puerta dijo:

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, Don Luis, le contestáron, mirando con risitas de burla á su gordo compañero.

En aquel momento una muchacha morena y descarada, con una mirada insolente, salió, llevando en la mano unas botellas.

—Mira, buena moza, dijo Luis en tanto que la miraba haciéndola una señal de inteligencia, ven aquí.

—¡Ah, señor Luis! ¿Es usted? Voy al momento.

Y dejando las botellas se aproximó al jóven.

—Este señor, la dijo Luis señalando á Bruno, es el amigo que yo te decia. Esta chica se llama Consuelo, añadió á guisa de

presentacion, y es la mejor *cantaora* del barrio.

Bruno la miraba con cuidado.

Parecia que no le era desconocida.

—Diga usted, dijo al fin con su habitual torpeza, ¿no la he visto yo á usted ayer en la calle de la Montera?.....

—Puede ser; yo ando por todo Madrid.

—Sí, sí; la ví á usted y la seguí, porque vamos, me gustó mucho.

Consuelo fijó en Bruno una mirada provocativa, y sin contestar se encogió de hombros.

—Mira, Bruno, hazla cantar, y verás una cosa buena; é inclinándose hácia ella como si fuera á rogarla la dijo á media voz:

—No olvides que es preciso marearle, chiquita.

—No lo olvido, contestó ella.

Luis pidió unas copas y Bruno bebió.

Aquella mirada estúpida fué animándose gradualmente, y cuando Consuelo cantando una *malagueña* le miró con todo el malicioso descaro de una muchacha perdida, Bruno, creyendo haber hecho una conquista, pavoneándose con importancia, se acercó á ella y le dijo con misterio:

—Tenemos que hablar.....

—Mañana á las diez estaré sola, dijo ella en tanto que miraba á Luis.

—No faltaré, contestó Bruno.

—¡Ya es mio! murmuró Luis con satisfaccion.

Y despidiéndose salió con Bruno para volver al teatro.

—Te agradezco muchísimo que me hayas traido á esta casa, le dijo Bruno.

—Parece que te gusta la Consuelo.

—¡Pchs! Un poco, hombre, un poco.

—¡Ten cuidado!

—¿Por qué?

—Porque si se enamora de tí.....

—¿Y bien?

—¡Cómo! ¿Harias traicion á Amalia?

—¡Bah! Amalia no se ocupa de mí.

—¿De veras?

—Y tan de veras; no me quiere; ¿cómo ha de querer una actriz, una artista, como ella dice, á un hombre tan gordo?

Luis disimuló con una carcajada la repugnancia que le inspiraba Bruno; pero resuelto á ganárselo á toda costa, celebraba como una gracia aquella grosera chanza.

—Y dime, dijo dudando, porque, áun

tratándose de un sér como Bruno, era una pregunta inconveniente, dime: ¿no ama Amalia á alguno?

—¿Eh? ¡Qué sé yo! Es más mala que un dolor.

—¡Parece una Santa!

—Parece, eso es, parece; pero luégo, vaya usted á ver..... es una mujer capaz de hacer que se muera uno.....

—¡Pues cómo!

—Cuando no llora reza, cuando no reza suspira, cuando no suspira calla; hay para morirse.

—Tienes razon, dijo Luis aparentando sorpresa..... y yo en tu lugar.....

—¿Qué harias?.....

—¡Diablo! Buscar una muchacha divertida, siquiera para algunas horas..... Pobre Bruno, vives como en la Trapa.....

—Es verdad, y eso haré.

—Cuenta conmigo.....

—¡Oh! Por supuesto.....

—Entónces, adios, que ya hemos llegado; y Luis dejó á Bruno para ir á buscar á sus amigos.

Bautista estaba solo en su palco.

Al ver entrar á Luis se levantó y le saludó amablemente.

—¿Cómo es eso? dijo. El futuro amante de la bella Amalia no ha querido admirarla en su triunfo...

El acento de Bautista tenia una ligera expresion burlona, encubierta con la más exquisita cortesía.

—Me encontré en el café á unos amigos, y me han entretenido, dijo Luis con aplomo, sin rechazar la suposicion del vizconde.

—Era indispensable aplaudirla.

—¿Y qué tal?.....

—¡Oh, divina! dijo el vizconde, dando á su voz, acaso á pesar suyo, una expresion apasionada.

—¿Sí, eh?

—Admirable; ha recibido una verdadera ovacion.

—A la que tú habrás contribuido.

—La he aplaudido con toda mi alma.

—Cuidado, vizconde, con enamorarte de ella.

—¿Por qué?

—Porque eso no está convenido en la apuesta; tu amor podria crearme dificultades.

Bautista se encogió ligeramente de hombros.

En aquel momento entraba Federico.

—Bautista, dijo despues de haber estrechado la mano de Luis, Amalia nos invita á tomar mañana en su casa una taza de té.

—¡Diablo! murmuró Luis. No habia yo contado con que Amalia fuese tu amiga.

—Tranquilízate, dijo Bautista con burlona sonrisa. ¡Tengo hoy hácia esa señora tanto respeto como ayer, y no pienso en oponerte dificultades!

CAPITULO VI.

El juéves á las ocho de la noche estaba Amalia sola en su tocador. Nos hemos olvidado describirla, y vamos á reparar esta falta. Amalia C*** tendria en la época en que la conocemos de 22 á 24 años.

Su estatura elevada no lo era tanto que hiciese perder á sus formas esa regularidad suave y encantadora de la estatuaria antigua.

Era blanca, pero con una blancura posible, sin dar á su cútis, que era fino y trasparente, el blanco mate de la azucena.

Sus ojos pardos tenian una mirada dulce y acariciadora, pero velada por una continua expresion de tristeza.

Su boca no era excesivamente pequeña, pero era fresca y bella, y sus labios muy rojos sonreian con frecuencia.

Sus cabellos, muy negros, caian en graciosas ondulaciones sobre su frente ancha y tersa.

En suma, no era *un tipo*, no era una hermosura; pero era una mujer bella, distinguida y simpática.

Lo que era en Amalia una perfeccion eran las manos..... blancas, suaves, modeladas de una manera bellísima; aquellas manos de duquesa encantaban.

Estaba vestida con mucha sencillez, pero con mucha elegancia.

Llevaba un traje de seda gris plata, adornado con ligeros lazos de terciopelo negro, y un aderezo de coral.

En su mano izquierda, en su preciosa mano, se veia una pequeña sortija que Amalia no se quitaba jamas.

Era un arito de oro esmaltado de negro, muy estrecho, tanto que parecia una hebra de seda rodeando el dedo anular de aquella bonita mano.

Amalia se preguntaba con tristeza qué empeño habria tenido su marido en dar un *té*, cuando apénas le permitia recibir.

Pero como en aquel corazon no cabia el odio, como los malos pensamientos jamas detenian su vuelo en aquella frente, se dijo que acaso la idea de complacerla y contentarla era la que lo habia decidido, y esto creyó sin dificultad.

Su doncella entró para anunciarle que la esperaban, y Amalia pasó al salon.

Allí estaba Bruno con el vizconde de San Rafael, que la saludó afectuosamente.

Juan Bautista de Zulueta, vizconde de San Rafael, tendria 34 años de edad en la época en que le presentamos á nuestros lectores.

Hijo de esas hermosas y privilegiadas provincias vascas, que trasmiten de una en otra generacion la hidalguía y la nobleza, que en sus altivas montañas conserva su primitivo valor, Bautista era el tipo perfecto del caballero, noble en sus acciones, elevado en sus pensamientos, grande en todo.

Su figura tenia esa expresion de bondad y franqueza que es casi peculiar á todos los provincianos.

La lealtad estaba escrita en su frente elevada, en la mirada franca y altiva de sus hermosos ojos negros.

Sus palabras tenian una expresion de

sencillez encantadora, y al mismo tiempo de grave dignidad.

Amalia se ruborizó levemente cuando, segun la moda inglesa que ha tomado carta de naturaleza entre nosotros, estrechó su mano.

Federico y Luis llegaron un momento despues.

Luis saludó á Amalia de esa manera impertinente con que los fatuos creen darse importancia cuando se trata de una mujer notable.

Amalia le saludó distraida y sin mirarle apénas.

En breve en el pequeño salon hubo como una docena de personas reunidas, y Amalia hizo los honores con esa gracia modesta y digna que tanto encanto tiene.

Las conversaciones fueron dividiéndose en grupos, y la animacion se hizo general.

Amalia atendia á todos sin distinguir á nadie: estaba muy bella, la animacion daba á su rostro una expresion encantadora.

Luis se acercó muchas veces á ella para decirles esas insulsas galanterías que los necios creen que forman la delicia de las mujeres; pero Amalia, para no tener que rechazarlas, demostró de una manera tan

digna no comprenderlas, que Luis no se atrevió á insistir.

Bautista la seguia con la mirada, y una involuntaria ráfaga de alegría brilló en sus ojos al ver á Luis retirarse con una marcada expresion de disgusto.

Amalia fué á sentarse junto á una jovencita, y Bautista y Federico vinieron á su lado.

Bruno, que hacia algunos instantes hablaba con Luis, les siguió y se sentó junto á ellos.

Su mirada, al fijarse en Amalia, tenia una maligna expresion; parecia que gozaba de antemano con alguna idea.

—Mira, dijo á Amalia, mira á tu amiga Asuncion cómo no pierde el tiempo.

Y señaló á una jóven rubia que hablaba lánguidamente y miraba con amor á un jóven, sentado á su lado.

Amalia se sonrió.

—Están muy enamorados, dijo.

—Segun Bruno, dijo Federico dando á éste un golpecito amistoso en la espalda, nó, porque el amor no existe.

—¿Y Amalia lo afirma tambien? preguntó Luis, mirándola de una manera atrevida.

Amalia hizo un movimiento é iba á contestar, cuando Bruno, bruscamente y como si olvidára todas las conveniencias sociales, dijo con grosería:

—¡Amalia! Amalia no puede negar que el amor existe, y en prueba de ello lleva siempre en su pecho un medallon misterioso que jamas he visto lo que contiene.

Amalia palideció de una manera intensa, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Bautista le miró indignado y sus labios se movieron, pero sin producir un sonido.

Amalia dominando su emocion, dijo con sencillez, aunque con voz ligeramente trémula:

—Ese medallon no puede ser una prueba de amor, puesto que es de mi hijo y contiene sus cabellos; es más una reliquia que un recuerdo.

Bautista la miró con una expresion de tristeza indescriptible.

—¿Y lo es tambien, dijo Bruno acreciendo su insolencia, esa sortija que siempre te he visto?

Amalia le miró con altivez y quizá iba á no contestar, pero como todos la miraban, dijo de una manera seca y breve, pero poniéndose ligeramente encendida:

—Era de mi madre.

—¡Ah! otra reliquia, dijo con insolencia Bruno.

—Ese hombre merece una estocada, dijo Bautista inclinándose hácia Federico.

—¡Pardiez! ¡Lo mismo creo!

—Amalia, dijo la jóven que estaba á su lado, vamos á tu tocador, se me está desprendiendo el peinado.

Amalia se levantó y salió con ella.

Bautista y Federico se aproximaron al piano, donde una señora tocaba.

Luis se inclinó á Bruno.

—Así, le dijo, cuando sepan que tienes otros amores, te disculparán, porque no creerán en la virtud de Amalia.

—Tienes razon; nada de hipocresías.

. . . .

Amalia, al verse sola, comenzó á llorar de una manera nerviosa.

—¡Dios mio! ¿Qué tienes? dijo su amiga.

—Ese hombre me deshonra de una manera la más vil y cobarde: ¿no lo has oido?

—Sí; pero tranquilízate, ya has dicho tú.....

—¡Ah! no basta; á estas horas no hay uno en la sala que no sonria maliciosamente al oir la historia del medallon.

—¿Pero es verdad?

—No: está vendita la cruz que lo adorna, mi hijo le llevó, y en él guardo sus cabellos, esto es todo.

—Pero dice que no sabe lo que encierra.

—Miente el miserable.

—Pero ¿y la sortija?

—¡Ah! dijo Amalia palideciendo y poniéndose sucesivamente encendida; la sortija es otra cosa.

—¿Es un recuerdo?

—Sí, Cristina, no puedo ni quiero negártelo, porque eres mi amiga, es un recuerdo; ¡pero un recuerdo tan puro!

Cristina se inclinó y la besó en la frente.

—¿Vas á decírmelo? la dijo.

—¡Oh! mañana; ahora debemos volver, van á servir el té.

Una hora despues Bautista decia á Amalia al despedirse:

—Adios, señora: si alguna vez necesitais un verdadero amigo, acordaos de mí.

—Gracias, contestó Amalia, no lo olvidaré.

Cuando el último convidado se hubo marchado, Bruno tomó su sombrero y se dispuso á salir.

—¡Qué! ¿Te vas? preguntó Amalia sorprendida.

—Tú ya te has divertido, justo es que ahora me divierta yo.

—¡Ah! dijo volviéndose desde la puerta, te advierto que como te vea hablar con ese amable vizconde, te mataré.

Y salió dejando á Amalia más sorprendida que irritada por aquella extraña advertencia.

CAPÍTULO VII.

Han pasado algunos dias desde que tuvieron lugar los últimos acontecimientos que hemos referido.

Las once serian de una hermosa y tibia mañana de Primavera, cuando Luis de Velez entraba en ese elegante círculo de la aristocracia madrileña denominado *El Veloz-Club.*

Bautista, medio tendido en una butaca situada junto á un balcon, leia un periódico frances.

Luis llegó hasta él sin ser sentido y le tocó ligeramente en el hombro.

El vizconde se volvió con viveza y tendió á Luis su mano.

—¡Ah! dijo, eres tú, mi querido *lion;* ¿qué hay de nuevo?

—¿De nuestra apuesta?

—Naturalmente.

—Pierdes tus caballos.

—¡Cómo! cede al fin... permíteme que lo dude.

—¿Lo dudarás si esta noche la ves salir del teatro apoyada en mi brazo?

—¿Phs! eso no prueba nada.

—Es que irá sola conmigo.

—¡Sola! ¡Pardiez! ¿Qué se habrá hecho del.....

---¡Ja... ja... ja!... Se habrá eclipsado.

—Entónces, mi querido Lovelace, te confesaré...

—¿Que he ganado?

—No tal: yo no me desprendo tan fácilmente de mi tronco inglés; te confesaré que has adelantado bastante, pero necesitaré más pruebas.....

—Bah! ¿Qué pruebas serán esas?

—¡Pruebas auténticas, indudables; ya conoces que no soy hombre capaz de dejarme engañar.

—¡Diablo! es que no siempre se pueden dar esas pruebas.

—¡Oh! un hombre de ingenio como tú las encuentra siempre.

—Veremos. Ahí viene Federico.

—Ni una palabra de esto.....

Luis se sonrió con altivez.

—¿Por quién me tomas, querido? dijo con acento frio.

Bautista, sin contestarle, se volvió vivamente hácia Federico y le tendió su mano.

—¿Dónde andas tan perdido? le preguntó.

—He estado muy ocupado estos dias, ha venido un amigo que conocí el año anterior en Spa, y he tenido que acompañarle sirviéndole de *ciceroni*.

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada sé.

—¿No sabes que hay crísis?

—¡Bah! ese mal se repite tanto, que ya nos tiene acostumbrados á no llamarle novedad.

—Dicen que el Rey llama al poder á S.....

—¡Pardiez! Me hacen el mismo efecto estas mudanzas de gobierno que el cambio de plan curativo en un enfermo desauciado.....

—Tienes razon, la nacion se cansa.

—¡Phs! dejemos eso; felizmente áun no hemos sido atacados de la monomanía política.

—¡Dios nos libre de ella, dijo Luis riendo, es una locura incurable!

—Es la locura de la ambicion.....

—Una locura contagiosa.....

—Naturalmente, querido, estamos envueltos por una atmósfera tan cargada de impuros miasmas, que aspiramos sin quererlo el contagio de esa epidemia peligrosa.....

—En mis hermosas montañas, dijo Bautista, se respira aire puro.....

—Dichosos los que lo aspiran..,..

—¡Oh, sí! Allí vive innato el valor y la hidalguía; la corrupcion moderna no ha osado llegar hasta aquella noble tierra!

—Sometida á nuestras mismas leyes, dijo Luis.

—Pero libre por sus privilegios y grande por su honradez.

Luis se encogió de hombros.

—Dime, dijo Federico, ¿es verdad que anoche pusieron en el *Español* una comedia de nuestro teatro antiguo?

—Si. ¿No estuviste?

—No: y ¿qué tal?

—Amalia, admirable, dijo Luis sonriendo con impertinencia.

—Lo he visto en un periódico, y acabo de darla la enhorabuena.

—¿A ella? ¿La has visto?

—En este momento.

—¿En dónde?

—En la puerta del Sol, iba con una amiga suya.....

Luis se levantó con viveza.

—Adios, dijo.

—¿Qué? ¿Te vas? iba á proponerte que jugáramos....

—Ah, no puedo: hasta la noche.

Luis salió y Bautista fué á apoyarse en el balcon, siguiéndole Federico.

—Irá á verla, dijo éste.

—No, querido; pero quiere demostrarlo, dijo el vizconde.

—Pero eso es una vileza.

—¡Es una necedad!.....

En el momento en que Luis salia á la acera, una berlina subia por la calle de Alcalá.

Al pasar por el Veloz-Club, una mujer se asomó por la ventanilla y miró hácia sus balcones.

Bautista y Federico la saludaron respetuosamente.

Aquella mujer era Amalia.

A Luis no le vió siquiera.

El despues de haberse detenido un mo-

mento, siguó hácia la puerta del Sol, donde torció hácia la calle del Cármen.

CAPÍTULO VIII.

Aquella noche, apénas acababa de llegar Bruno al teatro con Amalia, se encontró á Luis.

—¡Hola! dijo éste, supongo que no habrás olvidado que se nos espera......

—¡Cá! Ya le he dicho á *ella* que tengo un negocio urgente.

—¿Quién es *ella?*

—Amalia.

—¡Ah! Creí que era la otra.....

—Consuelo me espera.....

—Pues vamos allá; ya sabes que esperaban unos sevillanos que cantan á lo *flamenco*, que no hay más que pedir.

—¿Han llegado ya?

—No lo sé; los esperaban hoy.

—Cuando quieras.....

—Vamos.

Bruno y Luis salieron del teatro y siguieron á pié hasta llegar á la taberna donde ya otra vez les acompañamos.

Algunos mozos de vida alegre y algunos de esos perdidos que tanto abundan en to-

das las grandes poblaciones, se encontraban allí, y se levantaron al ver á nuestros jóvenes.

Consuelo, la muchachuela que allí conocimos, se aproximó descaradamente á Bruno, y le dijo con insolencia:

—¡Vaya una hora de venir!.....

—No he podido ántes, dijo con acento cobarde Bruno.

—Vaya, chiquita, dijo Luis haciéndole una señal de inteligencia que Bruno no percibió, no te enfades con él, que ya lo tienes aquí.

Y en tanto que Bruno daba á los que bebian la mano y cigarros, dijo Luis rápidamente á Consuelo:

—Entretenlo hasta la una.....

—¡Bah!

—¡Es preciso! le dijo con imperio.

—Se hará, pero ya me canso.

Luis se encogió de hombros y fué á reunirse con Bruno.

—¿Tardarán mucho los sevillanos?

—Nada, señor Luis, dijo uno de aquellos hombres poniéndose de pié y quitándose el sombrero.

—¡Diablo! Es que si tardan no los voy á oir.

—Señores, vais á ser testigos en una cuestion bien singular.

—¿De qué se trata?

—Luis afirma haber recibido ese retrato de manos de la señora á quien representa, y yo sostengo que no es exacto.

—Veamos por qué.

—Hace ocho dias que el marido de esa señora tenia el retrato; no es de creer que ella lo haya quitado á su primitivo poseedor para darlo á Luis.

—Tiene razon, contestaron con una carcajada.

—Señores, ahora vais á oirme á mí, dijo Luis: Amalia, como sabeis, me ama, y en prenda de amor me ha regalado ese retrato; ya veis que yo no he de preguntarle á quién ha pertenecido ántes.

—Yo niego ese amor, dijo Bautista con voz firme; pero como pudiera creerse que al negarlo obedezco á una mira interesada, voy á someterme á la decision de estos señores. ¿Podriais afirmar, por vuestro honor, que creeis indudable prueba del amor de una mujer el tener un retrato suyo?

—Seguramente que no.

—Estás en tu derecho defendiéndote, Bautista, repuso aparentando buen humor

Luis, y voy á ver si te ofrezco una prueba mejor; y sacando un papelito cuidadosamente doblado, dijo á Bautista: ¿conoces esto?

—No por cierto.

—Son unos flecos del abrigo de Amalia; su linda mano los arrancó para mí, como memoria de un momento feliz.

—¡Bah, querido! Todos los abrigos de todas las mujeres se parecen.

—Es decir, que dudas aún?

—Sí.

—Pues bien, señores, si mañana por la noche me siguen Vds. á la calle del Arenal, y me oyen dar una palmada, abrirse un balcon de la casa que habita esa señora, y entrar yo por él, ¿me creerán su amante?

—¡Diablo! ¡Desde luégo!

—¡Ya lo creo!

—Es una prueba decisiva.

—No tan decisiva, dijo Bautista, porque puede esa señora no saber que Vd. entra en su casa; pero, puesto que estos señores la creen suficiente, me someto á ella.

—Está bien; pues entónces, señores, hasta mañana.

—Adios, Bautista, mañana me enviarás tus hermosos caballos.

—¡Quién sabe!

—¡Hasta mañana!

—¡Es singular cómo este Luis habla de cosas que un hombre decente oculta siempre!

—Y lo peor de todo es, dijo Bautista con una ligera expresion de tristeza, ¡que no es verdad lo que asegura!

—¡Cómo!

—Tiene una apuesta conmigo muy singular, y que mañana sabreis; su orgullo está interesado en vencer, y ofende á esa señora sin motivo.

—¡Oh eso seria infame! y no creo á Luis capaz.....

—Bautista, dijo Federico, tú no sabes de qué manera engañan las apariencias en algunas mujeres; Amalia es una mujer de talento y sabe rodearse de ellas.

—Pero tú supones que Luis.....

—Yo no afirmo nada, pero sé que es un caballero, y no le creo capaz de inventar lo que dice.

Bautista se encogió de hombros.

—De todos modos, dijo, mañana veremos.

Y despidiéndose de sus amigos, salió.

Su cabeza ardia, y su corazon se agitaba violentamente.

—Si fuera verdad, se decia: si ella le hubiera dado ese retrato, entónces no merece ni que me ocupe en defenderla, y enviaré á Luis los caballos; pero si así no fuera; si Luis, valiéndose de medios que no comprendo me engañára..... ¡oh! entónces, Luis tendrá que habérselas conmigo, porque le mataré.

Bautista amaba á Amalia, pero su amor era ese respeto apasionado que ocultamos en el fondo del alma á todas las miradas; habia en aquel amor mucho de admiracion hácia su brillante talento, mucho de compasion por los sufrimientos que adivinaba.

Jamás hubiera dicho á Amalia una palabra de amor, pero si la jóven hubiera necesitado su vida, se la habria ofrecido sin vacilar. Bautista era uno de esos nobles corazones que apénas son comprendidos, y que sienten todo lo inmundo de la malicia y la desconfianza que flota á su alrededor. Bautista no sabia que aquel culto respetuoso, no comprendido, era un nuevo jiron arrancado á la honra de aquella pobre mujer.

CAPITULO XIV.

Una de las noches en que no trabajaba nuestra simpática actriz, dijo á su marido, que dormitaba en una butaca con toda la grosería que le era habitual:

—Bruno, ¿quieres que vaya á casa de Cristina, que me espera?

—Véte adonde quieras.

—¿Pero me acompañarás tú?

—¡Yo! No puedo.

—Entónces.....

—Te vas con un criado.

—¿Irás tú luégo?

—No; de allí te acompañarán.

—Está bien, dijo Amalia poniéndose el sombrero y llamando.

Momentos despues salia acompañada de un criado, y Bruno quedaba solo.

¿Por qué el robusto personaje permanecia en su casa?

Sin duda que el lector desea saberlo y se lo vamos á decir.

Ya recordarán haber oido á Luis proponer á sus amigos, como prueba decisiva para la apuesta empeñada, que fuesen á verle

entrar por los balcones de Amalia á las doce de la noche. Para realizar este plan, que no dejaba de ser atrevido, necesitaba nuestro calavera contar con Bruno.

Convencido ya de que nada alcanzaba de Amalia, que le habia rechazado con altiva dignidad, queria sostener á toda costa entre sus amigos su reputacion de *invencible Don Juan*. Poco le importaba pisotear la honra de una mujer de una manera indigna; para esos atrevidos galancetes, que unen á un gran amor propio una perfecta necedad, nada hay respetable sino sus caprichos.

¿Qué significan la calma, la dicha, el nombre de una mujer?..... Luis habia buscado á Bruno, que, temeroso de que pudiera indisponerle con la muchacha de la calle de Tabernillas, era en sus manos un dócil instrumento.

—Tengo que hablar esta noche contigo, le dijo.

—Bien.

—Iré á tu casa

—¿A mi casa?

—Sí.

—¿Pero no vas á hablarme de *ella?*......

—Sin duda.

—Pues entónces en mi casa......

—¿No tienes tú un despacho independiente?

—Así es.

—Pues en él hablaremos.

—Pero mi mujer.....

—Eres un tonto, querido Bruno.

—¿Porqué? preguntó algo desconcertado.

—¿No tiene tu despacho un balcon?

—Sí.

—¿No hay debajo una gran reja?

—Tambien es verdad, dijo Bruno, que aún no comprendia lo que decia Luis.

—Pues bien, esta noche á las doce, y de acuerdo con ella, vengo á verte y subo por el balcon.

—¡Ah! ¿pero á qué es eso! yo saldré......

—No puede ser.

—No te comprendo.

—No hace falta, mi querido Bruno.

—Pero, Luis, yo quiero saber lo que pasa.

—Para eso vendré á tu despacho á las doce, para contarte lo que hay.

—¡Ah! y no pudieras ántes.....

—Ni una palabra.

—¡Me asustas!

—Pues no te asustes y espérame.

—¿Y podrás subir?

—Como un gato.

—¿A qué hora dices?

—A las doce.

—Mira: por si me duermo dejaré el balcon abierto, y tú.....

—Magnífico; apagas la luz, abres el balcon y me esperas durmiendo.

—Pero..... ¿y si te ven subir?

—¡Bah! ¡Quién ha de fijarse en eso!

—Bueno, pues el balcon estará abierto.

—Hasta la noche, mi querido Bruno.

Y Luis dejó á su gordo amigo dominado por una gran curiosidad.

—¿Qué tendrá que decirme? se preguntaba. ¿Si será algun nuevo capricho de Consuelo? ¿Si se tratará de Amalia? Al pensar en su mujer sus cejas se fruncian.

—No, murmuraba, pues como se trate de ella, ya verá; porque estoy muy cansado de sus locuras..... es verdad, añadió, que yo nada malo veo en ella, que tiene un genio como un ángel; pero ¡ah! ella tiene talento y las mujeres de talento no se pueden resistir.

Bruno sintió un extremecimiento de placer al oir á su mujer pedirle permiso para salir y se apresuró á concedérselo.

A pesar de las seguridades de Luis, no las

tenia todas consigo, y se encomendaba á todos los santos para salir bien de aquella diablura inventada por su amigo.

Dejémosle esperarlo y sigamos á Amalia.

CAPITULO XV.

Amalia, al llegar á casa de su amiga Cristina, despidió á su criado sin decirle que volviera.

Cristina se apresuró á quitarle el sombrero y á ofrecerle una butaca.

—¡Oh! cuánto me alegro de que hayas venido, la dijo.

—Vengo huyendo de mí misma; estoy tan sola, que mis pensamientos, cada vez más tristes, me hacen daño.

—Mi pobre Amalia, dijo Cristina besándola en la frente; Dios mio, ¿por qué has de ser tan desgraciada tú que eres tan buena?

—Dios lo quiere así, y yo no puedo hacer otra cosa que someterme á su voluntad.

—¿Y por qué ha de querer Dios que tantos pesares asedien tu vida? te confieso que á creer yo que la voluntad de Dios crea nuestros goces ó nuestras penas, hasta

dudaria de su clemencia al mirarte á tí; tú eres buena, y sin embargo la más desgraciada de las mujeres.

—¡Ah! no digas eso, Cristina mia; Dios es misericordioso, pero no olvidemos que él nos dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

—Pero, Amalia, ¿no te irrita ver la felicidad insolente de todos esos séres que ni aman á Dios ni le comprenden, y tú que elevas su nombre sobre tu alma, que le ofreces como altar; tú que le bendices, le alabas y le adoras, has de ser tan desgraciada?

Amalia suspiró.

—¿Quién sabe, dijo, si Dios purifica mi alma por este medio? ¿Quién sabe si castiga en mí una falta?

—¡Tú culpable! ¡Ah! no, Amalia, no lo creo.

—Además, ¿no has pensado tú muchas veces, Cristina mia, que así como las aspiraciones de las almas son diferentes, lo son tambien sus deberes?

—¡Ah!

—El que no comprende lo que esos deberes significan, el que no busca en ellos le lazo que moralmente le une á Dios, y

materialmente á la sociedad, casi no está obligado á cumplirlos.

—¿Lo crees tú así?

—Seguramente.

—Segun eso disculpas á Bruno, dijo Cristina con un gracioso gesto de malicia que dió una encantadora expresion á su vivaz y picaresca fisonomía.

—Hago más, le compadezco.

—¡Tú! pero eso es ya tontería, Amalia; te falta indignamente, te hace una mártir, y le perdonas.....

—Sí: no sabe lo que hace.

—¿Tú lo crees?

—Sin duda alguna; Dios ha negado luz á su inteligencia, pero es un pobre sér inofensivo.

—¡Amalia! no puedo oirte con calma decir eso; ¿no es nada el daño que te ha hecho?

—Pero lo ha hecho sin conocimiento de ello.

Cristina se encogió de hombros y tomó una mano á su amiga.

—¡Ah! dijo como quien recuerda, no me has contado la historia de esta sortija.

Amalia se extremeció levemente.

—Cuéntamela ahora, insistió Cristina.

—¡Oh, no!

—Sí, Amalia, yo te lo ruego; hace mucho tiempo que deseo saberla.

—Si vieras, dijo Amalia con dulce sonrisa, cuántos disgustos me ha costado esta sortija!

—¿Por qué?

—Porque Bruno la odia; y acaso he hecho mal en llevarla, pero lo ofrecí.

—¿A quién?

—¿Conoces tú á un primo mio que se llama Gustavo de A.... y que es Marqués de V?...

—No; pero sé que vale mucho.

—Hace ya mucho tiempo, lo ménos seis años, dijo Amalia como si empezase una historia, que yo le conocí; desde entónces llevo puesta esta sortija.

—¡Cómo! ¿Es suya?

—Sí: yo le amé, quizás le amo aún, ya ves que no tengo derecho á quejarme....

—Pero ese amor....

—Oyeme, Cristina, no importa que lo sepas; mi amor es tan puro como un rayo de sol; cuando le conocí sufria yo el dolor de las primeras locuras de mi marido: jóren, casi una niña, faltaba á mi alma valoy á mi corazon calma. No tenia esa dolo-

rosa experiencia que enseña tanto, ni esa amarga resignacion que da la costumbre de sufrir. Al conocer á Gustavo, sentí como un deslumbramiento rápido; aquel hombre no se parecia á ninguno de los que yo habia conocido; era noble y generoso, con esa generosidad que es sublime sin ser ridícula; su figura altamente distinguida, su palabra profunda y graciosa, me impresionaron tanto, que él mismo conoció muy en breve que era dueño de mi alma. Yo no sé si él me amó, aunque su voz no puede mentir, pero fué tan grande el sentimiento que logró inspirarme, que pareció reanimar la vida de mi corazon adormecido en sus dolores. No sabré explicarte lo que á su lado sentia, pero creia escuchar en su voz el acento imperativo de un dueño, y en sus palabras dulces y cariñosas, una ley á la que mi voluntad se habia de ceñir. Yo encontraba en sus pensamientos mis pensamientos, en sus ideas mis ideas, era una afinidad misteriosa que como un lazo invisible unia nuestras almas. El pertenecer á mi familia me hacia hablarle con expansiva confianza, pero esta confianza se cambiaba en una timidez llena de temores cuando le veia á solas. Entónces no sabia hablar,

temblaba toda, y mis impresiones se confundian en un solo sentimiento: admirarle. Así hubiera vivido, quizás siempre, sin analizar yo misma lo que sentia, dejando inundarse mi alma en esas corrientes de felicidad que brotan de un sentimiento purísimo, á no ser porque su ausencia vino á descorrer el velo que mi pensamiento habia extendido entre las ficciones y la realidad. Una de esas casualidades que parecen combinadas por el genio de lo desconocido, hizo que me hallase sola al despedir á Gustavo. ¿A qué he de hablarte de esta entrevista? Ni una sola palabra de amor se cruzó en ella, y sin embargo nuestras almas se entendieron.

—«Adios, me dijo, guarda esta sortija mia, y que te recuerde al mismo tiempo que mi cariño, tus deberes.»

Yo le escuchaba fascinada, sin atreverme á hablar; el dolor me ahogaba y mis ojos se llenaron de lágrimas. Gustavo tomó mi mano y puso en mi dedo la sortija. Yo, temblando, no me atreví á retirarla.

—«No olvides nunca, me dijo, que yo te amo, y que el respeto que me inspiras me hace sacrificar mi amor.

—»¿Tú me amas? le pregunté casi loca,

y sonriendo en medio de mis lágrimas.

—»Sí, mi pobre niña, te amo como me amas tú; pero nuestro amor es un imposible, nos hemos conocido tarde! No te diré que me olvides, ni te prometo olvidarte; pero cambiemos este amor en un sentimiento puro y fraternal, que sea, no tu infierno, sino tu bendicion.

—»¡Yo te amo así! le dije alentando apénas.

—»¡Ya lo sé! Pero el corazon es tan exigente....»

Y mirándome un instante con inmenso amor, me estrechó rápidamente contra su corazon y rozó mi frente con sus labios.... «adios,» murmuró otra vez. Yo caí casi desfallecida en un asiento; cuando volví á la vida, Gustavo habia desaparecido. Desde entónces esta sortija no se ha separado de mí, y tal como él la puso en mi dedo ha continuado; ella ha sentido constantemente el extremecimiento de mis pesares.... ella tocó las manos de mi hijo y rozó sus cabellos....

Amalia se echó á llorar.

—¡No llores, querida mia, la dijo Cristina, no llores!... y dime, ¿es por eso por lo que suponias te castigaba Dios?

—Sí.

—Pero, Dios mio, si ese amor es purísimo, es de ángeles: ¿y no has vuelto á verle?

—¡Ah, no! Si él hubiera querido, yo seria ménos infeliz; pero sin duda me ha olvidado.

—¿Por qué hubieras sido ménos infeliz?

—Porque su recuerdo, su aprobacion, me hubieran alentado en este árido y abrasado desierto que voy cruzando!

—¿Pero tú le ama aún?

—¡Sí! mi alma entera está llena de su recuerdo y de su imágen: yo le amo...

—Pobre Amalia....

—Pero Cristina, dijo como si se despertára, debe ser muy tarde, y me voy ya.

—Espera al ménos á que venga mi hermano, y los dos te acompañaremos.

—No, iré con un criado.

—De ningun modo; ya no puede tardar.

Las dos amigas siguieron hablando hasta que llegó Manuel Z***, que con Cristina salió para acompañar á Amalia.

Volvamos nosotros ántes á la calle del Arenal para ver lo que allí habia pasado.

en que la lleve á los toros, y como se enfadaba, la he dicho que sí; ¿qué te parece?

—Por mi parte creo que has hecho bien; pero si Amalia lo sabe, será capaz de...

—¡Bah! ¿Quién se lo ha de decir?

—Y si sale y te ve?

—Si tú me hicieras el favor de ir á esas horas de visita...

—Valiente papel me ofreces, querido, dijo Luis disimulando su alegría.

—Entre amigos...

—Es verdad: yo te ocuparé otra vez, y si crees que puedo servirte de algo, estoy dispuesto.

—Gracias, dijo Bruno, estrechando cariñosamente la mano de Luis; eres el mejor de los amigos.

—¡Pues adios! Hasta mañana.

—¿Irás?

—Sin falta.

Y estrechándose las manos se alejaron en distintas direcciones.

CAPITULO XI.

Cuando Bruno llegó á su casa, Amalia acababa de desnudarse, y envuelta en un peinador leia sentada en una butaca.

Bruno entró con un gesto de mal humor que á la verdad le hacia muy feo, y dijo con tono brusco:

—¿Parece que estás contenta?

—No debiera estarlo, dijo Amalia con seriedad, porque esta noche me has puesto en ridículo dejándome sola.

Una insolente carcajada de Bruno la interrumpió.

—¡Sola! ¡Pues si has tenido una compañía muy de tu gusto!

Amalia le miró sorprendida.

—He venido sola, te lo aseguro, dijo con dignidad y creyendo que su marido aludia á Luis.

—Bueno, bueno; hace tiempo que estoy cansado de tus locuras, y ya me voy acostumbrando.

—¡Mis locuras! ¿Qué quieres decir?

—Nada, hija, sino que puedes hacer lo que gustes, pues yo he resuelto no ocuparme de tí.

—Mucho ganaria, pensó Amalia; pero se contuvo y dijo:

—¡Tú estás loco!

—¿Crees tú, dijo acreciendo en grosería Bruno, que no sé lo que de tí se dice?

—¿De mí? exclamó Amalia, que se habia puesto muy pálida.

—¡De tí! afirmó Bruno.

—¿Y qué pueden decir?

—Poca cosa; que el preferido por tí es ahora ese precioso vizconde...

—¡Oh! ¡Qué infamia!

—Yo lo sé todo...

—Mientes, gritó Amalia con la energía de la verdad. ¡Nada puedes saber!

—¡Pchs! Oye, y no alces la voz: lo sé todo, y no me importa.

—Pero, Dios mio, ¿qué es lo que sabes? dijo ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Eso no es nuevo en tí, que nunca me has querido...

—Bruno, tú no tienes derecho para mortificarme así.

—¿Y tú lo tienes para hacer lo que haces?

—¿Pero qué hago?

—No hablemos de eso, Amalia; ya te he dicho que yo... ¡pchs!

—Mañana digo que estoy enferma, y rompo mi escritura; no salgo más al teatro.

—Tú harás lo que quieras, y como yo no puedo ni mantenerte ni vestirte, tú buscarás quien lo haga.

—Pero, Bruno, dijo Amalia que estaba muy pálida, tú eres mi marido y tienes un deber...

Bruno contestó con una carcajada.

—¡El deber! ¡Bah! No seas tonta, hija; yo no tengo nada que ver con los deberes, y tanto es así que el dia que me canses, te dejo; conque, no me fastidies.

Y tomando una vela encendida salió del tocador.

Amalia quedó por un instante anonadada.

Sus lágrimas caian sobre sus manos cruzadas y salpicaban su blanco peinador.

—Es extraño, pensó. ¿Qué le he hecho yo á este hombre para que sea conmigo tan cruelmente grosero? Hay en esto un misterio que yo debo aclarar.

Y Amalia quedó pensativa.

Ante sus ojos pasaban como flotantes sombras las imágenes evocadas por su pensamiento.

Hubo un instante en que su mirada se

dilató y sonrieron sus labios.

—¡Ah, dijo como si hablára con un sér invisible, cuánto te amaba yo! ¡Tú pudiste alejar de mí esta corona de espinas, y sin embargo, no quisiste!... ¡Tú no sabias sin duda, prosiguió, que la prueba era tan cruel, tú no sospechaste que pudieran agotarse mis fuerzas! Pero no, dijo con extraña energía; yo lucharé, yo sufriré, para que si vuelvo á verte pueda decirte con el orgullo del martirio aceptado: He sufrido, he luchado, mi corazon está hecho pedazos, pero está puro y te ama siempre... Y entónces él me amará acaso, porque no me amaba, prosiguió con tristeza; yo era una niña, y ¡él vale tanto! ¡Ah! prosiguió como si soñára. Gustavo, Gustavo de mi vida, ¡qué feliz seria yo si tuviera tu amor! Amalia sacó lentamente de su dedo la sortijita negra que llevaba siempre, la miró algunos instantes y la besó con ternura. ¡Hace algunos años, dijo, que tú, encontrando mis manos bonitas, quisiste adornarlas con este anillo! ¿Me amabas entónces? ¡No lo sé! Pero si me amabas, me has olvidado; comprendiendo los sufrimientos que me esperaban, me alentabas con tus consejos; recuerdo que me decias: «Bruno te quiere á

su modo; sé buena siempre, y ten en más ese cariño que los que se te ofrezcan con brillantes frases; ten presente que una alhaja de oro puro, aunque tosca y mal labrada, vale más que una de dublé modelada artísticamente.» ¡Cuán bueno eras y qué autoridad tenian tus palabras para mí! ¿Pero de qué me sirve seguir tus consejos? Héme aquí sola en el mundo; Dios me ha ido arrebatando todos mis sueños de felicidad; nada me queda, y ese hombre, á quien tú, como todos, concedes un buen corazon, acaba de romper con sus palabras los lazos que nos unian, porque yo no puedo querer á quien me ofende dudando de mí, á quien me abandona á mí misma. Los ojos de Amalia se fijaron en el ramito de flores que aquella noche le habian ofrecido. Hé ahí otro noble corazon. ¡Bautista! Creo que le amaria si no viviese en mi alma el recuerdo de Gustavo... Es tan leal, tan noble, tan caballero... ¡Ah, continuó pasándose la mano por la frente, qué feliz será la mujer que encuentre uno de esos corazones puros, y apoyada en él pase la vida!... ¡Qué feliz al tener quien comparta sus impresiones, quien sienta sus pesares, quien espere con su esperanza!... ¡Pero yo

sola... siempre sola! Si al ménos me hubiera Dios dejado á mi hijo... Una lágrima ardiente rodó por sus mejillas al evocar este recuerdo. ¡Qué hermoso era, prosiguió, y cuánto le amaba yo!...

Amalia, despues de enjugar su llanto, se levantó y dirigióse á su alcoba. Desde allí se oia, como un ruido fatigoso y continuo, el ronquido de Bruno. Amalia se encogió ligeramente de hombros.

—¡Luégo dirán los moralistas, se dijo á media voz, que los deberes son en todos los casos igualmente respetables! Se engañan; aquí no hay deber, no hay más que sacrificio.

Amalia tenia razon, y la sociedad no debe juzgar siempre á la mujer por lo que ha hecho, sino por lo que la han obligado á hacer. El corazon de la mujer, tierno y amante por naturaleza, es fiel y apasionado cuando ama á un sér digno, pero se enfria y olvida si se le hiere con una brutal indiferencia.

La que en el cumplimiento del deber halla la dicha, no la busca ni la anhela en las ideales quimeras del sueño; pero el corazon necesita para vivir la atmósfera del sentimiento, y si no lo encuentra en la realidad, lo busca en las ficciones de la ilusion.

CAPITULO XII.

Al otro dia Bruno se levantó muy tarde.

Almorzó solo, se vistió y fué á buscar á Amalia.

—Me voy, le dijo, y no sé cuándo volveré, pero hasta que yo vuelva cuidado con salir de aquí.

Amalia le miró sorprendida, pero él continuó:

—Nada, lo dicho; y si viene alguno de mis amigos, lo recibes.

Y salió sin esperar á tener el consentimiento de Amalia.

La pobre criatura temia de tal modo á aquel sér brutal, que no se hubiera atrevido á contradecirle.

Las cuatro serian apénas cuando la campanilla anunció una visita, y Amalia vió entrar en su tocador á Luis de Velez, que adoptaba ante ella un aire tímido y modesto.

—¿Está Bruno, señora? preguntó.

—No, caballero; salió temprano, contestó ella señalándole un asiento. Luis se sentó y adoptó un aspecto tan reservado y

tan digno, que Amalia olvidó que la perseguia con sus galanterías.

—Si no le soy molesto la acompañaré algun tiempo, puesto que está Vd. sola.

Amalia se inclinó y nada dijo; Luis la inspiraba una repugnancia invencible.

Y no porque su figura no fuese muy simpática, pues Luis de Velez, pequeño, delgado, con ojos pardos lleno de fuego, barba castaña, rizada y fina, y frente pequeña y graciosa, elegante, de amable trato y modales distinguidos, era un hombre que sabia agradar y que lo conseguia casi siempre.

—¿Está Vd. enferma? dijo mirando con atencion á Amalia.

—No.

—La encuentro muy pálida....

Amalia sonrió con tristeza.

—¡Dios mio! ¡Cuánto debe Vd. sufrir! exclamó Luis.

—¡Yo! no por cierto, estoy tranquila.

—Eso no puede ser, señora: Vd. es una mártir que oculta en una sonrisa heróica sus tormentos.

—No tal: nada tengo que ocultar.

—Amalia, si Vd. me concediese el derecho de llamarme su amigo, yo la diria...

—¿Qué?

—Que la comprendo y la compadezco.

—Lo primero es muy fácil, pues yo soy muy sencilla en mis gustos; lo segundo lo encuentro inútil.

—Perdone Vd., Amalia: ¡si Vd. supiera de qué modo tan indigno se la engaña!

—¿A mí?

—¡Sí! A Vd., noble mártir, que con tanta dignidad sufre sus dolores.

—Pero, caballero, yo le agradezco á usted mucho, muchísimo, el interés que por mí se toma, mas no sé...

—No, no puede Vd. saber por qué hablo así; Bruno tiene unos indignos amores, y por una mujer despreciable abandona á la más dignas de las mujeres.

Amalia se habia puesto muy pálida, pero se repuso y contestó con acento grave y serio:

—No sé, ni lo quiero saber, si es verdad lo que Vd. dice, pero nunca debia saberlo por Vd.

—Perdon, Amalia, pero su suerte me interesa acaso más que la mia, y como está sola en el mundo...

—¡Ah! ha querido Vd. convertirse en mi defensor y consejero y no sé cuántas cosas más, ¿no es así? Le vuelvo á dar las gra-

cias, pero le advierto que se ha engañado; yo no estoy sola, tengo mi razon, mi corazon y mi conciencia; si mi marido me ofende, tanto peor para él.

—Conque, es decir, Amalia, que rehusa usted lo que á nombre de la amistad le ofrezco?

—Ciertamente.

—¿Y si lo ofreciera en nombre del amor?

Y Luis miró de una manera apasionada á la jóven.

—Lo rehusaria lo mismo, dijo Amalia sin ofenderse al parecer por el atrevimiento de Luis.

—Es que yo la amo á Vd.

—¿Ha venido exclusivamente á decirme eso?

Luis, algo cortado con la sangre fria de Amalia, murmuró:

—Ya que he tenido la felicidad de hallarla sola....

—Pues bien, caballero, puesto que nos hallamos solos, yo debo hablarle tambien con alguna franqueza....

—¡Oh, Amalia!

—Yo no le amo á Vd.; es más, y dispénseme mi ruda franqueza, no me inspira ni las simpatías que preceden á la amistad;

así, pues, no debemos hablar más de ello.

El acento frio y desdeñoso de Amalia habia hecho á Luis palidecer de rabia.

—Es decir, que me rechaza Vd?

—Es decir, que en vez de ofenderme porque se atreva á decirme amores, á mí, á una mujer casada, á una mujer que jamás ha autorizado á nadie para que le falte al respeto debido, le digo á Vd. sencillamente: ¡déjeme Vd. en paz!

—Es que yo la amo á Vd.

—Ya me lo ha dicho ántes, y he tenido el honor de contestarle...

—No se trata de eso, señora; es que al amarla yo, necesito que Vd. me ame.

—¿De veras? dijo Amalia burlonamente.

—Puede Vd. burlarse cuanto quiera, se lo permito, pero oiga Vd. lo que voy á proponerle: ó mi amor y con él mi vida entera, ó mi enemistad.

—¡Ah! ¿Me desafia Vd.?

—No, la adoro, y busco el camino de su corazon.

—Pues, amigo mio, creo que lo equivoca...

—No todos han sido tan desgraciados.

Amalia palideció levemente, y poniéndose de pié dijo con acento seco:

—Creo que hemos hablado ya lo bastante.

—Permítame Vd., Amalia, que no obedezca sus órdenes, y me quede un momento más.

—¿Para qué?

—Aún no he concluido.

Amalia se sentó con indiferencia.

—Ya escucho, y le advierto que tengo que salir...

—Seré muy breve.

—Lo espero.

—Yo sé que Vd. ama á un hombre...

Amalia se encogió de hombros.

—Me dirá Vd. que no tengo derecho para ocuparme de sus asuntos; pero el amor es exigente, imperioso; yo la amo y tengo celos.

—¿Celos?

—Sí, celos horribles...

—Pero, señor mio, no sé por qué me obliga á escuchar estas cosas; como comprenderá, no me importa ni la causa ni el efecto.

—Quizá sí: oigame Vd.: usted ama al Vizconde de San Rafael...

Amalia hizo un movimiento de sorpresa.

—No puede Vd. negarlo; este hombre

ha hablado en el club de la dicha de poseer su corazon...

—¡Imposible! Es una mentira infame.

—Ha ofrecido pruebas de ello...

—Pero, ¡Dios mio! este hombre está loco.

—No soy yo, sino él el que las ha ofrecido, y además...

—¿Hay más?

—Mucho más: Bautista ha apostado un tronco de caballos ingleses contra un balazo, á que en un plazo muy breve es completamente feliz.

—Pero eso es el colmo de la infamia.

—Vd. le pidió anoche su carruaje, y él hoy aseguraba haberla acompañado.

Amalia estaba pálida y convulsa; en sus pestañas temblaban las lágrimas.

Se levantó con la expresion altiva del orgullo ofendido, y dijo á Luis:

—Miente Vd., no sé con qué objeto; pero Bautista es demasiado caballero para esas infamias.

—Me ofende Vd., Amalia.

—Ni una palabra más; de todos modos, aunque eso fuese cierto, hay más vileza en venir á participármelo que en haberlo concebido; y tirando del cordon de una cam-

panilla, dijo al criado que se presentó:

—Acompañe Vd. á este caballero.

—Pardiez, iba diciendo Luis, ha sido una verdadera derrota, quizá he ido demasiado léjos; pero en todo caso cuento con el hipopótamo del marido; ¡si lo dijera á Bautista!... Pero ¡qué diablo! de todos modos nos espera un desafío.

Amalia al quedar sola rompió á llorar.

—¡Dios mio! decia, ¡Dios mio! ¿Qué habré yo hecho para que un necio así se me atreva, y un hombre como Bautista apueste sobre mi honor?... Pero no, eso es imposible y no lo creo, no quiero creerlo...

¿Qué habria hecho? se preguntaba Amalia.

Su delito era haber puesto su vida, su honra y su porvenir al amparo de quien no sabia comprender el valor del depósito que se le confiaba.

CAPÍTULO XIII.

Algunos dias habian pasado cuando en el elegante círculo de la calle de Alcalá se hallaban reunidos el Vizconde, Federico y Luis.

—En verdad que no comprendo el mis-

terio con que nos has citado, Luis, dijo Federico.

—Yo creo comprenderlo, añadió Bautista; se trata de mis caballos.

—Cabalmente: tengo las pruebas...

—Veamos.

—En primer lugar este retrato de Amalia, y sacó una cajita de terciopelo rojo, la cual dió á Bautista.

Este palideció ligeramente, y dejó escapar una exclamacion al abrirla.

Era un retrato pintado á la aguada con suma perfeccion y exacto parecido.

—Y bien: ¿cómo ha venido este retrato á tus manos?

—¡Pardiez! ¡Vaya una ocurrencia! Me lo ha dado ella...

—¡Ella! no lo creo.

—¡Vizconde!

—Calma, mi querido Luis; para dar una cosa es preciso tenerla, y Amalia no tenia este retrato.

—No te comprendo.

—Pues es bien sencillo; el dia que en el Suizo me presentásteis á Bruno, nos enseñó este retrato de su esposa.

Algunos amigos habian rodeado á nuestros jóvenes, y el retrato pasaba de mano en mano.

—Señores, vais á ser testigos en una cuestion bien singular.

—¿De qué se trata?

—Luis afirma haber recibido ese retrato de manos de la señora á quien representa, y yo sostengo que no es exacto.

—Veamos por qué.

—Hace ocho dias que el marido de esa señora tenia el retrato; no es de creer que ella lo haya quitado á su primitivo poseedor para darlo á Luis.

—Tiene razon, contestaron con una carcajada.

—Señores, ahora vais á oirme á mí, dijo Luis: Amalia, como sabeis, me ama, y en prenda de amor me ha regalado ese retrato; ya veis que yo no he de preguntarle á quién ha pertenecido ántes.

—Yo niego ese amor, dijo Bautista con voz firme; pero como pudiera creerse que al negarlo obedezco á una mira interesada, voy á someterme á la decision de estos señores. ¿Podriais afirmar, por vuestro honor, que creeis indudable prueba del amor de una mujer el tener un retrato suyo?

—Seguramente que no.

—Estás en tu derecho defendiéndote, Bautista, repuso aparentando buen humor

Luis, y voy á ver si te ofrezco una prueba mejor; y sacando un papelito cuidadosamente doblado, dijo á Bautista: ¿conoces esto?

—No por cierto.

—Son unos flecos del abrigo de Amalia; su linda mano los arrancó para mí, como memoria de un momento feliz.

—¡Bah, querido! Todos los abrigos de todas las mujeres se parecen.

—Es decir, que dudas aún?

—Sí.

—Pues bien, señores, si mañana por la noche me siguen Vds. á la calle del Arenal, y me oyen dar una palmada, abrirse un balcon de la casa que habita esa señora, y entrar yo por él, ¿me creerán su amante?

—¡Diablo! ¡Desde luégo!

—¡Ya lo creo!

—Es una prueba decisiva.

—No tan decisiva, dijo Bautista, porque puede esa señora no saber que Vd. entra en su casa; pero, puesto que estos señores la creen suficiente, me someto á ella.

—Está bien; pues entónces, señores, hasta mañana.

—Adios, Bautista, mañana me enviarás tus hermosos caballos.

—¡Quién sabe!

—¡Hasta mañana!

—¡Es singular cómo este Luis habla de cosas que un hombre decente oculta siempre!

—Y lo peor de todo es, dijo Bautista con una ligera expresion de tristeza, ¡que no es verdad lo que asegura!

—¡Cómo!

—Tiene una apuesta conmigo muy singular, y que mañana sabreis; su orgullo está interesado en vencer, y ofende á esa señora sin motivo.

—¡Oh eso seria infame! y no creo á Luis capaz.....

—Bautista, dijo Federico, tú no sabes de qué manera engañan las apariencias en algunas mujeres; Amalia es una mujer de talento y sabe rodearse de ellas.

—Pero tú supones que Luis.....

—Yo no afirmo nada, pero sé que es un caballero, y no le creo capaz de inventar lo que dice.

Bautista se encogió de hombros.

—De todos modos, dijo, mañana veremos.

Y despidiéndose de sus amigos, salió.

Su cabeza ardia, y su corazon se agitaba violentamente.

—Si fuera verdad, se decia: si ella le hubiera dado ese retrato, entónces no merece ni que me ocupe en defenderla, y enviaré á Luis los caballos; pero si así no fuera; si Luis, valiéndose de medios que no comprendo me engañára..... ¡oh! entónces, Luis tendrá que habérselas conmigo, porque le mataré.

Bautista amaba á Amalia, pero su amor era ese respeto apasionado que ocultamos en el fondo del alma á todas las miradas; habia en aquel amor mucho de admiracion hácia su brillante talento, mucho de compasion por los sufrimientos que adivinaba.

Jamás hubiera dicho á Amalia una palabra de amor, pero si la jóven hubiera necesitado su vida, se la habria ofrecido sin vacilar. Bautista era uno de esos nobles corazones que apénas son comprendidos, y que sienten todo lo inmundo de la malicia y la desconfianza que flota á su alrededor. Bautista no sabia que aquel culto respetuoso, no comprendido, era un nuevo jiron arrancado á la honra de aquella pobre mujer.

CAPITULO XIV.

Una de las noches en que no trabajaba nuestra simpática actriz, dijo á su marido, que dormitaba en una butaca con toda la grosería que le era habitual:

—Bruno, ¿quieres que vaya á casa de Cristina, que me espera?

—Véte adonde quieras.

—¿Pero me acompañarás tú?

—¡Yo! No puedo.

—Entónces.....

—Te vas con un criado.

—¿Irás tú luégo?

—No; de allí te acompañarán.

—Está bien, dijo Amalia poniéndose el sombrero y llamando.

Momentos despues salia acompañada de un criado, y Bruno quedaba solo.

¿Por qué el robusto personaje permanecia en su casa?

Sin duda que el lector desea saberlo y se lo vamos á decir.

Ya recordarán haber oido á Luis proponer á sus amigos, como prueba decisiva para la apuesta empeñada, que fuesen á verle

entrar por los balcones de Amalia á las doce de la noche. Para realizar este plan, que no dejaba de ser atrevido, necesitaba nuestro calavera contar con Bruno.

Convencido ya de que nada alcanzaba de Amalia, que le habia rechazado con altiva dignidad, queria sostener á toda costa entre sus amigos su reputacion de *invencible Don Juan*. Poco le importaba pisotear la honra de una mujer de una manera indigna; para esos atrevidos galancetes, que unen á un gran amor propio una perfecta necedad, nada hay respetable sino sus caprichos.

¿Qué significan la calma, la dicha, el nombre de una mujer?..... Luis habia buscado á Bruno, que, temeroso de que pudiera indisponerle con la muchacha de la calle de Tabernillas, era en sus manos un dócil instrumento.

—Tengo que hablar esta noche contigo, le dijo.

—Bien.

—Iré á tu casa

—¿A mi casa?

—Sí.

—¿Pero no vas á hablarme de *ella*?......

—Sin duda.

—Pues entónces en mi casa......

—¿No tienes tú un despacho independiente?

—Así es.

—Pues en él hablaremos.

—Pero mi mujer.....

—Eres un tonto, querido Bruno.

—¿Porqué? preguntó algo desconcertado.

—¿No tiene tu despacho un balcon?

—Sí.

—¿No hay debajo una gran reja?

—Tambien es verdad, dijo Bruno, que aún no comprendia lo que decia Luis.

—Pues bien, esta noche á las doce, y de acuerdo con ella, vengo á verte y subo por el balcon.

—¡Ah! ¿pero á qué es eso! yo saldré......

—No puede ser.

—No te comprendo.

—No hace falta, mi querido Bruno.

—Pero, Luis, yo quiero saber lo que pasa.

—Para eso vendré á tu despacho á las doce, para contarte lo que hay.

—¡Ah! y no pudieras ántes.....

—Ni una palabra.

—¡Me asustas!

—Pues no te asustes y espérame.

—¿Y podrás subir?

—Como un gato.

—¿A qué hora dices?

—A las doce.

—Mira: por si me duermo dejaré el balcon abierto, y tú.....

—Magnífico; apagas la luz, abres el balcon y me esperas durmiendo.

—Pero..... ¿y si te ven subir?

—¡Bah! ¡Quién ha de fijarse en eso!

—Bueno, pues el balcon estará abierto.

—Hasta la noche, mi querido Bruno.

Y Luis dejó á su gordo amigo dominado por una gran curiosidad.

—¿Qué tendrá que decirme? se preguntaba. ¿Si será algun nuevo capricho de Consuelo? ¿Si se tratará de Amalia? Al pensar en su mujer sus cejas se fruncian.

—No, murmuraba, pues como se trate de ella, ya verá; porque estoy muy cansado de sus locuras..... es verdad, añadió, que yo nada malo veo en ella, que tiene un genio como un ángel; pero ¡ah! ella tiene talento y las mujeres de talento no se pueden resistir.

Bruno sintió un extremecimiento de placer al oir á su mujer pedirle permiso para salir y se apresuró á concedérselo.

A pesar de las seguridades de Luis, no las

tenia todas consigo, y se encomendaba á todos los santos para salir bien de aquella diablura inventada por su amigo.

Dejémosle esperarlo y sigamos á Amalia.

CAPITULO XV.

Amalia, al llegar á casa de su amiga Cristina, despidió á su criado sin decirle que volviera.

Cristina se apresuró á quitarle el sombrero y á ofrecerle una butaca.

—¡Oh! cuánto me alegro de que hayas venido, la dijo.

—Vengo huyendo de mí misma; estoy tan sola, que mis pensamientos, cada vez más tristes, me hacen daño.

—Mi pobre Amalia, dijo Cristina besándola en la frente; Dios mio, ¿por qué has de ser tan desgraciada tú que eres tan buena?

—Dios lo quiere así, y yo no puedo hacer otra cosa que someterme á su voluntad.

—¿Y por qué ha de querer Dios que tantos pesares asedien tu vida? te confieso que á creer yo que la voluntad de Dios crea nuestros goces ó nuestras penas, hasta

dudaria de su clemencia al mirarte á tí; tú eres buena, y sin embargo la más desgraciada de las mujeres.

—¡Ah! no digas eso, Cristina mia; Dios es misericordioso, pero no olvidemos que él nos dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

—Pero, Amalia, ¿no te irrita ver la felicidad insolente de todos esos séres que ni aman á Dios ni le comprenden, y tú que elevas su nombre sobre tu alma, que le ofreces como altar; tú que le bendices, le alabas y le adoras, has de ser tan desgraciada?

Amalia suspiró.

—¿Quién sabe, dijo, si Dios purifica mi alma por este medio? ¿Quién sabe si castiga en mí una falta?

—¡Tú culpable! ¡Ah! no, Amalia, no lo creo.

—Además, ¿no has pensado tú muchas veces, Cristina mia, que así como las aspiraciones de las almas son diferentes, lo son tambien sus deberes?

—¡Ah!

—El que no comprende lo que esos deberes significan, el que no busca en ellos le lazo que moralmente le une á Dios, y

materialmente á la sociedad, casi no está obligado á cumplirlos.

—¿Lo crees tú así?

—Seguramente.

—Segun eso. disculpas á Bruno, dijo Cristina con un gracioso gesto de malicia que dió una encantadora expresion á su vivaz y picaresca fisonomía.

—Hago más, le compadezco.

—¡Tú! pero eso es ya tontería, Amalia; te falta indignamente, te hace una mártir, y le perdonas.....

—Sí: no sabe lo que hace.

—¿Tú lo crees?

—Sin duda alguna; Dios ha negado luz á su inteligencia, pero es un pobre sér inofensivo.

—¡Amalia! no puedo oirte con calma decir eso; ¿no es nada el daño que te ha hecho?

—Pero lo ha hecho sin conocimiento de ello.

Cristina se encogió de hombros y tomó una mano á su amiga.

—¡Ah! dijo como quien recuerda, no me has contado la historia de esta sortija.

Amalia se extremeció levemente.

—Cuéntamela ahora, insistió Cristina.

—¡Oh, no!

—Sí, Amalia, yo te lo ruego; hace mucho tiempo que deseo saberla.

—Si vieras, dijo Amalia con dulce sonrisa, cuántos disgustos me ha costado esta sortija!

—¿Por qué?

—Porque Bruno lá odia; y acaso he hecho mal en llevarla, pero lo ofrecí.

—¿A quién?

—¿Conoces tú á un primo mio que se llama Gustavo de A.... y que es Marqués de V?...

—No; pero sé que vale mucho.

—Hace ya mucho tiempo, lo ménos seis años, dijo Amalia como si empezase una historia, que yo le conocí; desde entónces llevo puesta esta sortija.

—¡Cómo! ¿Es suya?

—Sí: yo le amé, quizás le amo aún, ya ves que no tengo derecho á quejarme....

—Pero ese amor....

—Oyeme, Cristina, no importa que lo sepas; mi amor es tan puro como un rayo de sol; cuando le conocí sufria yo el dolor de las primeras locuras de mi marido: jóven, casi una niña, faltaba á mi alma valo-y á mi corazon calma. No tenia esa dolo-

rosa experiencia que enseña tanto, ni esa amarga resignacion que da la costumbre de sufrir. Al conocer á Gustavo, sentí como un deslumbramiento rápido; aquel hombre no se parecia á ninguno de los que yo habia conocido; era noble y generoso, con esa generosidad que es sublime sin ser ridícula; su figura altamente distinguida, su palabra profunda y graciosa, me impresionaron tanto, que él mismo conoció muy en breve que era dueño de mi alma. Yo no sé si él me amó, aunque su voz no puede mentir, pero fué tan grande el sentimiento que logró inspirarme, que pareció reanimar la vida de mi corazon adormecido en sus dolores. No sabré explicarte lo que á su lado sentia, pero creia escuchar en su voz el acento imperativo de un dueño, y en sus palabras dulces y cariñosas, una ley á la que mi voluntad se habia de ceñir. Yo encontraba en sus pensamientos mis pensamientos, en sus ideas mis ideas, era una afinidad misteriosa que como un lazo invisible unia nuestras almas. El pertenecer á mi familia me hacia hablarle con expansiva confianza, pero esta confianza se cambiaba en una timidez llena de temores cuando le veia á solas. Entónces no sabia hablar,

temblaba toda, y mis impresiones se confundian en un solo sentimiento: admirarle. Así hubiera vivido, quizás siempre, sin analizar yo misma lo que sentia, dejando inundarse mi alma en esas corrientes de felicidad que brotan de un sentimiento purísimo, á no ser porque su ausencia vino á descorrer el velo que mi pensamiento habia extendido entre las ficciones y la realidad. Una de esas casualidades que parecen combinadas por el genio de lo desconocido, hizo que me hallase sola al despedir á Gustavo. ¿A qué he de hablarte de esta entrevista? Ni una sola palabra de amor se cruzó en ella, y sin embargo nuestras almas se entendieron.

—«Adios, me dijo, guarda esta sortija mia, y que te recuerde al mismo tiempo que mi cariño, tus deberes.»

Yo le escuchaba fascinada, sin atreverme á hablar; el dolor me ahogaba y mis ojos se llenaron de lágrimas. Gustavo tomó mi mano y puso en mi dedo la sortija. Yo, temblando, no me atreví á retirarla.

—«No olvides nunca, me dijo, que yo te amo, y que el respeto que me inspiras me hace sacrificar mi amor.

—»¿Tú me amas? le pregunté casi loca,

y sonriendo en medio de mis lágrimas.

—»Sí, mi pobre niña, te amo como me amas tú; pero nuestro amor es un imposible, nos hemos conocido tarde! No te diré que me olvides, ni te prometo olvidarte; pero cambiemos este amor en un sentimiento puro y fraternal, que sea, no tu infierno, sino tu bendicion.

—»¡Yo te amo así! le dije alentando apénas.

—»¡Ya lo sé! Pero el corazon es tan exigente....»

Y mirándome un instante con inmenso amor, me estrechó rápidamente contra su corazon y rozó mi frente con sus labios.... «adios,» murmuró otra vez. Yo caí casi desfallecida en un asiento; cuando volví á la vida, Gustavo habia desaparecido. Desde entónces esta sortija no se ha separado de mí, y tal como él la puso en mi dedo ha continuado; ella ha sentido constantemente el extremecimiento de mis pesares.... ella tocó las manos de mi hijo y rozó sus cabellos....

Amalia se echó á llorar.

—¡No llores, querida mia, la dijo Cristina, no llores!... y dime, ¿es por eso por lo que suponias te castigaba Dios?

—Sí.

—Pero, Dios mio, si ese amor es purísimo, es de ángeles: ¿y no has vuelto á verle?

—¡Ah, no! Si él hubiera querido, yo seria ménos infeliz; pero sin duda me ha olvidado.

—¿Por qué hubieras sido ménos infeliz?

—Porque su recuerdo, su aprobacion, me hubieran alentado en este árido y abrasado desierto que voy cruzando!

—¿Pero tú le ama aún?

—¡Sí! mi alma entera está llena de su recuerdo y de su imágen: yo le amo...

—Pobre Amalia....

—Pero Cristina, dijo como si se despertára, debe ser muy tarde, y me voy ya.

—Espera al ménos á que venga mi hermano, y los dos te acompañaremos.

—No, iré con un criado.

—De ningun modo; ya no puede tardar.

Las dos amigas siguieron hablando hasta que llegó Manuel Z***, que con Cristina salió para acompañar á Amalia.

Volvamos nosotros ántes á la calle del Arenal para ver lo que allí habia pasado.

CAPITULO XVI.

A las doce, cuando Bruno dormia esperando á Luis, y Amalia referia á Cristina esa dulce y sencilla historia que ya conocemos, Bautista y sus amigos llegaban con Luis al sitio convenido.

Bautista sentia una gran repugnancia á dar ese paso, al par que una invencible tristeza; quizás no amaba á Amalia, pero tenia nobles y generosos sentimientos, y le repugnaba jugar así con la honra de una mujer.

Habia en su corazon como un presentimiento de que Luis mentia, y tenia como una última esperanza de revindicar á Amalia en el concepto de sus amigos.

Luis, con el aire insolente y audaz que ya conocemos, se despidió de ellos.

—Adios, querido, dijo á Bautista, hasta luégo que vaya á pedirte mi tronco inglés.

Bautista se inclinó sin decir nada.

—Que te diviertas, dijo maliciosamente Federico.

Luis contestó con una carcajada, y cruzando la calle, trepó con agilidad suma

por una reja, se izó, se balanceó sobre el balcon, y desapareció por él.

—Esto es hecho, dijo Federico; le esperaban.

—¡Diablo! pues á nadie se veia, exclamó otro.

—Vamos, señores, dijo conteniéndose Bautista, ¡qué esperamos aquí!

Nuestros jóvenes se alejaban hablando y riendo, cuando Amalia, Cristina y Manuel bajaban por la misma calle.

La voz de Amalia hizo extremecer á Bautista, que sin pensar en lo que hacia, se fué hácia ella.

—¡Amalia! dijo con asombro, ¿es Vd?

—Buenas noches, amigo mio, contestó con voz dulce Amalia, ¿á dónde se va por aquí?

—Señores, dijo Bautista á los jóvenes que se habian ido aproximando con curiosidad; permitidme que os presente á mi amiga Amalia C***, á la que tengo el mayor placer en encontrar aquí!

Si en vez de la luz del gas hubiera alumbrado la luz del sol, Amalia hubiera visto la sorpresa pintada en todos aquellos rostros.

La saludaron, y lo mismo á Cristina y á Manuel, y el Vizconde dijo:

—Amalia, voy á pedir á Vd. un favor, y le doy mi palabra de honor de revelarle mañana el misterio que encierra, si lo encuentra extraño.

La jóven escuchó sorprendida.

—Voy á suplicar á Vd., y se lo suplico por la memoria de mi madre, dijo con voz conmovida, que con estos señores se sirva acompañarnos al *Suizo* hasta que sea la una.

—Pero yo no sé.... dijo Amalia confundida, mi marido me espera....

—¡Qué importa una hora más!

—Vamos, dijo Cristina, que comprendió se trataba de algo grave; tu esposo habrá salido.

Y pasando su brazo por el de Amalia la hizo seguir andando.

Bautista entre tanto decia á sus amigos, con una voz en que temblaban la indignacion y la ira:

—¡Ya veis que Luis es un canalla!

—¡Es inaudito! exclamó uno.

—¡Escandaloso!

—¡Es inícuo é infame calumniar así á una mujer!

—Merece un castigo y yo me encargo de ello, dijo con energía Bautista: mañana,

tú, Federico, y Vd., Lasala, si me hace ese favor, irán á arreglar con sus padrinos las condiciones del duelo.

—Estamos á sus órdenes, contestaron los jóvenes aludidos.

Bautista fué á reunirse con Amalia.

—¿Podré saber, amigo mio, dijo con bondad la jóven, con qué objeto me hace dar este paseo?

—Con el deseo de tener la honra de estar una hora más á su lado.

Amalia sonrió diciendo:

—¡Tendré que esperar hasta mañana la explicacion!

Cuando llegaron al *Suizo*, todos se esforzaban por demostrar á Amalia consideracion y simpatía; todos se avergonzaban de haber sido juguetes de la intriga de Luis.

En tanto que aquí se deshacia por una casualidad providencial el plan de Luis, éste, que creia que Amalia dormia en su cuarto, inventaba algo que decir á Bruno para justificar su ascension nocturna.

—Consuelo quiere hacer un viaje y que tú la acompañes.

—Pero eso no puede ser, contestó Bruno.

—¿Por qué?

—Porque Amalia tocaria el cielo con las manos.

—¡Bah! Se alegrará de tu ausencia.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? ¿Pues no sabes que quiere al Vizconde?

—Pero yo no veo nada que lo pruebe.

—Porque no buscas las pruebas.

—¿Y dónde he de buscarlas?

—En todas partes. Amalia debe tener cartas suyas, continuó Luis; busca en los libros, en los cajones, entre los cuadros, en fin, hasta en las botellas de su tocador, y algo encontrarás.

—Tienes razon, y si encuentro.....

—Si encuentras no harás nada, pero tendrás un pretexto para irte á viajar llevando á Consuelo.

—Dices bien.

—Y ahora guíame, que voy á salir.

—¡Cómo! ¿No sales por el balcon?

—No, hombre; lo que importaba era que Amalia no me viese entrar, para que no sospechase.

—Pero si Amalia no está en casa.

—¡Cómo! gritó sorprendido Luis, ¿á donde está?

—Salió al anochecer para ir á casa de Cristina, y aún no ha vuelto.

Luis pensó que sus amigos se habrian

retirado en el momento y que poco importaba si no habian visto á Amalia.

Recobró todo su aplomo y salió.

Se fué al café *Suizo*, punto de reunion convenido de antemano.

En el departamento de la izquierda encontró á sus amigos, que bebian y fumaban.

—¿Eh? ¿Qué tal? le preguntaron.

Luis sonrió con audacia y contestó llevando las puntas de los dedos á los labios con un movimiento truhanesco y picante:

—¡Divina!

—¿Es amable?

—Demasiado.

—¿Y cariñosa?

—Es un volcan.

—Segun eso está muy enamorada.

—Hasta el delirio.

—Pues nosotros, dijo Bautista, que sufria al oir á Luis, hemos sido felices tambien.

—¡Cómo!

—Al entrar tú en el gabinete de Amalia y cuando nos disponiamos á venir aquí para brindar por tu buena suerte, hallamos á dos señoras, dos amigas, que nos han hecho el favor de acompañarnos, y hemos pa-

sado un buen rato en su compañía.

—¡Hombre! Debísteis esperarme.....

—Es que aún no se han ido.

—¿Y dónde están?

—En el departamento de señoras.

—Pues vamos allá.

—¡Diablo! Eres un Heliogábalo amoroso, no te basta.....

Luis se levantó.

—Cuidado con hablar de tu aventura, le dijo Bautista con tono amenazador y siguiendo á Luis.

Pero la sonrisa de triunfo de Luis se borró bien pronto.

Al ver á Amalia palideció densamente y tembló.

¡Todo estaba perdido!

Vaciló y quiso retroceder; pero Bautista le dijo con voz queda y de incomparable energía:

—El que tiene el valor de mentir para deshonrar á una mujer, debe tener el valor de arrostrar las consecuencias de su mentira.

—Es inútil prolongar esta escena, dijo Luis con descaro; he perdido; cuando gustes.....

—Federico y Lasala irán mañana á en-

tenderse con tus padrinos, dijo friamente el Vizconde; entre tanto venid á saludar á esa mujer, á quien habeis querido perder y á quien Dios ha salvado.

—O su amante, encargado por Dios de darle aviso.....

—Mañana os contestaré, le dijo con altivez Bautista.

Y acercándose á la mesa en que Amalia, Cristina y Manuel se encontraban, la saludó respetuosamente y le dió las gracias por su bondad en haberle acompañado, diciéndole que desde aquel momento quedaba libre.

CAPITULO XVII.

Cuando Amalia entró en su casa, Bruno estaba inspeccionando todos los sitios que le parecia podian ocultar su secreto.

Al ver á Amalia cesó en su tarea y fué á sentarse con ella junto á una mesa.

En aquella mesa habia una preciosa botella azul con rayas de oro, una botella de noche, cubierta con un pequeño vaso y sostenida en un plato igual.

Hacia algun tiempo que aquella botella no servia; Amalia la tenia en mucho por

ser un regalo de una amiga y temia se le rompiese.

Amalia hablaba con Bruno muy tranquila, cuando éste lanzó un grito y asió la botella con viveza.

—¡Ya la tengo! exclamó.

—¿Pero qué es lo que tienes? preguntaba Amalia riendo á carcajadas al ver los descompuestos ademanes de su robusta mitad.

—¿Qué? ¡Mira!...

Y poniende la botella delante de la luz mostraba á Amalia un papel que habia dentro.

Amalia se reia de una manera tan franca y tan sencilla, que Bruno comenzó á dudar que fuese nada importante.

—¿Qué papel es ese? dijo Bruno.

—¡Bah! Yo no lo sé, te lo aseguro, dijo Amalia alegremente.

Bruno, sin dejar la botella, fué á buscar una hebra fuerte, con la cual volvió.

—¿Qué vas á hacer? preguntó Amalia.

—Pues ¿qué he de hacer sino sacarlo?

Amalia, interesada tambien en saber qué papel era aquel que nunca habia visto, comenzó á ayudarle de muy buena gana.

Bruno, al ver aquella naturalidad, duda-

ba, pero la idea de que Amalia fingia le hizo proseguir.

Pero sus esfuerzos eran inútiles.

Amalia se reia tanto al ver sus gestos desesperados, que Bruno acabó por reirse tambien, pero sin cejar en su empeño.

—Amigo mio, dijo Amalia, ¿por qué no pones agua en la botella? El papel húmedo se adhiere fácilmente al hilo.... Bruno lo hizo así, pero el papel no salia.

Entónces Bruno pensó en romper la botella, pero Amalia se opuso enérgicamente á ese pensamiento.

Tomó la botella en su mano, introdujo el hilo doblado en ella, hasta coger el papel, y tirando rápidamente, sacó al fin el tan anhelado objeto.

Bruno se abalanzó á él y le desdobló con ánsia.

Amalia miraba con curiosidad.

Aquel papel, víctima inocente del celoso Bruno, aquel papel que él creia ser una prueba auténtica, ilegal, de su deshonra, ó más bien una autorizacion en regla para hacer su voluntad, aquel papel contenia.... ¡dos inocentes hebras de seda blanca!

Amalia comenzó á reir tanto y de tan buena gana, que sus ojos se humedecieron en llanto.

—¿Qué significa esto? dijo con voz de trueno Bruno.

—¿Cual? preguntó Amalia sin dejar de reir.

—Estas hebras.

—¡Ah, Dios mio! no lo sé.

—Esto es un misterio.

—¡Quizá!

—¡Ah! aquí hay algo escrito.

Y aproximándose á la luz leyó una fecha.

—¿Qué quiere decir esto?

—Una cosa muy sencilla: que ese pedazo de papel se tomó de una carta y esa era la fecha.

—Lo que es, señora, es que Vd. me ha hecho poner agua para que lo escrito se borre.

—Pues, hombre, como se borró lo demás se habria borrado la fecha.

—Lo que hay en todo esto es un misterio, y ese misterio es que Vd. me engaña.

—¿Sabes que has sacado un gran resultado del fondo de la botella?

—Puede Vd. reirse cuanto quiera; pero yo, convencido de que se me falta, tomaré mis medidas.

—¿De veras?

—Mañana me voy.

—Te deseo feliz viaje, dijo Amalia, que no podia convencerse de que Bruno hablase en serio.

—Es que me voy para siempre.

—¡Ah, sí? pues tanto mejor, así como así, ya no puedo más.

Y Amalia, que se habia puesto seria, se levantó para irse á su cuarto.

El desenlace inesperado del papel la hacia sonreir en medio de la indignacion que las palabras de Bruno la inspiraban.

CAPITULO XVIII.

Algunos dias despues se hallaban reunidos en Fornos Bautista y sus amigos.

Luis faltaba.

Hablaban indistintamente de todo. De política, de literatura, comentaban los sucesos del dia, y referian mil anécdotas llenas de picante gracia.

Federico leia un periódico.

—Hé aquí una noticia, dijo, que me entristece.

—¿Cual?

Federico leyó:

«La bella y simpática actriz Doña Amalia C.... ha sido contratada para el teatro

de Tacon de la Habana, á donde marchará en breve.

»Se dice que ha hecho un ajuste ventajosísimo, pero la buena sociedad madrileña sentirá siempre el verse privada de la inteligente actriz, que merecia toda su predileccion.

»La saludamos cariñosamente, deseándole mil felicidades.»

—¿No lo sabias? preguntó el Vizconde.

—No por cierto.

—Amalia, al verse cobardemente abandonada, ha querido ir á donde no sea conocida.

—¿Pero es verdad que ese energúmeno de marido la abandonó?

—Sí, y de una manera indigna.

—¡Pobre Amalia!

—En verdad que parece perseguirla una fatalidad extraña.

—¿Por qué? dijo otro, porque la abandona ese ogro, ese oso blanco que se entretenia en mortificarla? Pues yo creo que si alguna felicidad la reserva Dios, ha de empezar á gustarla ahora.

—Angel tiene razon, Amalia sola puede vivir feliz.

—Amalia está enférma, dijo con tristeza el Vizconde.

—Pero es jóven, y la naturaleza vencerá al mal; yo creo que sus amigos debemos darla la enhorabuena por esa soledad de buen agüero.....

—Vizconde, ¡cómo sentirá Luis que haya Vd. tenido la descortesía de enviarle una bala al hombro! de otro modo, despediria á la simpática actriz.

—¿Cómo está?

—Tiene para un mes, pero no peligra su vida.

—Más vale así.

—¿Y sabeis, señores, la razon que dan de ese duelo, á modo de explicacion?

—No tal.

—Pues se dice que el Vizconde es el amante favorecido de Amalia y que ha castigado la osadía de Luis....

—Pero eso es una infamia; todo el mundo sabe que no es verdad.

—Todo el mundo cree lo peor, mi querido Bautista; hay en nosotros extraordinaria aptitud para creer el mal.

—Y luégo la escapada del marido en estos dias....

—Pero se sábe que ha huido con una mujer....

—No importa; Amalia es muy notable,

muy visible, para no ser envidiada, y de la envidia á la calumnia no hay más que un paso.

—Es decir, dijo tristemente Bautista, que la he hecho un grave daño queriendo rehabilitar su nombre y castigar á su detractor?

—Pardiez, querido, como esa generosidad es hoy tan rara, se ha buscado otra causa.

—Pues yo os aseguro por mi honor, señores, que jamás he hablado á solas con esa señora, dijo Bautista con su buena fé de provinciano.

—Ya lo sabemos, querido, pero eso no impedirá que se te crea amante suyo.

—Pero es una infamia suponer...

—Desde luégo, pero la sociedad es así.

—Pues bien, si la sociedad condena por apariencias engañosas, hay un tribunal más alto y más respetable que nos absuelve.

—¿Cuál es?

—¡La conciencia! La sociedad podrá culpar á Amalia, pero ella es honrada y pura, y sobre el anatema social está la bendicion de Dios.

FIN

ESTUDIOS SOCIALES.

ESTUDIOS SOCIALES.

I.

LA INDIFERENCIA RELIGIOSA.

Cuando la época actual vaya desvaneciéndose en la sombra de lo pasado, y las generaciones futuras puedan contemplarla como un cuadro histórico que se les muestre lejano, sin duda alguna que él ofrecerá un efecto extraño, con sus diversos matices, sus abigarradas tintas, que sin dejar conocer el color dominante en su composicion, se confundirán en formas sin contorno, sobre un fondo de indecisa nebulosidad.

El distintivo especial de nuestro siglo es una gran vaguedad en todos los sentimientos, una constante oscilacion en todas

las impresiones, y una indecision y debilidad en todas las creencias, que no llega á ser negacion y que no basta para afirmarlas, creándose de esta especie de desleimiento de afectos una atmósfera glacial en torno de nuestro pensamiento, que apaga la llama espléndida del entusiasmo y hace brotar el helado fantasma de la indiferencia.

La indiferencia en el órden social, en el moral y el religioso, produce el enfriamiento de las nobles pasiones, de las sensaciones generosas; el empobrecimiento de las facultades intelectuales, y lo que es más triste aún, el olvido de todos los deberes.

Porque el deber es como un contrato tácito y sagrado entre una autoridad y una voluntad; la autoridad, esto es, la conciencia, dicta: la voluntad, ó lo que es lo mismo, la razon en su libre albedrío, obedece.

Desde el momento en que la indiferencia anula ese poder, la idea de sus leyes queda olvidada.

La indiferencia, más que un sentimiento determinado, es una confusion de sentimientos, una especie de crepúsculo para la

inteligencia, en el cual ni hay sombra ni hay luz; un instinto de cobardía que hace huir de las dos afirmaciones, especie de polos del mundo moral: de la negacion y la fé.

La negativa exige un valor relativo; el valor de una demostracion, si bien sea absurda, pero que pretenda justificar el hecho. La fé exige tambien la fuerza de la verdad, la conviccion y la perseverancia.

La indiferencia, término medio entre ambos sentimientos, nada exige, y nada tampoco ofrece. Es la indolencia, el marasmo, la inercia de los sentidos.

Es aceptarlo todo y rechazarlo todo.

Es abdicar el imperio de los recuerdos y las esperanzas para vivir de realidades miserables.

Es cortar las alas al pensamiento para que no se eleve á esos espacios de idealidad divina en que bebe á torrentes su armonía y su luz. Es vaciar la candente materia de la vida en el molde mezquino de la muerte; porque allí donde las aspiraciones del alma encuentran un límite, allí donde los lazos de hierro de la materia ahogan el anhelo purísimo de los sentimientos, empieza la muerte moral, el desórden en las

pasiones, el vacío en el espíritu.

Y sobre este vacío, que poco á poco invaden las sombras de la nada, se marcan con un gran relieve los efectos de esa indiferencia que lo ha producido.

No hay necesidad de llegar hasta el fondo del alma para ver formarse allí los gérmenes de esa calma fria y sarcástica que es como una especie de coraza invulnerable á todos los sentimientos; no es preciso anatomizar el corazon para sorprender en él esa dureza especial que le hace estéril para producir las grandes virtudes; no es fuerza analizar el pensamiento para descubrir esas semillas envenenadas que tan rápidamente fructifican; no, no hay que ir á buscar el mal en sus principios; ya no se oculta; ya se muestra con una especie de orgullo, flotando sobre la superficie social, se infiltra en las costumbres y tiene la audacia loca de erigirse á sí mismo en reformador de ellas, al reformar los sentimientos.

Por desgracia vemos esa pretension justificada; la humanidad no lucha con aquello que la halaga; hay en nuestra debilidad moral una eterna causa de perturbacion para nuestros sentidos, que, en lucha con

el espíritu y la materia, están siempre dispuestos á prescindir sin pena de cualquiera de estas tiranías.

Acogemos la idea nueva, no como perturbadora en el órden moral, sino como imposible en el órden real, y tranquilos respecto á su escasa importancia, no la rechazamos; nos acostumbramos á ella, acabamos por oirla sin asombro, y por último, sin que comprendamos su utilidad, sin que deseemos su afirmacion, la costumbre y la indiferencia nos llevan á ella, y acabamos por aceptarla como propia, y acaso por defenderla.

Esta es la historia de la mayor parte de los errores modernos nacidos de la exuberancia de vida que hace desbordarse en hirvientes espumas de idealidad el pensamiento del hombre, al vaciarle en esa ancha copa que nos ofrece lo desconocido; su vista encanta y su sabor embriaga en la orgía moral á que la ciencia invita al corazon; y entre los esplendores que la civilizacion y la poesía combinan para esa fiesta, la idea atrevida, ataviada con las galas de la independencia y la novedad, brota como brota la chispa del choque del pedernal y el hierro; pero no se

apaga como ésta, sino que tomando nueva vida al ver que la debilidad la respeta y la ignorancia la aplaude, recorre triunfante el mundo de las creencias, vierte la confusion en las almas, y llega á ser, gracias á la indiferencia, que no la rechazó á su tiempo, un elemento de perturbacion moral, como aquella misma chispa á que la hemos comparado, no apagada en su principio, un elemento de destruccion física.

La indiferencia, por sí sola, va minando lentamente los cimientos en que la sociedad se apoya.

Ella es la que autoriza esas doctrinas disolventes para la moral cristiana y para la humana dignidad, que se propalan hoy entre las hojas de la novela moderna, sobre la escena de los modernos teatros, en los labios de nuestra juventud, y en lo sagrado de nuestros hogares.

Sí, indiferencia ante los deberes de conciencia y ante los deberes de honra; indiferencia para con Dios y con nosotros mismos, es esa tolerancia culpable que extravia nuestro espíritu con ejemplos desgraciados, que si admitimos por una necia vanidad, reprueban el corazon y la razon. ¡Vanidad en el mal! exclamarán nuestros lectores, ¿es-

acaso posible enorgullecerse de aquello que envilece?...

¡Ah! la debilidad humana va tan léjos de sus extravíos, tiene tal influencia sobre ella el ejemplo, que el que no puede crear, imita; y la imitacion de lo miserable lo es mil veces más que la creacion que copia, porque ella pierde la espontánea originalidad del genio, y de una obra extraña se convierte en una obra de insoportable vulgaridad.

Pero es preciso ir *por donde han ido* esos flamantes innovadores; no se trata de consultar lo que creemos y lo que pensamos, sino de llegar adonde otros han llegado, de no aparecer débiles allí donde otros aparecen fuertes. Como consecuencia de estas ideas, que ni la lógica admite ni la razon aprueba, pero que el indiferentismo consiente, hoy vemos profanadas las más puras afecciones, y escarnecidos los más santos sentimientos.

La mano impía del realismo moderno ha rasgado los velos de sublime idealidad en que el espiritualismo se envolvia.

Hoy esta virtud, si virtud puede llamarse á ese estado de somnolencia moral que envuelve los sentidos, no existe, es una es-

pecie de mito de un paganismo imposible.

Hoy el niño nada ignora, y el hombre nada cree; hé ahí la diferencia.

Al corazon que se abre á la vida con la ternura de las primeras sensaciones, se le entrega friamente esa especie de anatomía de las pasiones, que ya ocultándose entre las sinuosidades de la filosofía, ya mostrándose orgullosa en el descarnado análisis del materialismo, pretende llevar la luz á las entrañas de lo desconocido, y esa luz que ilumina tan tristes miserias, hiere de una manera demasiado viva los ojos que al abrirse para la vida necesitan reflejos de suave templanza, de dulce claridad, y no el fuego que les deslumbra y les ciega.

A ese deslumbramiento rápido y doloroso, á esa iniciacion prematura de tristes misterios, se la llama profundidad, saber y experiencia.

El corazon pierde así su savia generosa ántes de que ésta, al concentrarse por el verdadero sentimiento, se depure en el crisol de la verdad de la escoria de sus dudas; y una vez que el corazon se ha secado, en vano es esperar de él arranques de generoso heroismo, ideas de noble virtud, sentimientos de lealtad y ternura. Esto

explica que la protesta enérgica que debia arrancar de todo los labios honrados la tendencia antireligiosa de las revoluciones sociales y políticas, que las concesiones que la razon va cobardemente haciendo al capricho, por no aceptar la lucha con sus absurdas innovaciones, se apaguen en esa frialdad del alma que es una atmósfera mortal para el sentimiento, y se consientan en esa indiferencia que falsea nuestras costumbres, vicia nuestro carácter y debilita nuestra fé. Nunca como ahora se ha presentado tan ancho campo al combate de la verdad y el error.

No es una duda la que aparece hoy para promover un cisma; son todas las dudas confundidas en una vaguedad sin principios fijos, sin resultados positivos, y que por lo mismo escapan á las demostraciones de la verdad en la historia y la verdad en las ciencias.

No es un dogma lo que se discute; son todos los dogmas los que se olvidan.

Y claro está que al olvidar, ó aparentarlo al ménos, los principios de religion y moral, que tan alto edificio sustentan, todos los demás sentimientos sufren como una trasformacion lenta de funestos resultados.

Pudiera decirse que todos los sentimientos que honran al hombre son ramas de un árbol cuyas raíces están en el alma, y cuyo tronco es la religion.

Herido el tronco, las ramas pierden su vigor y lozanía, y caen tristemente marchitas.

Buscad hoy, en la generacion presente, la antigua hidalguía castellana; buscad el valor, la bravura, la lealtad de sus hijos; buscad su genio y su donaire en las artes, su galantería proverbial en el trato.

Apénas encontrareis una leve sombra de lo que fueron; apénas queda escondida en sus corazones una chispa de la pasada grandeza, como queda un residuo de un licor en la copa que le contuvo.

Exagerado en todos sus sentimientos, desde la locura sublime de Don Quijote, va cayendo en la locura brutal de Sancho Panza, y si el sentimiento del deber, el culto del honor fueron un dia parte de su vida, hoy se avergüenza de aquello que le honra, y consagra su talento á escarnecer su corazon.

El que escribió en su escudo: *Dios y mi dama*, está pronto á escribir: *Ni dama ni Dios*, porque al entibiarse la idea religiosa,

centro sublime de todas las delicadezas del corazon, de todas las ternuras del alma, de todas las abnegaciones y todos los sacrificios, aparece el *yo*, *la bestia*, con sus instintos groseros y sus exigencias egoistas.

El ideal no existe cuando se prescinde del acto más grande de la idea humana, de la creacion por la fé de lo invisible en lo visible, de la vision abstracta y purísima de Dios; y al despojarse á la razon de esa túnica de luz gloriosa que le presta la fé, sus creaciones sólo caben en el mundo de la ciencia, pero no en el mundo del arte.

El arte, *más bello que el mundo*, necesita un reflejo de la belleza suprema, porque el artista no vé, no copia sus creaciones; las siente como una revelacion; la inspiracion es un reflejo. ¿De qué luz?... Tiene que ser divina, puesto que es más grande y más hermosa que cuanto vemos.

Sin la idea de Dios en el pensamiento y la fé de su existencia en el corazon, Murillo no hubiera trazado el contorno purísimo de sus Vírgenes; Velazquez no hubiera arrancado á su pincel sus cuadros conmovedores; Lope y Calderon no hubieran escrito sus comedias, ni Cervántes habria hecho su obra inmortal. Porque la idea de

Dios no es sólo inspiracion, es entusiasmo, es fé, es amor y es belleza.

La frialdad de corazon, la indiferencia del alma, matan los sentimientos, como el hielo de la atmósfera mata las flores.

Ese sarcasmo constante que nuestra sociedad tiene en sus labios para acoger las más nobles pasiones; esos alfilerazos con que el ridículo quiere herir cuanto tiene una apariencia sublime; esa hostilidad vaga que encuentran todas las grandes esperanzas y todas las grandes creencias, demuestran hasta qué punto el veneno de la duda y de la indiferencia puede cambiar el carácter de un pueblo, los sentimientos de una raza, la tradicion gloriosa de una historia.

Nuestra juventud tiene hoy una especie de necio orgullo en demostrar un corazon duro y un alma incrédula..... ¡Con qué carcajadas de sangrienta ironía se acogeria la profesion de fé de un niño que recordase las santas oraciones de su madre, entre otros niños de su misma edad, amaestrados por la novela y la comedia moderna!

Si éste creia que el vicio debe inspirar una repulsion violenta, y que si la caridad cristiana lo perdona, el honor del hombre en particular y de la sociedad en general lo

reprobarán siempre, aquellos le mostrarian, riéndose de su candor, las damas regeneradas á lo Dumas, y amadas y respetadas por ese mismo prestigio del crímen, que para ciertos séres es una atraccion.

Si recordando honrados ejemplos de su hogar hablaba de la inquebrantable fé de una promesa de hombre, de su honra empeñada en ella, los otros, riéndose de su inocencia, le presentarian la historia de cualquier hombre político, y en esa dualidad extraña de historia pública y privada, tendria el neófito mucho que aprender.

Si no dejándose convertir por completo hablaba de la alta influencia de la religion en las sociedades, los otros, riéndose de su ignorancia, le mostrarian decretos por los cuales se suprimia la enseñanza religiosa en las escuelas y colegios, como si poniendo en práctica las ideas de Morelly, se esperase en el hombre la revelacion espontánea de la Divinidad...

¿Adónde podrá llevar á las sociedades modernas este espíritu de indiferentismo, que tantos males ha causado ya en ellas?...

Nosotros no lo sabemos, pero hay en su centro, ocultos por las masas generales, corazones que creen, que guardan el calor

generoso de la fé, y que tienen al alcance de su mano afirmaciones que pueden, si no extinguir, contener ese desbordado torrente de impiedad que amenaza envolverlo todo.

Que esos corazones no se oculten, que luchen, que tengan el valor del martirio, y acepten todos los combates que el racionalismo les presente; que deshagan una demostracion con una afirmacion; una utopia con una verdad, un hecho científico con un hecho histórico: si de este modo logran disolver al fuego de la fé el hielo de la indiferencia que hoy nos abruma, habrán logrado quizás salvar á la sociedad, y habrán merecido bien de todos los corazones honrados.

II.

LA DOCTRINA DE JESUCRISTO.

AFÁNASE el hombre por darse leyes, y apénas comprende y practica un código cuando le modifica ó le transforma.

Creeríase que incapaz de cumplir ninguno se cansa de todos, y su rebeldía hácia una obediencia se demuestra en ese anhelo de cambiar el yugo legal que encadena sus instintos, ante la conveniencia social y la razon de la humanidad.

Inútil afan!

Diríase que la fórmula exacta de la ley se oculta á su investigacion ambiciosa, y se oculta para siempre.

La ley que parece llenar las aspiraciones de una generacion, es incompleta para la que se sucede, inútil quizá para la que ha de venir.

El hombre sigue, sin embargo, tejiendo y destejiendo leyes, sin cansarse, como la Penélope de la Mitología pagana, y como ella ignora cómo y cuándo podrá terminar su obra, que cree siempre constituyente, cuando sólo es reconstructora de una creacion tan vieja como el mundo.

Este anhelo es justo, es necesario bajo el punto de vista científico é industrial, pues la ciencia y la industria cada dia dan un nuevo paso en la senda de lo desconocido, pero es inútil y peligroso cuando se trata del sentimiento religioso, del sentimiento moral.

El mundo espiritual tiene sus leyes perfectamente fijas é inmutables: las doctrinas de Jesucristo.

Estas doctrinas, como obra de un Dios, comprenden todos los sentimientos, todas las aspiraciones, todos los dolores; y en todas las épocas y en todos los accidentes de la vida, precisan de una manera clara, firme y exacta el deber que hay que cumplir y el consuelo que se puede esperar.

En vano buscariamos esa vitalidad eterna, esa frescura sublime, en las fórmulas legales que han ido legando al mundo los sabios que le han poblado. Sólo en la doc-

trina de Jesus el dogma permanece inmutable, porque si en la obra humana, por más que sea hija de la suprema inteligencia, hay y puede haber vacilacion, en la obra divina, revelacion asombrosa de una verdad suprema, sólo perfectibilidad puede hallarse, y los siglos son impotentes para arruinar la obra perfecta y divina, así como sin esfuerzo y al solo impulso que imprime su giro en los espacios, la obra humana se vuelve caduca y perecedera.

Por eso la gran sabiduría de la humanidad consiste en poner la obra humana á la sombra y como bajo la proteccion de la obra divina; por eso las leyes para ser grandes, para revestir esa majestad que las hace respetables, deben estar calcadas en el molde sublime de las doctrinas de Jesucristo.

La libertad, en su grandeza no comprendida generalmente; la pureza, en su idealidad absoluta; la justicia, en su verdad admirable; el bien, en su perfeccion sublime, se encierran en ese código santo que ha brotado de los labios de un Dios, y que habla de mansedumbre, de amor y de caridad, cuando ese Dios, bajo la forma

mortal del hombre, sufria todas las amarguras que prodiga la humanidad en su desprecio, en sus crueldades y en sus odios.

Nada más admirable para nosotros, incapaces de comprender la sublimidad de la obra divina, que esa dulzura tranquila, esas esperanzas inefables, concebidas por el espíritu entre los tormentos de la materia.

Esta misma admiracion identifica nuestro pensamiento con la doctrina que admiramos; unidos en estrechos lazos los consorcios racionales con los excelsos prodigios, la razon abraza la inmensidad del misterio, y proclama la verdad de esa grandeza, viendo en ella la revelacion de la Divinidad, el triunfo del Cielo contra la tierra que le combate por el instinto del mal.

Estudie la humanidad esa doctrina incomparable que mide todos los dolores y les ofrece el consuelo de la esperanza.

Estudie esa ley de amor que promete la bienaventuranza al que llora, al pobre de espíritu, al humilde de corazon, al atribulado por la persecucion de la justicia, y compárela con aquella ley que en los antiguos ó modernos tiempos ofrezca más

garantías á la conservacion de sus ciudadanos, más reparacion en la injusticia de los hombres, midiendo luégo la diferencia que encuentra entre la obra divina y la obra humana.

Imposible seria establecer semejante comparacion.

La palabra de Dios es una palabra de vida y ella vive y palpita entre la nada de la eternidad: su llamamiento conmueve, su mandato domina, su reprobacion extremece, su afirmacion vigoriza al pensamiento para llegar á traves de sus misterios á los asombros de la grandeza majestuosa de lo divino.

Así como en Dios habita la Divinidad corporalmente, en las obras de Dios, en su doctrina, entre todas ellas, queda espiritualmente la Divinidad: así esa doctrina, ese dogma de la ley del espíritu, nos ofrece éxtasis sublimes y arrobamientos inefables.

Luz emanada de la suprema luz, todo lo ilumina, y á todo presta ese color santo que vivifica y sostiene, en El, por El y con El, está todo lo que hay de ser y de verdad; todo lo que es grande, todo lo que se nos muestra infinito. En la doctrina que

de El emana, están condensadas todas esas grandezas veladas en la sencillez y ternura que las identifica al corazon que intenta comprenderlas.

Glorias, esperanzas, consuelos y alegrías, encuentran un eco, una respuesta, si así puede decirse, escrita de antemano en el libro santo de la ley de Dios, pues guardando en su mano el ancho círculo en que giran las pasiones humanas, las ha tocado con delicadeza infinita, ofreciendo para el dolor que cada una de ellas produce el consuelo de una esperanza, la dulzura de su perdon.

Un niño comprende esas doctrinas de suave transparencia, que descubren los afectos del alma como el lago su lecho de arena; y el sabio al intentar analizarlas se confunde ante la profundidad de cada una de sus máximas, que responden á cada uno de nuestros sentimientos.

La inocencia cree comprenderlas, y la sabiduría apénas puede admirarlas!

¿Cómo se obran tan diferentes efectos?

Ah! quién sabe si Dios descubre su poder en toda su grandeza ante la fé que admira, y la oculta ante el saber que investiga!

De todos modos, la fé y la ciencia hacen igualmente su base de esas doctrinas protectoras, que guian al hombre en su vida.

Culpable, muy culpable seria la sociedad al olvidarlas, al descuidar, siquiera fuese para consagrar su atencion á las ciencias modernas, su cumplimiento y su observacion.

Los pueblos que han tenido la fortuna de vivir bajo el dogma de Jesucristo han sido notables, porque ese dogma es la unidad moral y material; es la fé; es la esperanza; es la obediencia y la resignacion: la ley divina enseña á cumplir la ley humana, á respetarla y enaltecerla, y un pueblo religioso es siempre un pueblo digno, valiente y grande.

La humanidad, al separarse del ideal divino, queda convertida en esclava de sus pasiones, de sus defectos, y debilitada por ellos es incapaz de producir grandeza alguna.

La religion es el lazo moral que une los pueblos, y si este lazo se rompe, es inútil buscar en ellos esa colectividad que les impulsa á las altas empresas, esa aspiracion comun que hace de una generacion un solo pensamiento.

La idea aislada es la espuma que flota en el océano social y que se disipa sin fijarse; el valor sin objeto es la barbarie; la moralidad sin la esperanza de una ulterior recompensa, es la inercia que vende una decadencia material, y para hacer virtudes estas cualidades, para que ellas sirvan á la humanidad presente, y queden en dulce herencia á la humanidad futura, es preciso que se muestren como el cumplimiento de un deber sagrado, y que del fondo mismo de las malas pasiones broten las pasiones sublimes, como la brillante mariposa de la asquerosa oruga, y sabiendo vencer lo que hay en nuestro sér de pequeño y miserable, nos elevemos hácia el modelo sublime de nuestra vida por medio del cumplimiento de su sabia ley, revelada en su doctrina salvadora.

Hágase una ley que calque en cada uno de sus preceptos las doctrinas de Jesus, y entónces el hombre podrá descansar á su sombra, sin pensar en nuevas modificaciones, pues en el cumplimiento de las palabras divinas está basada la honra, la dignidad, la verdad y la justicia, asi como la dicha y la gloria de las sociedades.

III.

AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR.

“DAD al César lo que es del César, dijo Jesus contemplando una imágen y una inscripcion del que simbolizaba el poder romano, pero dad á Dios lo que es de Dios.»

El cumplimiento de esta máxima de orígen divino, podria evitar dias de luto á las sociedades, y horas de perturbacion á los espíritus.

La idea religiosa podria decir á la idea filosófica: «toma para tí lo que es tuyo, y déjame lo que por derecho me corresponde.»

La filosofía puede llegar á ser la ciencia que rija los destinos materiales del hombre, pero no será jamás la ley de la conciencia!

La ciencia del *yo* y el *no yo*, puede ocu-

par el pensamiento investigador, inquieto del hombre, pero no puede ser luz de su alma, rocío de sus ardientes sensaciones, como lo son los preceptos de nuestra dulce y santa religion, que en vez del *yo* escribe el *nosotros*, y vez del *principio armónico* la armonía de una igualdad que se regula en el bien y para el bien.

¿Qué quiere la filosofía? ¿Qué se propone al crear una escuela? Si su ideal se forma de la perfeccion progresiva de las sociedades; si la ciencia, el arte, la sociedad, la moral y la Religion son los materiales que acopia para levantar el edificio de la vida futura bajo la direccion del criterio racional, ¿por qué oponerse á que ese criterio obedezca al ideal de la doctrina de la Iglesia, de la doctrina de Cristo, única perfeccion que encuentra el hombre en cuantas legislaciones han intentado en el mundo contener en las barreras de la legalidad el ardor de sus deseos, y en el círculo de los deberes la orgullosa altivez de sus derechos?

¿Hay en la nocion de sociedad, en la mision de progreso que la escuela filosófica cree poseer, doctrinas más en armonía con el sentimiento humano que las consig-

nadas en ese código santo que forma el credo católico?

¿Acaso se resuelve el todo de la vida con la solucion de un problema material?

¿Y los problemas morales? ¿Y el sentimiento de abstraccion ideal de las almas, está justificado, está admitido siquiera en el dogma racionalista?

¿Esclarecerán con el sistema de su metafísica las nebulosidades del corazon?

¿Creen que en un sistema social quedan resueltas las grandes cuestiones que se deciden en la vida?

No!... Y la prueba es que la filosofía se cree más bien reconstituyente que creadora; reconstituyente de una idealidad no extinguida, sino debilitada en su organizacion social y material, pero viva, fuerte y pura en su esencia.

La filosofía tiene un ancho camino trazado en el porvenir, sin necesidad de que intente una escision peligrosa entre la razon que piensa y el espíritu que siente.

La naturaleza humana tiene la curiosidad de que participa todo cuerpo instable; la sed del *más* que nunca se sacia, el anhelo de un *todo* que jamás se logra; la curiosidad inspira una especie de ligereza de

afecciones, que sin saciar su sed primitiva la obliga á cambiar de objetos, y de ahí el que la sociedad se erija en protectora de la idea nueva, de la fuente que, segun ella, ha de saciar su sed con la verdad que busca, sin investigar la pureza de su orígen, ni lo conveniente del curso que á su corriente se imprima.

En ese momento de ansiedad social es cuando debe recordarse y cumplirse la máxima divina: «*al César lo que es del César...*»

Cuando se convierte la corriente del ideal social hácia el campo moral y religioso; cuando en la aspiracion lógica del desarrollo de sus principios tiende á concentrar en átomos parciales la idea absoluta de que hace un dogma, es cuando la filosofía, fijando sus barreras en el límite del mundo material, pueden plantear sus vastos sistemas, que acaso consigan fijar un rayo de prudente sabiduría sobre las ambiciones humanas, como se fija una luz eléctrica sobre las sombras de un abismo.

En la evolucion sucesiva de la esperanza humana; en la refraccion del espíritu sobre la verdad, en la infinita variedad de formas bajo las cuales se presenta por

diversos sistemas la percepcion exclusiva á la inteligencia de lo bello y lo bueno, puede la filosofía, desplegando en círculos luminosos las conquistas de la razon y el espíritu, ofrecerse al mundo como un camino que lleve á la sociedad al estado de perfeccion relativa á que está llamada, pero no debe, no puede, si quiere vivir, pues es para ella cuestion de vida, llevar las sociedades al excepticismo, al ateismo y á la indiferencia.

Esto seria el suicidio, porque su vida se sostiene por la fé: la filosofía, que aspira á ser la religion de los sentidos, la religion racional, no puede minar la base de la religion del alma, de la religion espiritual; no puede, al pedir para sí lo que le pertenece, negar á Dios lo suyo; no debe, al confirmar la *intuicion racional* negar la *intuicion moral* que completan en sus dos fases al ser humano, formando el todo que hace ocultarse, por un alto misterio, lo infinito del espíritu en lo finito de la materia.

No niega la filosofía una religion, se nos dirá, más bien la cree necesaria al desenvolvimiento de la vida social.

Pues si más allá de la nocion del *yo*, de la *conciencia de sí*, que creyeron el todo,

ven la necesidad de una atraccion inmaterial para el pensamiento humano, ¿cómo intentan regular ni medir esa aspiracion libre, espontánea; cómo por medio de opiniones personales ponen un veto á reglas divinas, á creencias morales en que la sociedad se ha nutrido, á misterios, en fin, que su ciencia, si es ciencia, no puede comprender?

¿Quién son ellos para juzgar de la verdad, de la utilidad, de la necesidad, de aquellas revelaciones divinas de las cuales han emanado todas las teorías de grandeza y virtud que han agitado al mundo?

¿Por qué al tomar para la ciencia lo que á la ciencia pertenece, no dejan á Dios lo que es de Dios, no dejan á la Iglesia su depósito inmutable, y ponen bajo su proteccion la vida de ese embrion de ciencias, que el calor de la luz del Evangelio puede desarrollar para bien del mundo?

Sus contradicciones, sus dudas, sus cambios de sistema, prueban la debilidad de su infancia, sin el apoyo de una verdad robustecida por el tiempo, por la práctica, por la fé.

Al separar su causa de la causa de la Iglesia Católica; al levantar una bandera

aislada sin otro lema que la razon, que aunque es la esencia de todo no es el todo en la esencia, se condenan á una vida efímera, siempre vacilante, en la cual para saber que *son* tienen que decir que *piensan*, sin que esta existencia se refleje en consecuencias exteriores.

¡Lástima grande que tantas inteligencias brillantes como se gastan y consumen en buscar nuevos puntos de vista al sistema filosófico, no se unan para hacer de este sistema una continuidad en el mundo racional de los dogmas del mundo moral, una base de ciencia social al monumento espiritual levantado por Jesucristo, y en tal caso, sin negar al César lo que es del César, esto es, sin dejar de ser unidad, la armonía, la verdad científica y progresiva del pensamiento humano, darian á Dios lo que es de Dios, y apoyando á la Iglesia, de la cual recibirian apoyo, vendrian á unir en el ideal del bien comun, los dos ideales de la humanidad: la aspiracion de Dios, y la verdad de la ciencia!

IV.

LA DIPLOMACIA VERDAD.

¡La diplomacia! Hé aquí una de las formas más simpáticas del progreso moderno.

Hé aquí el heredero presunto de la fuerza que aún se impone, de la arbitrariedad que aún domina.

Pero al decir heredero, no se crea que heredará errores brutales y viles tropelías.

Al confundirse en la diplomacia el poder de la fuerza y el valor de lo arbitrario, sólo será para fundirse bajo el suave yugo de la razon, que representa el todo en el porvenir de la vida social.

Decia Platon: «Los griegos no destruirán á los griegos, no los reducirán á la esclavitud, no devastarán sus campos, pero todo esto pueden permitírselo respecto á los bárbaros.»

Es decir, que segun el autor de la *República*, sólo los griegos debian ser considerados como hombres.

Ciceron no iba tan léjos, pero áun reconociendo una sociedad general en la humanidad, no rompia la estrecha línea en que encerraba sus leyes el egoismo pagano, y si no consignaba el *yo humano*, consignaba el *yo patrio* como ley, y sostenia el brutal derecho de la fuerza.

Encerrado el mundo moral en las barreras materiales de nacionalidades pequeñas, la vida de sus repúblicas se deslizaba procurando las unas el aniquilamiento y destruccion de las otras.

Llega el cristianismo con sus luces redentoras, que funden en el molde de igualdad y fraternidad las aspiraciones del género humano, y ya desaparecieron esas irritantes distinciones de raza; ya el Escita entre los Griegos, y el Griego entre los Escitas, es un hombre y como tal un hermano, un igual bajo la religion y el derecho de gentes, que se establece con ella.

Van cayendo al eco de las trompetas evangélicas los muros de esas fieras nacionalidades, como sus dioses de barro; la indulgencia y el sentimiento de la verdad,

se hacen lugar entre las impetuosas pasiones, y del griego al gentil, del bárbaro al judío, ya no queda diferencia alguna; ya comprenden que el hombre no es ciudadano de una pequeña region, sino ciudadano del mundo, y como tal tiene derechos y deberes.

Empiezan bajo esta amplia base las relaciones de Estado á Estado, de Nacion á Nacion, por las cuales, conservando cada una su libertad, su independencia, sus fuerzas y derechos, tienen las garantías internacionales, las acciones públicas, para tratar y convenir, para conservarse y repeler al agresor.

Aquí nace, naturalmente, la diplomacia, con sus garantías civilizadoras, que se apoyan en la fé y el honor de las naciones, que por medio de ella se aproximan.

Los tratados que establece son una verdad pública y solemne, porque están basados en una ley de responsabilidad moral, á la cual ni un individuo, ni una colectividad se atreven á faltar nunca; el derecho de gentes, que viene á ser el objeto verdad de la diplomacia, queda por ella establecido y respetado.

Una invasion necesita estar justificada

ante el mundo; un tratado no se rompe sin un motivo ó pretexto al ménos, que explique la violencia; un derecho debe ser respetado; una conquista no se comprende sin otra razon que la ambicion de un pueblo; un prisionero de guerra es considerado, es mirado, no como un enemigo sino como un hombre; un pacto es indestructible como el hecho, y bajo el cumplimiento de estos deberes, que son una obligacion sagrada, garantida por el sentimiento moral, se sostiene el equilibrio del mundo y se utilizan las convenciones más trascendentales.

Sin esa conviccion mutua de fundir en el derecho de todos los derechos de varios; sin ese respeto á la agena fé, que se apoya en la fé propia, como en las antiguas repúblicas, en que una ambicion, una casualidad, un augurio bastaba á poner en guardia á un Estado contra su vecino, imperaria el derecho del más fuerte, la razon del más astuto, la verdad del más apasionado, y entónces, mal guardadas las fronteras por el temor de alarmas interiores, las nacionalidades, entre la inquietud de choques, de excisiones y violencias inesperadas, léjos de pensar en su perfeccio-

namiento gradual por medio de la civilizacion, se destruirian con la relajacion estrepitosa de todos los círculos sociales, y gastarian su vida y sus fuerzas entre insurrecciones militares, sediciones civiles y tumultos populares.

La diplomacia es hoy la palanca del Arquimedes político; con ella sostiene el mundo del progreso, pero á su vez ella es sostenida por la fé, que la garantiza.

Sin ella, sin el sentimiento de rectitud que debe inspirar, sin la intuicion de una responsabilidad de grandes deberes que debe preceder á toda accion, las mismas negociaciones diplomáticas son un peligro, pues si la inteligencia del mediador no fija un límite á los abusos probables del poder, á la posibilidad de una ocasion, á lo ambiguo de una frase, entónces pueden hacer víctima á una nacion de lo mismo que han procurado evitar.

Por esto pensamos que no es sólo la gran inteligencia, la imaginacion brillante y los vastos conocimientos lo que debe indicar la eleccion de un diplomático; debe buscarse como cualidad eminente la rectitud moral, la honradez inquebrantable, la firmeza de carácter, la prevision constan-

te, de aquel á quien se confia tan delicado cargo.

Excluyendo estos sentimientos, ¿quién garantiza á la sociedad contra un proyecto ambicioso, contra una precipitacion inconveniente, contra un acto, en fin, que obligue á cambiar la faz de un estado general, ó á modificar un sentimiento público, con perjuicio de todos?

¿Qué responsabilidad tienen los que así mueven á su placer los asuntos de un Estado, como el jugador las piezas de un ajedrez?

¿Se ha pensado en la sangre, en las lágrimas, en los dolores á que puede dar lugar una ligereza diplomática?

No faltan ejemplos de ello, por desgracia, ni entre nosotros, ni entre los demás; hombres de ciencia hay que al manejar un asunto sencillo, lo han embrollado hasta hacerlo imposible; ó bien que por no detenerse á desatar con calma el nudo de una dificultad, le han cortado, como Alejandro, con la espada.

Esto puede ofrecer una gran enseñanza, que se utilice, como toda leccion de la experiencia, en el bien y para el bien.

Obligados los gobiernos á dar á sus go-

bernados el bienestar posible, deben estarlo igualmente á pesar con calma ante la razon y la moral lo que más utilidad pueda tener para sus pueblos, sin guiarse de brillantes famas, que no justificarian su eleccion, ni de glorias científicas que, aunque suelen ser una gran condicion, no son lo esencial.

El favor, la amistad, los compromisos públicos y políticos, no deben influir en una eleccion de la cual depende el bien futuro y la paz presente; no importa que los diplomáticos queden bajo la vigilancia del poder del gobierno; ellos se mueven libremente en su círculo de accion, y el gobierno más sagaz ó mas previsor no puede evitar la frase que cambia una situacion, la accion que consolida otra, la imprudencia que crea una nueva, ó la ambicion tal vez de buscar una estrepitosa nombradía en una calculada traicion.

Depositarios de la vida pública, ellos deben tener en garantía la lealtad de sus convicciones, la moralidad de sus actos, la verdad de su ciencia. El dia que la razon se constituya en única arma que decida en las contiendas sociales, cada uno de esos generales, de la fuerza intelectual, tendrá

ante los pueblos el valor de un apóstol y sus decisiones el valor de un dogma del derecho.

El dia en que la fuerza bruta huya avergonzada á donde huyeron los suplicios que empleó la humanidad salvaje; el dia que se convenza el hombre que matar no es razonar, que se puede triunfar sin razon de triunfo, y que la inteligencia emanada de Dios no debe estar sujeta á la eventualidad de un poder, sino á la conviccion de una razon clara y justa, la diplomacia será una especie de sacerdocio moral, del cual dependerán las creencias sociales, las cuales bajo el derecho de la ley y el derecho de la razon, terminarán la obra civilizadora que lleva al hombre á su perfeccion absoluta, cuyo modelo sólo en Dios puede buscarse.

Bajo esta norma la diplomacia encerrará una verdad, la gran verdad del derecho de gentes; la verdad del respeto á una ley; la verdad de la moralidad de los tratados, de la firmeza de las negociaciones, de la fé de los gobiernos que vienen á fundirse en ella, triunfando de la desconfianza que inspira la palabra del hombre, y formando entre las sombras de la vida pública la luz de una razon suprema, centro alrededor

del cual giran los sucesos y las esperanzas.

El pueblo, que todo lo admite ó todo lo niega; el pueblo que, como multitud, es siempre un niño, pues á la manera que en el cerebro infantil se confunden mil impresiones diversas, en el *cerebro-humanidad* se funden millares de sentimientos distintos, no seguiria á la primera voz que le llamase despertando sus pasiones; no prepararia esas escenas de muerte que aterran al mundo y hacen al hombre mismo que las prepara avergonzarse de su condicion, sino que esperando los decretos de ese tribunal de razon que habia de regular sus actos, guiándose por sus acuerdos, siguiendo sus decisiones, seria sosten firmísimo de la autoridad, á la cual confiaria la guarda de sus derechos, y en la admirable union de la razon que apoya al derecho, y el derecho que sostiene la razon, la sociedad seria al fin, gracias á la diplomacia, es decir, á la inteligencia en accion, á la verdad del bien, á la moralidad de la fuerza razonadora, lo que nunca ha conseguido ser bajo el dominio de la intriga que la empequeñece, de la ambicion que la desmembra, y de la fuerza bruta que la envilece y disuelve.

V.

LA RAZON.

La razon parece ser la encargada de medir en el termómetro del progreso humano el grado de calor intelectual de cada época, y basta ver que á su presion se eleva á las nebulosidades de la metafísica, ó desciende á la vulgaridad del materialismo, para juzgar con acierto de la tendencia dominante de la sociedad que se estudia.

En nuestros dias las oscilaciones barométricas son tan continuas, tan bruscas, que no es fácil medir de un modo exacto la fuerza del calórico bajo el cual se producen.

Quién hace de la razon el *yo* humano, ese pequeño dios del panteismo filosófico; quién, con más modestia, se limita á creerla un punto de union entre el sentimiento y la inteligencia; ó bien otra escuela le

ofrece un lugar en esa trinidad de la psicologia, y erige en facultades fundamentales el pensamiento, el sentimiento y la voluntad; no faltando tampoco quién, subdividiendo el cerebro en partes, (1) como una casa de vecindad se subdivide en pisos, adjudica á la razon uno de los rinconcitos más preferentes de esa morada *interior*, en la cual tambien se numeran los departamentos, y se clasifican á sus moradores con la gallarda denominacion de *la izquierda*, *la derecha*, *facultad que está por delante*, *ó que está por detrás*, llevando á tan alto grado su generosidad el autor de este sistema,—que por lo visto todo lo divide,—que hace del alma diez y ocho partes, y las divide concienzudamente, diez al sentimiento, cinco á la inteligencia, y tres á la voluntad; todo bajo el acuerdo de la razon, que se supone está lo bastante desocupada para entretenerse en esas trascendentales particiones, que tantas ventajas morales y positivas pueden traer á la humanidad!...

Cuando de estos extravíos, que no pueden leerse sin una sonrisa de compasion, se hace una ciencia; cuando hombres serios,

---

(1) Augusto Comte.

inteligencias claras, las admiten como revelaciones más ó ménos perfectas de la armonía absoluta; cuando se limita á una grosera numeracion lo infinito del sentimiento, y la razon, luz emanada de Dios, de la cual nace el criterio inteligente que distingue al hombre del bruto, se sujeta á ese neologismo extraño con que se pretende alucinar, ya que no convencer, es preciso pensar que, en vez de avanzar hácia el *todo* retrocedemos hácia la *nada*, ideal sin duda de alguna de esas mal llamadas escuelas filosóficas que para crear necesitan destruir.

No es así ciertamente como el hombre va á su emancipacion moral y social; no es, creando una preocupacion absurda, como aleja de sí otras preocupaciones; no dá la soberanía á la razon porque la adorne con el manto ridículo de lo extravagante, porque ponga en su mano el cetro de cascabeles, y no alcanza la individualidad absoluta practicando lo absoluto de la individualidad.

No, el hombre no tiene un derecho absoluto, ni una fuerza absoluta, y la prueba está en que la afirmacion de esta teoría, es desmentida tan pronto como es formulada por la teoría nueva.

Hobbes dice: «Todos tienen derecho á todo.»

Y dice Comte: «Nadie tiene derecho á nada.»

¿Qué se propone, pues, la humanidad en seguir con interés palpitante esa lucha de afirmacion y negacion que sostienen, acaso para darse una apariencia de vida los filósofos entre sí?

¿Qué enseñan? ¿Qué establecen?

¿Olvida la sociedad que tiene un ideal en el que sin contradiccion se funden sus derechos y esperanzas, en el que vive la historia de su pasado y se desarrolla la luz de su porvenir?

¿Dónde está sino en la doctrina católica la verdad de la filosofía?

Se engañan en asegurar que la Iglesia ha sido su rival; que el Poder temporal la ha combatido; la Iglesia, al no admitir sus errores, cumplia su deber, y ya saben los filósofos que el *deber se cumple, suceda lo que quiera;* la Iglesia, á cuya sombra pueden acogerse todas las ciencias, no puede dar la sancion de su aprobacion á lo que extravia la razon y perturba el ánimo alejándole de la verdad.

La Iglesia acepta el principio filosófico

como ciencia, como investigacion del sér, como análisis de las causas; pero no como negacion de la armonía entre el espíritu y la materia; no como legislacion de poderes, prejuzgados ya por una voluntad suprema; no como árbitro de la conciencia humana.

¿Por qué creer que la religion excluye á la filosofía?

¿Acaso no cabe más que una verdad en la razon del hombre? Excluye el error en ella, como lo excluye en todo, y admite la revelacion científica. La Iglesia ha tenido notables filósofos en su seno, que no han extraviado el pensamiento de la humanidad, sino que le han afirmado en el bien.

Concedamos á la razon su luz analizadora; separemos de ella la influencia del sentimiento, y hagámosla juez entre esas dos tendencias que se disputan hoy su dominio: ¿qué espera la sociedad de la religion? ¿Qué espera de la filosofía?

¡Cabe dudarlo siquiera!

El pueblo, el Estado que aceptase como *religion positiva* las contradictorias doctrinas de esos innovadores del órden espiritual y social, ¿qué llegaria á ser?

Un pueblo de locos, en desacuerdo el ayer con el hoy, sin más dogma que la hi-

pótesis, sin más razon que el sofisma.

Un pueblo ignorante, á pesar de su *catecismo filosófico;* un pueblo ateo, á pesar de su *calendario* en que se conmemorasen, pidiendo culto para ellos, los grandes hombres.

Loco, ateo é ignorante, porque no hay razon allí donde ésta no tiene una regla; no hay creencia donde no hay fé; no hay ciencia donde está el caos envolviendo aspiraciones y recuerdos.

La religion, ¿qué ofrece á las sociedades?

Ah!... ¿Cómo se olvida lo que era el mundo, lo que era la fuerza; lo que era el poder, ántes que apareciese Jesucristo? ¿Puede el espíritu obcecado olvidar lo que debe á la religion cristiana?

¡Ella ha suavizado las costumbres; ella ha espiritualizado los sentimientos; ella ha hecho una virtud del deber, un poder de la ley, y una esperanza legítima de la aspiracion del alma!

La razon, ¿no es la primera que acata y bendice ese límite sagrado que la detiene con la palabra ¡Dios! en sus investigaciones soberbias?

La razon, que es luz, ¿puede excluir la luz?

La razon, que es fé, ¿rechazará la obra divina para ensalzar la obra humana?

¡Imposible!

La razon, el sentimiento y la inteligencia, están dispuestos á prestar su apoyo al dogma religioso, no subdivididos en porciones como les presenta Comte, sino unidos cual ramas iguales del tronco de la fé; confundidos en un deber solo, el deber moral; como una aspiracion, la que siente el alma que rechaza la nada, y en Dios busca su inmortalidad.

El hombre no vive sólo de ciencia, necesita el sentimiento: ¿cómo buscar en esas teorías desmentidas por la práctica el consuelo, la alegría, la calma dulcísima que inspira la fé religiosa?

¿Cómo saciar la aspiracion del corazon con la contemplacion árida de esos problemas, que áun resueltos nada resuelven, pues las cuestiones metafísicas son tan incomprensibles para una parte de la humanidad como inútiles para casi toda ella?

En el atrevimiento filosófico nada es extraño, y así se afirma por algun partidario de esa escuela, que el culto á la Vírgen María, cada vez más ferviente entre

los católicos, es una prueba de que se debilitan!

¡Desprecio inspiraria esa conclusion, si no inspirase lástima!

Es decir, que la fuerza debe excluir todo el amor á lo bello, toda ternura en el sentimiento, toda admiracion á lo puro que constituye la parte espiritual del sér humano!

Que amando al Dios de la justicia, de la verdad y de la fuerza, no puede amarse la casta, dulce y poética figura de una madre, de una Vírgen, que comparte el sacrificio en favor de la humanidad, y se reserva la noble mision de inclinar á la misericordia el juicio severo del Hijo que premia ó castiga!

Ah, señores filósofos!... Tanto valdria asegurar que un pueblo para tener héroes no puede tener artistas, que un hombre para ser fuerte no puede amar: que allí donde hay razon no cabe la belleza... Tanto valdría negar el dualismo admirable del sér humano, dualismo que constituye esa armonía tan poco comprendida, pero tan decantada en sus mal llamadas doctrinas, porque lo más admirable de la religion católica es esa mision de severidad y ternura,

de justicia y sencillez, de lo grande y lo bello, que abarca todas las facultades físicas y morales del sér humano.

¿Hay acaso más fuerza en el *yo* mezquino de la filosofía, que es la expresion repugnante del egoismo material, que en el nombre de la Virgen que pronuncia el cristiano?

El *yo* qué es? La posesion del propio juicio, del propio sentimiento, limitado á la personalidad.

¡Ella! refiriéndose á la madre de Dios, es la invocacion de lo más puro, de lo más santo, de lo más perfecto que conoce el hombre!

¡Débil èl catolicismo!... ¿Es debilidad el sentimiento?

Absurdo es ese que el tiempo se encarga de desmentir.

El catolicismo, que es la verdad revelada, se abrirá paso en el porvenir para formar la unidad religiosa y legal del mundo conocido, no contra la filosofía, sino contra los errores que pretenden imponerse á ella, pues la religion y la ciencia marchan de acuerdo por la hermosa senda del progreso humano, y todo lo que es grande, verdadero y justò, tiene vida de inmortali-

dad, porque tiene el apoyo de la Iglesia, que es la obra de Dios, y como obra divina, legal y racionalmente no puede morir.

VI.

LA LIBERTAD Y LAS LIBERTADES.

Nada más justo que el anhelo que siente el hombre por fijar, como un derecho eterno, su libertad, que sirve de base á todos sus sentimientos.

La libertad, ofrecida por Dios al linaje humano como lazo fraternal que une todas las voluntades y todas las ambiciones en una igualdad niveladora, es el dogma del pensamiento, el cual le inspira la responsabilidad de sus actos morales.

El alma necesita una atmósfera: el corazon quiere vencer siempre en la continua batalla que le ofrece la vida, y la libertad aspirada por el alma en su anhelo instintivo de independencia, es la fuerza y la luz del corazon, que triunfa de los errores groseros y de las concesiones cobardes.

Pero con frecuencia la libertad mancha

sú hermoso ropaje al contacto de esas mal llamadas libertades en que se oculta la licencia, y que no pudiendo robar á la verdadera libertad su inmaculada esencia, la roban su nombre, engañando con él á los que con afan la buscan.

El engaño dura poco: cuando se despoja á la libertad de sus originarios títulos para darla un movimiento de convencion que la lleve á otros destinos, se la trasforma en caricatura ridícula de la imágen que intenta copiar, y la más ofuscada inteligencia tiene que ver las notables diferencias que entre el ideal y la realidad se establecen.

Las causas más santas y más justas suelen dar cabida á los errores más absurdos, y la causa liberal propende á un error gravísimo, causa acaso de su impotencia para fijar un sistema, pues él crea la duda y la duda debilita la idea.

Este error consiste en querer desunir dos sentimientos que se completan mútuamente formando un todo perfecto, á la manera que lo forman la entidad moral y la entidad material en que se funde el *yo* humano.

El ideal político, esto es, la accion creadora del pensamiento en la posesion ple-

na de su libre albedrío, y el ideal religioso que puede mirarse como la esperanza sublime en que el alma sacia su sed de lo desconocido en lo inmortal.

La libertad protegida por la religion en el órden moral, como por la ley en el órden físico, seria el estado perfecto y natural del pueblo que así la aceptase, y que, comprendiendo la grandeza de la unidad de su idea, no la subdividiese en libertades miserables que mueren apénas nacen, sofocadas por su propio impulso.

Entre la mision de Dios, alma de la religion que sostiene su doctrina, y la nocion de libertad, alma asimismo de la escuela política, no puede haber antagonismo alguno.

La religion defiende la idea liberal, que forma parte de sus dogmas, que viene de Dios, que es la primera de las concesiones otorgadas al linaje humano, que es la base de todo amor, porque la igualdad que crea establece la consideracion mutua.

La libertad, por más que se aleje de su orígen en el curso caprichoso que la imprime la voluntad del hombre, tiende siempre á buscar en su grandeza su apoyo natural, el cual le niega la intolerancia de sus adeptos.

¿Y cual de ellos seria bastante hábil para probar que el cristianismo, como religion, se oponga á la libertad como política?

¿Acaso alguno de sus dogmas se opone al libre desenvolvimiento del espíritu, á la libre aplicacion de la justicia, y á la investigacion independiente de la misma?

¿El cristianismo, que hace del bien una ley, se ha opuesto nunca á la práctica de la verdad legal y de la verdad racional, ni ha destruido con su veto la marcha triunfante de la libre inteligencia hácia su perfeccion relativa en lo absoluto?

¿Cómo podria el cristianismo volverse contra su propia obra, si la religion cristiana, propagadora de la doctrina de Jesus, escribe la palabra «hermanos» allí donde el paganismo escribia «siervos y señores?»

¿Cómo no ha de existir libertad allí donde la igualdad éxiste, y dónde nace esta igualdad sino en la doctrina del cristianismo?

Al nivelar las aspiraciones y las esperanzas de todos los hombres, cayeron las cadenas invisibles de los pensamientos, como cayeron las de hierro de los esclavos, pero el hombre, asombrado del poder de que se

le investia, asustó á la libertad con sus extremos, y llegó á confundir con ella esas mal llamadas libertades que son la vergüenza de la verdadera libertad.

La licencia y el libertinaje reclaman hoy los derechos que á la libertad verdad se le conceden, y en su impotencia para conseguirlos, se revuelven contra lo que creen el obstáculo de su ambicion, contra la idea religiosa, dique inquebrantable ante el liberalismo materialista, templo glorioso para la libertad que sanciona la voluntad de Dios.

Los modernos vándalos que, segun decia Bosuet, quieren ser más que el cristiano, y son ménos que el hombre, hacen una tiranía de su idea, rechazan como humillante toda obediencia, y luchan por imponerla á la creencia que sostienen, no siendo este el único contra-sentido de esa mal llamada escuela, pues con frecuencia se vé entre ellos quien, negando la libertad humana, defiende la libertad política, y quien, defendiéndolas, establece la responsabilidad moral, ó crea la tiranía de las pasiones sublevadas, de los orgullos intolerantes.

Para éstos el abuso no lo es si se trata

de sus imaginarios derechos; los excesos son justificados con la gallarda despreocupacion de la licencia que practican, y con tal que en la bandera que sostienen esté escrita la palabra «Libertad», dejan agruparse á su sombra las tiranías más extrañas y las intransigencias más injustificadas.

De esta union de aspiraciones diversas y de credos distintos, no puede resultar la unidad del ideal, y así vemos que tanto le ensalzan como le maldicen, que tanto se agitan en ambiciones insensatas, como en arrepentimientos infecundos.

Ellos pretenden luchar siempre, y en realidad luchan, pero es contra sí mismos.

Hacen su enemigo del mismo ideal que persiguen, porque la libertad, defendida por el buen sentido, por la razon, por la justicia y por la religion, es el enemigo más enérgico, más temible que encuentra ante su paso la licencia.

La libertad no sólo obedece sino que acata el deber; la licencia se emancipa de toda obligacion moral y material, y al proclamar todas las libertades, plantea todos los absolutismos.

La libertad crea y conserva; la licencia destruye.

La libertad, tal como sus falsos apóstoles la proclaman, es la confusion, en la cual toda armonía desaparece; un proyecto de libertad omnímoda, sin la base de una obediencia legal, es el caos, es el abismo que absorbe el ideal sublime, para devolverlo en destrozada materialidad; es la sombra que empuja la luz y la oculta cuando cae.

No; la libertad no puede vivir sin el órden, como la geometría no vive sin las reglas, como el corazon no vive sin el sentimiento, como la imaginacion no vive sin la poesía, como el talento no vive sin el criterio, las artes sin la verdad, ni la sociedad sin Dios.

La emancipacion del hombre es justa siempre que su libre albedrío quede sujeto á un poder que lo enfrene.

Al crear un derecho nuevo queda formado á su mismo impulso un nuevo deber, y el deber del hombre libre es el respeto al derecho que su libertad le otorga.

Cada cosa sigue la naturaleza misma del principio de donde emana; la libertad, que es concesion divina, debe elevar el sentimiento moral por la aspiracion de lo infinito; debe alentar á la posesion de la

verdad suprema, en su triple manifestacion de verdad, de belleza y de justicia; pero si en vez de conservar esa excelsitud se mezcla á la masa corrompida de las ambiciones humanas; si en vez de flotar en el espacio inmaterial de los sentimientos se deja aprisionar por los sentidos para caer sobre el lodo sangriento de las pasiones; si en vez de refundirse en el alma para ser idealidad, se mezcla á la carne para ser instinto, entónces la libertad no es la idea que sobrevive al apóstol, es la arcilla en que esa idea modeló la estatua, masa que, como el autor, se reduce á polvo siguiendo la ley de la naturaleza; y disipado el fluido que irradiaba sobre ella, cambiadas las impresiones que su vista hizo nacer, los mismos que estaban destinados á adorarla la arrancarán del pedestal para romperla en pedazos, y colocar un nuevo ídolo, quizá formado de idéntica materia, pero al cual reviste el entusiasmo del momento del manto brillante de la inmortalidad.

Para que la libertad pueda existir, para que su nombre y su amor no sirvan de lema al grito de las pasiones, sino á la verdad de los sentimientos, es forzoso aceptar su idea como obra de Dios, ajena á la pe-

queñez de la miseria humana, y con la razon y la fe de la libertad, dar la batalla á esas mentidas libertades que sofocan bajo su asquerosa licencia las nociones de legalidad y justicia, base de toda sociedad, haciendo que el sentimiento político y el sentimiento religioso se fundan en el pensamiento del hombre al fuego purísimo de la libertad, en una aspiracion que le lleve á la perfeccion suprema por medio de la práctica del supremo bien, que debe ser el ideal de todo progreso humano.

VII.

EL CRITERIO DE LA FE

ANTE LOS SOFISMAS DE LA CRÍTICA MODERNA.

Si la filosofía fuese, como se pretende que sea, la ciencia de la razon, esa ciencia que llevando el análisis al sentimiento abstracto, promete llegar á explicarse su conclusion por medio del conocimiento exacto de su principio, seria preciso convenir en que su marcha no tiene el progresivo desarrollo que al gran motor de la inteligencia humana debia estarle reservado. Como si todas sus teorías girasen en derredor de una verdad comprensible, pero inexplicable, cada una de sus escuelas crea una nueva duda y deshace un antiguo error; cada uno de sus apóstoles plantea una nueva doctrina, que es la negacion de aquella en que se ha inspirado, y á cada una de estas doctrinas parece estarle reservado el

extraño destino de partir de lo imposible para llegar á lo real, es decir, de encontrar la verdad de un efecto por medio del error de una causa.

La razon se explica esa lucha constante del espíritu humano por explorar con la mirada fria de la ciencia todos esos abismos que envueltos en la grandeza del misterio detienen su paso en la vida, y la razon no sólo se explica esa lucha, sino que la admite como necesaria, pues la actividad es un principio de vida y la discusion una especie de crisol de la inteligencia en que se depuran las grandes verdades y se deshacen las pequeñas mentiras.

Sentado este principio, claro es que la humanidad tiene, entre los derechos que le confiere su libre albedrío, el derecho de la duda; pero el que no tiene ni puede tener es el de la negacion, tratándose de negar aquello que no puede comprender.

Cuando la solucion de los problemas filosóficos empezaba á preocupar al mundo de la inteligencia, uno de los que con más ardor fijó en Alemania los cimientos del nuevo edificio, templo de todas las ciencias, el filosófo Kant, contestaba á la pregunta de ¿qué es lo que existe?: *La duda*. Y esta

contestacion marcaba á sus discípulos las luchas progresivas porque la nueva secta habia de pasar; la duda es la indecision, la vaguedad, lo posible en lo imposible, y la duda por sí sola excita á buscar la afirmacion; es la sombra que atrae hácia la luz.

Las escuelas filosóficas, como todo aquello que no tiene por base el principio fijo de una ley inmutable, han aceptado, en su lenta marcha á traves del progreso humano, ideas nuevas bajo el punto de vista de la filosofía, pero conocidas ya, y áun desechadas como absurdas en el mundo de la razon y del sentimiento.

Estas ideas que pretenden llamar propias, porque vaciadas en el molde del sofisma moderno han cambiado de forma, aunque no de esencia, son una especie de palanca moral que apoyándose en la negacion, pretende remover el edificio de la verdad religiosa, única verdad inmutable que han encontrado en sus investigaciones; pues si la ciencia humana tiene una forma real que la hace perceptible, la fe divina es una razon abstracta que se siente en cada uno de nuestros sentimientos, pero que visible á nuestra alma, no puede serlo

á nuestros sentidos, por esa gran razon que obedece á las leyes más generales de la lógica y del sentido comun, por la razon de que en la inteligencia humana no cabe la interpretacion de las obras divinas, de esas obras que no se concretan á abstracciones puramente ideales, sino que, velando en el misterio los principios de su causa, nos hace tocar cual verdades positivas sus efectos.

Porque no son otra cosa que efectos de esa causa divina la idea de justicia, de legalidad y de amor que desde el principio del mundo palpita en todas las razas que sienten en su propia vida la inteligencia que crea, como el destello de otra vida que se nos revela por el sentimiento.

Si diésemos como Condillac la fuerza de nuestra vida, el principio de todo á la *sensacion*, tendriamos como él que aceptar la teoría sin discutirla, comprender el sensualismo sin explicarse la sensualidad, y la idea iria en una nueva corriente á un Loke que la llevase al dominio de los sentidos, y á un Berkley que la elevase á lo ideal, disolviéndose así en aspiraciones más ó ménos razonables, para volver á la *gran nada* que se creyó el gran todo.

Pero no pudiendo hoy, como no podemos, borrar verdades reconocidas como incontrovertibles, no debiendo hacer de la filosofía la piqueta demoledora de lo que es base y corona de la ciencia humana, el criterio de la fe unido al de la razon y la conciencia, debe oponerse á ese torrente de negacion que al despeñarse en el abismo de la nada, sólo alcanza á fijar con su estrepitosa caída la atencion de la sociedad moderna, que se detiene á contemplar con curiosidad culpable esas espumas soberbias que flotan un momento, matizándose en los colores brillantes del progreso humano, pero que pasan y se deshacen para siempre porque les falta la vida propia que tiene toda idea que encierra un alto principio de utilidad moral, es decir, que lleva en sí el gérmen sublime de la verdad y el bien.

En el mundo moral, como en el físico, todo está sujeto á leyes inmutables, á reglas fijas, y no está en la voluntad del hombre el remover las unas para cambiarlas segun su capricho, ni el trasformar las otras segun su conveniencia.

Los problemas científicos serán siempre discutibles, y el hombre agotará en descifrarlo su vida y su inteligencia para llegar

á saber que no sabe nada: los problemas religiosos, esto es, los misterios divinos, parecerán más grandes cuanto ménos se afane la razon por comprenderlos.

La ciencia es un diamante recogido por la humanidad bajo las capas groseras de la ignorancia, el cual se vá labrando con el roce constante de las generaciones que se suceden, cada una de las cuales arranca á la hermosa piedra algunas chispas de luz.

La religion no puede oponerse á esa obra gigante de los siglos, ese perfeccionamiento leve y seguro del sentimiento humano, que acaso se ha tenido muy presente en la gran obra de la regeneracion del hombre, pues bajo las doctrinas de Jesucristo crecen y se desarrollan las artes y las ciencias, purificadas, embellecidas, trasformadas en ese suave molde de amor y de poesía en que el Artista divino vacia sus purísimas creaciones.

La filosofía, que puede llamarse la maestra de las ciencias, pues todas se humillan ante ella, está llamada á marchar al frente de la civilizacion con la honrosa bandera del progreso moral entre sus manos; á aceptar la lucha con los utopistas, y á deshacer con pruebas de razon lógica los so-

fismas en que la pequeña crítica de nuestra época se sostiene; á buscar á traves de la sombra de sus dudas el rayo de verdad que ha de ilustrarla; pero ni como ciencia, ni como escuela, ni como razon, puede aceptar la negacion de Dios como doctrina, porque esa negacion deshace el edificio efímero de su poder, como deshace un soplo de viento el castillo de naipes que levanta un niño.

La negacion no puede, no debe tener apoyo; la negacion es un sentimiento aislado, ajeno á las leyes de la metafísica y á las reglas de la lógica; es la idea cobarde que se emancipa de la inflexible regularidad del raciocinio; la aspiracion abyecta que dominada por un poder invisible, por el poder de la conciencia, quiere hacer pedazos ese poder que se antepone al *Yo*, miserable soberanía que halaga el orgullo del egoista ateo que con el nombre de incrédulo se abre paso en nuestra época.

La fe tiene un criterio sublime; criterio que nada tiene que ver con el panteismo racionalista, ni con el deismo filosófico; criterio que se afirma en sí mismo y que flota sobre todas las negaciones, sobre todos los delirios.

El hombre tiene la idea de ese criterio en su propia intuicion, y le fortalece con sus mismas dudas. Porque la duda implica una necesidad de creer; la duda puede trasformarse en conviccion al más leve roce del sentimiento en el alma.

Hay en nuestra manera de ser grandes misterios vedados á la ciencia.

El hombre estudia y analiza las sensaciones de la materia, y encuentra la explicacion de ellas; pero jamás puede explicarse los sentimientos del alma, siempre nuevos, siempre grandes.

No; el alma no puede moldearse en la materia; no puede nutrirse con esos jugos de vida que agotados llegan á ser un puñado más de polvo en el seno de la tierra; no, este algo que late en nuestro pensamiento, que concibe la idea, que nos hace perceptibles á esa misma idea las causas exteriores de que se permite juzgar, ese algo no puede morir como muere lo bello en la materia, como muere el aroma, la luz, la armonía; ese algo queda sobre nuestra nada, y si Dios no hubiese revelado al mundo su existencia, dejándole en sus leyes de amor una prueba de esta verdad, el hombre inteligente adivinaria á Dios al

adivinar un alma, y le ofreceria su adoracion espontánea sin leyes, ni reglas, ni dogmas, pero con fe y conviccion.

¡Oh! El alma deshecha en la materia como una miserable arcilla, como un jugo desecado, como un vapor que la tierra absorbe, como una luz que la muerte apaga, como un perfume que disipe el viento...

En la naturaleza no encontramos los orígenes de una vida superior; tenemos que buscarlos en nosotros mismos.

En la naturaleza todo es limitado; en nuestros sentimientos todo es inmenso.

La naturaleza, como una obra inanimada, guarda esos grandes secretos que contribuyeron á su formacion; nuestro espíritu, como un poder vivo é incansable, va arrancando uno á uno esos misterios desde el fondo de sus entrañas de sombra, para envolverlos en la luz de su razon.

Ahora bien: si la negacion de la crítica incrédula de nuestra época se justificase, habria que admitir para nuestra inteligencia una causa material, y en ese caso suponer que de una causa mezquina procedia un efecto sublime, que de un todo limitado separábase una parte infinita.

Hé aquí que del fondo mismo de los

principios de las modernas escuelas sale la negacion, no de la idea que combaten, sino de la idea en que esos principios se apoyan. Porque al negarnos lo que creemos, no nos dan una consecuencia clara y exacta de nuestro error; deshacen, pero no crean; dejan el vacío ante el sentimiento, y sin pensarlo, fortifican la fe, pues en vano se quiere llevar el corazon del hombre hácia la nada: ese corazon que ama, ese corazon que espera, ese corazon que lucha, necesita creer, porque necesita vivir.

Esa necesidad es el mejor criterio de nuestra creencia.

La fe como necesidad se acoge, como sentimiento se conserva, como dogma se ama.

La fe religiosa es la fuerza vital de las sociedades, es su unidad, es su heroismo, es su genio, es su gloria.

Arrancad del seno de la humanidad esa raíz misteriosa de un árbol sagrado, y vereis cómo la hermosa armonía que ha precedido á su formacion desaparece.

Vereis cómo se debilita la autoridad, cómo la caridad se agota, cómo el amor se embrutece.

Quitad el aura divina que flota invisible

sobre la raza humana, y su elevacion decae.

El cristianismo nació inmutable porque nació perfecto; de ahí la fe que inspira la obra de Dios.

La filosofía, como ciencia, se va perfeccionando lentamente; es la obra de la inteligencia humana que se abre paso en lo desconocido; es grande por su mision, pero como emanada del hombre, llega á ser rebelde y peligrosa si intenta poner su palabra impía sobre la realidad de Cristo, si osa posar su pensamiento incrédulo sobre las verdades de nuestra fe.

Un periódico americano nos ha acusado recientemente de ser intransigentes en religion: no es exacto; con el error, con el sofisma, con la negacion no se puede transigir.

No tenemos la aberracion del fanatismo, sino la firmeza de una doctrina pura.

Buscamos el consuelo en la fe y la ilustracion en la ciencia. No creemos que sea la mision de ésta la negacion de Dios, porque de ser así, la humanidad ganaria mucho con que la dejasen su sencilla ignorancia, pues todas las escuelas filosóficas del mundo no podrian hacerle el bien que se encierra en uno solo de los preceptos de nuestra religion.

VIII.

LAS REVOLUCIONES.

Natural es, dada la instabilidad de nuestras afecciones, sentir el cansancio de lo que poseemos y el anhelo por conseguir aquello que nos es desconocido.

De aquí nace ese continuo afan de plantear nuevos sistemas, de crear nuevas leyes, que llega á formar una como corriente de ideas, en la cual se chocan las antiguas y modernas creencias, produciendo la confusion en todo; confusion que crece hasta convertirse en tumulto.

Vida ardiente, pero vida de un dia, la que las revoluciones imprimen á los pueblos, ellas semejan una fiebre moral que como la física en un individuo, al precipitar el curso de la vida la gasta y dibilita.

La revolucion es el resultado de una

transgresion en el órden social, y las transgresiones físicas, morales ó políticas, engendran la muerte.

La sociedad para vivir necesita el reposo, que desarrolla sus fuerzas; la seguridad, que aumenta su riqueza; el trabajo, que la ennoblece.

Hé aquí por qué la sociedad rechazará siempre la teoría de las revoluciones, porque bajo su ardiente atmósfera no alcanzan vida ni sus afecciones ni sus intereses.

La sociedad no se deja seducir por las soñadas ventajas que se le muestran en lontananza.

La parte más sana, esto es, la más práctica, la más razonable de la masa social, sabe bien que esas ventajas, áun conseguidas, se pagan á muy alto precio; sabe que el torrente desbordado mata y arruina sin fecundizar los terrenos que inunda.

Los revolucionarios son siempre los mismos. Diríase que es una raza encargada de engendrar las tempestades sociales.

Es verdad que son idénticos los componentes de esos rayos artificiales, que sólo asustan á los incautos.

La soberbia y la ambicion!...

Suelen hacer de una ilegalidad sus cre-

denciales ante el mundo; de una deslealtad su autorizacion ante la opinion pública; de una idea, un derecho, y de un abuso indigno un mérito histórico.

Es fuerza añadir, para terminar el boceto, que levantando un ideal político como estandarte del progreso que establecen, niegan el derecho de combatirle en lucha de inteligencia, y proclamando lo legítimo de sus principios, ocultan esa legitimidad apelando á la última de las razones, á la fuerza, con la cual creen fijar los cimientos de la sociedad, y los ejes sobre que gira el mundo del sentimiento.

La autoridad vencida, sorprendida la indiferencia, cambiado el sistema de gobierno, alejado el que sostiene un principio, obligado á enmudecer el que defiende un derecho, dando al hecho consumado la autoridad de una ley, ellos hacen su campo de batalla de las sociedades, su Dios del poder, sus trofeos de las concesiones arrancadas á la debilidad ó á la ignorancia, su victoria de una soberanía que se reparten generosamente, para arrancársela despues por la ley del fuerte con vergonzosa ignominia.

Calmado el vértigo, debilitada la fuer-

za por la misma fiebre que la enardeció, las revoluciones cambian su aspecto de horrible fiereza por el aspecto cómico-serio en que se van desvaneciendo.

Su decadencia se muestra en sus debilidades.

Allí donde se proclamaba un principio, se proclama un nombre; donde se pensó entronizar la idea se entroniza un sér, bastante audaz para erigirse en ídolo; lo que se creyó independencia del pensamiento libre, era el alarde con que se disfrazaba el temor; y aquellas esperanzas de éxito admirable, un velo extendido sobre los misterios revolucionarios para ocultar el vacío de las empresas humanas!...

La humanidad puede aprender mucho en esas páginas ardientes en las que, á la luz del incendio, se escribe con sangre la historia de las revoluciones.

La ola revolucionaria que avanza amenazando envolver el mundo, retrocede impotente dejando á su paso rastros de dolor y espumas de rabia, pero sin que logre arrastrar consigo ni uno solo de los obstáculos contra los cuales se alzó.

Las cuestiones sociales no se resuelven ni por el terror ni por la fuerza, sino por la

práctica ordenada de un sistema que envuelve una conviccion.

Las costumbres, los principios, las creencias: tales son los agentes que modifican lentamente el órden social.

La revolucion trae la reaccion inmediata, y con ella la conservacion de la idea antigua: de una causa disolvente nace un efecto conservador.

No puede ser fuerza vital de un pueblo esa fuerza ciega que glorifica hoy lo que ayer arrastró: sólo puede ser su expiacion y su castigo.

El tumulto, el desórden, los gritos de maldicion, no pueden ser garantía de progreso ni prosperidades: sólo pueden ser amenazas.

El poder constitutivo sólo puede entregarse á la sensatez, no al delirio, y el buen sentido que sólo vé fantasmas de poder y fantasmas de fuerzas en esos agitadores inconscientes, ensaya una resistencia que le salva, porque ese poder del momento retrocede ante la fuerza incontrastable de la verdad y la razon.

Tanto es así, que las revoluciones no se harian si en vez de ceder el campo á los alborotadores en el terror del primer mo-

mento, se uniesen las clases pacíficas para formar un dique y rechazar su impulso.

Cuando el valor de las sociedades decae; cuando las figuras más nobles se ocultan; cuando el espíritu conservador vacila y el sistema establecido se debilita, entónces, entonando himnos de triunfo, que bien pudieran creerse cantos funerales de las grandezas patrias, aparecen las huestes revolucionarias con su nueva bandera hecha de girones de banderas viejas, y sus nuevas teorías, que son la paráfrasis de ideas ya olvidadas.

Como sus doctrinas no entrañan obligaciones sociales ni deberes morales, ¿á quién exigir la responsabilidad de sus actos?

¿Cómo juzgarlos?

¿Cuál es el tribunal al que se someterian los que aparecen mandando de tan estrepitosa manera?

La sociedad, que es su víctima, debe ser su juez, pues la sociedad entraña una fuerza de prescripcion que debe conservar si quiere respetarse.

La sociedad debe oponer el buen sentido, la razon práctica, sus creencias morales, políticas y religiosas, sus ideas legales, su seguridad misma, á ese impulso peligroso que puede disolverla.

¿Qué compensacion guardan los revolucionarios para la sociedad á quien agobian con el peso de sus faltas?

¿Hacerles participar de sus arrepentimientos?

¿Obligarles, con ellos, á bajar la cabeza ante el ídolo que empujaron?

Ah! si á los iniciadores pudiera hacerse efectiva una responsabilidad! Si se les exigiera la realizacion de lo que prometen!

Pero ¿á quién?

Las promesas que se aceptan por cálculo ó debilidad, ni tienen otra base que el entusiasmo del momento, ni otra seguridad que el deseo de una ambicion.

Si se creen poseedores de un derecho, ¿por qué no lo afirman?

Si creen que les ha sido confiada la alta mision de regenerar á los pueblos, ¿por qué la abandonan?

Si todo lo esperan de su sistema, ¿por qué le interrumpen?...

La sociedad debe recordar el fin de todas las revoluciones, y sin fiarse gran cosa de ese aparente poder, decir como el poeta:

«¿Cuándo la voz del pueblo es voz del Cielo,
Cuando llega al monarca y le destrona,
O cuando ardiendo en insensato anhelo
Llama al hijo y le vuelve la corona?»

IX.

LA SOBERANIA.

Despues de ocuparse de las revoluciones nada más propio que fijar la atencion en la soberanía que ellas proclaman.

Grande responsabilidad se le alcanza á J. J. Rousseau, si en efecto es suya la idea de la soberanía popular.

Es verdad que ántes que él habian planteado el atrevido sistema del *contrato social* Jurien, el protestante, y Bucharán el escéptico, pero acaso sin la apasionada elocuencia de Rousseau, sin las galas de su estilo y la magia de su palabra, la idea de esa extraña soberanía hubiera pasado desconocida de los más, ya que no ignorada de todos.

Hemos llamado extraña á esa soberanía, porque extraño es todo aquello que no se

demuestra de una manera clara y precisa á la apreciacion de nuestro criterio, y la soberanía del pueblo para el pueblo, esa soberanía que le hace esclavo y señor á la vez, es siempre, más que extraña, incomprensible.

¿De dónde procede ese poder? ¿Quién lo dá? ¿Quién lo recibe? ¿Es una colectividad? ¿Es una unidad?

Preguntas son estas que no tienen solucion en una respuesta sencilla, y que si se pretende que la tengan, esa solucion no satisface por completo á la inteligencia investigadora de la generacion actual.

El dogma de esa moderna escuela establece que: «Es el pueblo el que hace los soberanos y dá la soberanía.»

Afirma que: «Es contra la razon que un pueblo se entregue á un soberano sin algun *pacto*, y que semejante tratado seria nulo contra naturaleza.»

Y añade que: «El pueblo no tiene necesidad de tener razon para validar sus actos.»

Imposible parece que tales doctrinas formen escuela.

Hay en su contradiccion un principio anárquico, que deshace todo concierto natural, social y político.

Si el pueblo, reconociéndose soberano, no necesita tener razon para dar valor á sus actos, el soberano, en quien el pueblo abdica su soberanía, ¿á qué razon nivelará los suyos?

Si la soberanía es la razon suprema, y el pueblo se desprende de ella para unificarla en un solo poder al cual se somete, ¿en virtud de qué razon pedirá un pacto, si despojado de su fuerza moral no puede, no debe exigir su cumplimiento?

Si el pueblo *dá* la soberanía, claro está que el pueblo deja de ser soberano: al darla pierde su ejercicio; al conservar éste la retiene: dos soberanías se excluyen; son dos fuerzas iguales que harian inevitable el choque.

Concediendo la soberanía al pueblo, le concedemos el derecho de entregarla ó conservarla, pero ambos derechos, imposible.

Entregar una parte de su poder y conservar el otro, es una insensatez: la autoridad no se subdivide en partes. Si tiene el poder de hacer un soberano, lógicamente pierde el de destituirle, porque al entregarle el cetro, queda sometido: de otro modo, y disputándose su turno dos soberanos, era

imposible la soberanía, que formaria una especie de absurdo reflejo, del rey al pueblo y del pueblo al rey.

¿Cómo explicarse, además, un soberano que dependiese de otra soberanía?

¿Qué poder seria ese sometido á otro poder?

¿De cual emanarian las órdenes?

¿Cual estaria obligado á cumplirlas?

Si el pueblo no necesita tener razon para obrar en virtud de su soberanía, en virtud de ese mismo poder recibido del pueblo, el soberano ¿á qué prescripcion legal ni racional debia someterse?

La autoridad debe estar siempre investida de la soberanía, á fin de que sus fallos sean indeclinables, sus providencias ultimadas y sus sentencias cumplidas.

La autoridad del jefe del Estado es, pues, soberana, de hecho y de derecho, porque al recibir esa soberanía adquiere desde luégo el de consèrvala; y siendo así, ¿bajo qué forma legal puede volver al pueblo la soberanía que cedió?

¿Cuándo vuelve á ser señor, y cuándo queda súbdito?

¿Lo queda por su voluntad, por su razon ó por su capricho?

Si es por su voluntad, ¿á qué fin, á qué ventaja obedece; á qué oculta aspiracion, á qué ídolo, en fin, ofrece un sacrificio tan grande?

¿A la patria?

Si la patria pertenece á todos, ¿con qué derecho dar á uno solo la responsabilidad de su porvenir?

¿Es por su razon?

Para conservar su soberanía puede obrar sin su acuerdo.

¿Es por su capricho?

En ese caso sólo tratará de crear una soberanía más, entre las mil soberanías en que su poder se subdivide.

La soberanía de un rey junto á la soberanía de un gobierno, de un Parlamento, de una prensa, de un ejército, de un embrion revolucionario que amenazase!... ¿Y quién señalaria las partes segregadas del poder supremo, para alimentar todos esos poderes?

¿Y cual de esas soberanías saldria favorecida?

¿La de la palabra?

¿La de la fuerza?

¿La del pensamiento?

¿La de los motines?

¿O la del pueblo, que hace valer su derecho natural á la soberanía?

Si la del pueblo existe y de ella emanan las otras, ¿por qué esa cesion y por qué esa aceptacion?

¿Qué condiciones median, y quién es el árbitro en un caso de duda, el comitente ó el enviado?

Esa especie de desleimiento de poderes, debilitaria el sagrado principio de autoridad, hasta hacerle ilusorio, pues investidos todos de ese derecho de *Soberanía universal*, digámoslo así, nadie tendria el deber de prestar obediencia al acto que emanase de otra soberanía.

De aquí la imposibilidad de plantear tan peligroso sistema.

Si los hombres de genio ántes de formular palabras sin ideas se fijasen en los daños que esta semilla puede hacer brotar en el porvenir, seguramente que la teoría del *pueblo* no se hubiera conocido!

Al confundir en la clasificacion de *soberanas* las omnipotencias que dan fuerza y vida á la masa social; al llamar *pueblo* á la parte activa, enérgica, poderosa, inteligente, fuerte y ambiciosa de las sociedades, se plantea un problema cuya solucion es

imposible, porque al constituir la soberanía en *abstracto*, en donde hay que reconocer diferentes soberanías, se plantea el sistema de subdividirla, lo cual, siendo la contradiccion, es la negacion de la propia doctrina.

¡Qué afan tan insensato el del hombre, creyéndose señor de todo, cuando ni de sus propias pasiones puede serlo!

Conserve la independencia de la dignidad y obedezca á la ley del deber, soberana indiscutible de todo corazon honrado y de todo pensamiento puro, y no se afane por otro poder que el que le asegura la consideracion y el respeto á que se haga acreedor con la práctica del bien y el conocimiento de sí mismo, virtud la más difícil y la más meritoria de todas.

X.

LA PEQUEÑA POLITICA.

Costumbre es de todas las épocas y de todas las sociedades fijar su atencion en lo que revela cierta grandeza, y alejarla con desden de lo que por ser más modesto y pequeño, aunque no de menor utilidad para la vida social, se oculta en el fondo de las familias y ejerce desde el hogar su poderosa influencia; ocupados de la gran política, de esa política militante que hace y deshace leyes, que fija reglas, que impone dogmas al pueblo, que gradua, en fin, la marcha de la humanidad al compás de su capricho, olvidan donde crece el plantel de los nuevos políticos que han de sucederles en su efímera soberanía, y no se fijan en las condiciones en que aquellas cualidades, en gérmen, se desarrollan.

Allí donde se educa al niño, allí donde na-

cen sus sentimientos, pudiera buscarse siempre la raíz de sus impresiones.

La masa vital se impregna de la atmósfera en que se forma, y seria en vano el intentar despojarnos de nuestros recuerdos y nuestras convicciones, adheridas á nuestra vida como una parte de la vida misma.

Ahora bien; los primeros pasos en la vida política son siempre vacilantes: por qué?...

Porque la política, esa gran ciencia de las sociedades modernas, carece de principios fijos, carece de escuela.

La enseñanza política es siempre, no la leccion que se estudia, sino la impresion que se siente.

La política no tiene historia; sus actos sí.

Se describe en sus menores detalles una guerra, y nadie consigna para el porvenir como ejemplo y advertencia, la lucha de una idea política, en que triunfó un derecho ó quedó abolido un deber.

Este olvido, esta omision es incomprensible. Si se aprende ante el espectáculo de la fuerza, ¿cuánto no se aprenderia ante el de la inteligencia?

¿La política es una intuicion ó es una ciencia? En el primer caso debe ser instable, y no tiene condiciones de colectiva, porque

es imposible templar unísonamente á millares de pensamientos y millares de corazones; en el segundo, si es ciencia, ¿por qué no se estudia?

La política hace las leyes, y estas leyes encuentran cátedras, cuando no las tiene la idea de que nacieron.

Esto es irregular é inmoral.

La política, como ciencia viva, como la más trascendental de todas las ciencias, debe constituir un estudio serio y complicado, debe formar una carrera, para la cual se necesiten grandes facultades intelectuales.

Las pruebas á que la política somete á sus adeptos, no son suficientes.

Un alto puesto puede tomarse en un hábil ó atrevido asalto, sin condiciones para ocuparlo.... ¿y quién responde ante la nacion de los gravísimos males que pueden surgir?

La política se hace prácticamente, y creemos que se haria un gran bien procurando su estudio en teoría.

La inteligencia débil del niño no podria abrazar sus grandes problemas, pero se prepararia para comprenderlos más adelante, como si no puede resolver los que las matemáticas le presentan, adquiere una nocion de lo que ellos son.

La política, analizada, estudiada, perderia acaso su parte irritante de personalismo; porque allí estaria representada una idea, y el pueblo acata el saber, como odia la ambicion.

Quién murmura de que en unas oposiciones se dé una cátedra al más apto? Quién siente que en un certámen se lleve la palma el más inteligente?

Pues hágase de la política un certámen público en que todo se alcance por la justicia, y nada por el favor.

Prémiese con sus altos puestos al de más inteligencia en la idea gubernativa, administrativa y moral, al que mejor resuelva el problema del bien público, pero nunca al más audaz y atrevido.

Enséñese política como se enseña filosofía, y esta enseñanza constituirá la *política pequeña*, que prepare la inteligencia desde su desarrollo, para la *gran política*, para la política del poder, que impulsa á su voluntad las sociedades.

No se admita al neófito sin pruebas en esa grandiosa asociacion que dirige hoy los destinos del mundo.

Como hay historia religiosa, historia literaria, historia científica é historia filosó-

fica, créese la historia política, que acaso enseñe más que todas las otras.

Pero no se escriba esta historia con los hechos aislados, ya adversos, ya favorables á un sistema, sino con las ideas que prepararon el hecho, con las esperanzas que se desvanecieron, con las creencias nuevas que se adoptaron.

Que sea esa historia más que la letra muerta de la palabra escrita, la palabra viva que difunde el sentimiento y la conciencia.

Ah! si la pequeña política de las escuelas y del hogar se iniciara, si se enseñara á *ser políticos*, ¿cuan distintamente miraria el pueblo, que forma el gran fondo del cuadro, esa que hoy se llama *escala de ambiciones?...*

¿Por qué no se intenta?

El bien moral y material de las naciones, que la política tiene en sus manos, vale la pena de no estar á merced del primer atrevido ó el primer revolucionario; vale la pena de constituir un estudio serio, que sea á la vez que galardon del que reciba como sagrado depósito un alto cargo, garantía para el que lo dá de que será desempeñado con acierto.

XI.

LA INDIFERENCIA.

La razon como la sociedad, la escuela como el buen sentido, rechazan el indiferentismo, capa de hielo que envuelve todos los sentimientos, nocion que implica la negacion de todas las virtudes, de todas las pasiones, de todas las esperanzas.

La razon, como facultad que vé, como sentido que analiza, tiene actividad de entender y tacto de discernir. Cuando ha comprendido lo que ha visto, cuando discierne lo que ha sentido, determina una accion de inteligencia por la cual adquiere una creencia en el bien ó en el mal, pero que le hace distinguirlo.

Una vez conocido el objeto que estudia, una vez determinada la verdad como resultado de su operacion, la inteligencia

que regula aquella razon, ¿podrá dejar de aceptar el descubrimiento que se le ofrece?

¿Renunciará al más estimable, al más precioso de sus derechos, negándose á ver la luz allí donde el esfuerzo de su razon la ha hecho brotar?

¡Imposible!...

Ese objeto, esa verdad, queda como *asida* por la misma razon, y de ella y con ella forma ese caudal que llamamos *conocimientos.*

La razon á nada es indiferente: es un principio en accion, y en el desenvolvimiento de ese principio, camina á deducciones claras y precisas, á deducciones exactas.

De esas deducciones se forma la propiedad intelectual, la conviccion de una idea, la defensa de una causa, la solucion de un hecho; porque una deduccion que se convierte en creencia, dá el derecho de combatir el error, de sostener la verdad.

El error, audaz como el sofisma, atrevido como el arte, ó fuerte como el poder, se presenta dispuesto á luchar, por más que tema al débil temple de sus armas: la verdad, serena, majestuosa, como quien

tiene la seguridad del triunfo, expone sus títulos, recuerda sus derechos, habla de sus principios, apela al juicio de la ciencia, se somete al fallo del tribunal de la razon, se muestra á la luz de la crítica, se expone al choque de la controversia, reclama, en fin, la ley, y si aún vé ante sí la duda, no vencida, lucha en el terreno de lo legítimo como en el de lo legal, y jamás por cobarde tolerancia abandona su causa.

Pues si en el error que invade y la verdad que defiende, si en el que intenta un despojo y la que guarda las hermosas conquistas de la razon, si en los dos sentimientos que se disputan el dominio de la humanidad, la duda y la fe, hay lucha, ¿en qué lugar buscaremos la indiferencia?

En la fe que todo lo acepta, en la duda que lo niega todo, hay una idea, hay un interés, hay el valor de sostener una creencia: en la indiferencia no hay más que debilidad, cansancio y cobardía.

La indiferencia llega á ser un sentimiento muerto, entre los demás sentimientos que viven en las creencias y palpitan en la palabra.

La indiferencia es una negacion que no niega, una sombra que no oscurece, un

hecho que no figura entre los hechos positivos, una solucion que se olvida porque nada resuelve, un lazo roto que flota á merced del viento del capricho, sin poder unir una colectividad.

¿Hay una razon? ¿Hay una verdad? ¿Hay un sentimiento? ¿Tiene nuestro sér la facultad de entender, que es don de una inteligencia? ¡Como negarlo! Es preciso admitir la condicion racional, la condicion inteligente de nuestro pensamiento, y siendo así, en la moral, que es el tacto de la conciencia; en la verdad, que es la demostracion de la creencia íntima; en la razon, que es la afirmacion de esa creencia, podemos y debemos buscar los fundamentos de aquello que intentamos sostener, ó de aquello que creemos deber negar; pero ya se trate de lo ideal y abstracto, ya de lo racional y lógico, necesitamos una afirmacion, que debemos buscar en nosotros mismos, nunca, ni en ningun caso, podriamos esperarla de la indiferencia.

El indiferentismo, considerado tal cual es, pudiera llamarse absurdo; el indiferentismo teórico, el indiferentismo religioso, el indiferentismo filosófico y social, están fuera de todo derecho.

Le niega la razon, le condena la voluntad, le rechaza el alma en su actividad, la vida con su calor, el hombre en el ejercicio de su racionalidad.

La indiferencia como escuela nada enseña, pues que prescinde de todo.

Como sistema no tiene la sancion intelectual ni la adopcion del sentimiento; no cabe en la luz y no produce la sombra.

La indiferencia cuando es aislada, cuando no pretende imponerse como dogma social, llega á ser un sueño de la inteligencia, un letargo del espíritu, un *nihilismo* racional.

Si pretende imponerse, llega á ser el desleimiento de toda afeccion, la frialdad, la muerte de todo sentimiento; una sociedad de indiferentes, semejaria un mundo de sombras, que cruzasen sin esperar, sin desear, sin temer, y sin dejar huellas de sus pasos por la vida.

Una sociedad de espectros, cuya materia galvanizada momentáneamente, buscase en el no ser el descanso y en la nada el fin.

Pero entre la sociedad que *vive*, que ama, que espera, que cree, ¡cuánto daño causan esos propagadores de una idea muerta,

esos sectarios de una debilidad física y moral, que hacen su dios de la nada, y una especie de limbo de su vida!

¡Cuánto daño en las creencias religiosas, en las costumbres sociales, en las ambiciones científicas que impulsan al sabio á sacrificarse por la humanidad, en los sentimientos entusiastas que arrastran á lo bello y lo sublime!

La juventud impresionable, la razon que vacila, la inteligencia que se cansa, ¡hé ahí los adictos de la secta indiferente!

El egoismo y la frialdad, el escepticismo y la burla, ¡hé ahí los componentes de la atmósfera en que se agitan!

En ella no cabe nada que lleve gérmenes de vida; la pasion y el sentimiento se resuelven en una idea de miserable utilidad.

Copian sin análisis de Epicuro, la idea sensual; de Bentham, el utilitarismo; de Voltaire, el sarcasmo; de Rousseau, el atrevimiento, y de Proudhon, la legalidad.

La historia, la tradicion, la fe, el dogma, el deber, la ley, el sentimiento... ¿qué les importa? ¡Todo ello está fuera de las condiciones de su vida!

Ellos sienten la parálisis del alma; ellos son en la sociedad una rama muerta del

árbol vivo que renueva sus hojas con generaciones.

Huyamos del contagio moral de esa idea, pues el que no tiene el valor de la fe, ni el valor de la duda, no debe tener tampoco el valor de la vida, que bien puede ser el más difícil de todos!

XII.

EL REALISMO Y EL SENTIMENTALISMO

CONDICION es de la humanidad la lucha entre encontradas pasiones y diversos sentimientos. Condicion es de la instabilidad del pensamiento humano dejarse llevar por la corriente de la idea nueva, y aceptar como principio una exageracion que constituye un error.

La sociedad sostendrá siempre la tenaz porfía entablada entre D. Quijote, que todo lo espera del sentimiento, y Sancho que todo lo busca en la realidad.

Este es, aparte de sus relevantes méritos, el secreto de la inmortalidad del libro de Cervántes, que encarna en sus páginas el espíritu social, no de su época ni de cualquiera otra, sino el espíritu social de siempre.

Exagerando hasta el sentimentalismo la

idealidad del sentimiento, se preparó el terreno á la escuela realista, esto es, á la exageracion de la realidad.

La exageracion, si, pues la vida real no es afortunadamente, tal como el materialismo nos la presenta.

Al pasar en silencio sus apacibles afectos, sus dulces virtudes, sus sencillas prácticas, su fé religiosa y sus celestiales esperanzas, hacen de sus dudas una pincelada de sombra que borra el claro-oscuro del cuadro social.

Los apóstoles del realismo no comprenden ó no quieren comprender la poesía del bien, que engalana, independientemente de la voluntad de que se produce, los corazones en que se alberga, y los pensamientos que á su contacto se perfuman.

No ven ó no quieren ver que la verdad tiene sus idealismos misteriosos, sus aspiraciones elevadas, positivas en su esencia, aunque inmateriales en su forma, y que estos idealismos nadie ha pensado en imponerlos como dogma social, pero á nadie tampoco ha ocurrido desvanecerlos como peligrosos para las conquistas de la razon, á las cuales, léjos de oponerse prestan el concurso de su encanto.

Es indudable que áun en las aberraciones más incomprensibles, una inteligencia poderosa y una palabra brillante deslumbran siempre, y como las multitudes están ávidas de lo nuevo, los propagadores de la idea realista han hecho innumerables adictos, que acaso más que de su escuela lo sean de su talento.

Dirigiendo sus dardos, más bien á la imaginacion que á la razon, aunque tambien suelen darse aire de racionalistas, llegan con su palabra fria y sarcástica al seno de las sociedades y denunciándoles como ridículo el sentimiento, matan en el corazon del pueblo, lleno de sencillas preocupaciones, confiado en suaves creencias, las bellezas de la tradicion y los encantos de la fe, pues sólo una alta ilustracion puede evitar que á la duda en la bondad humana se siga la duda en la revelacion divina.

Su obra no es, como pudiera esperarse, ensalzar cuanto hay en la vida real de bello y de bueno, sino presentar como realidad absoluta cuanto hay en ella de criminal y miserable.

Ni una sola nota dulce hay en esa vibrante armonía que dicta la duda y escribe el sarcasmo sobre el pentágrama social; ni

la más pequeña indulgencia para las faltas denunciadas en esa acusacion inmotivada de los extravíos humanos, ni el respeto que inspira el temor de llevar al pensamiento ageno la amargura de la decepcion propia.

De aceptarse esa escuela con todas sus consecuencias, el arte muere en sus más bellas manifestaciones, pues el objetivo del arte es la belleza ideal, el anhelo impalpable por lo que creemos más perfecto que el mundo que tocamos.

El libro, despojado de la poesía de lo desconocido; el lienzo á que se niegue la vaguedad de lo ideal; la música que reproduzca las armonías generales, sin admitir las abstractas; el drama que copie la pasion vulgar; la estatua que realice la idea sensualista en su desnudez grosera, no podrán encerrar jamás ese destello soberano que palpita en transfusion misteriosa por las obras que inspira el sentimiento.

En esas condiciones revelarán la inteligencia del hombre, pero no el aliento creador del genio.

¿Los sectarios del realismo al propagar sus doctrinas cuentan, sin duda, con la igualdad de condiciones intelectuales de su auditorio?

¿Al despojar de su manto de ilusiones y de sueños al esqueleto de la realidad, juzgan que han de tener la misma expresion las miradas que se les dirijan? ¡Error!...

La inteligencia procurará estudiar la vida social bajo su nueva faz ántes de aceptarla; el entusiasmo la rechazará sin previo estudio; la ignorancia aplaudirá sin comprender; la indiferencia la dejará pasar para olvidarla despues.

En realidad, la idea que hoy nace no merece una gran preocupacion.

El realismo pasará como pasó el sentimentalismo, y en pos de la escuela materialista surgirá de nuevo, disfrazado bajo otra denominacion, el extinguido romanticismo.

Avanzar y retroceder....

Tal es el destino humano!

Al pasar el realismo, pasará hasta su memoria.

No tiene historia, puesto que nada crea.

Escarnece la sociedad actual haciendo de sus retratos caricaturas, y para ser en todo inconsecuente, al proclamar el imperio de la realidad, esto es, de la verdad, prescinde en todo de ella.

Quiere combatir de muerte las tradiciones que respeta el género humano, y

sus inculpaciones, que no prueba, quedan tan oscuras como ininteligibles sus palabras.

Quiere que la sociedad se vea á si misma en sus cuadros, y la sociedad cierra los ojos para no escarnecerse.

Quiere negar una creencia, y huye de su exámen; quiere afirmar, y para no desmentir sus teorías como la afirmacion es abstracta, de ella hace brotar la duda; quiere decir *yo*, y se ve precisado á pronunciar ántes el *no*.

Vacilando entre la soberanía de la razon y el ideal de esa soberanía, entre el *yo* y el *no yo*, entre el *objetivo* y el *sujetivo*, no sabe á donde va, ni se explica lo que se propone.

En la generalidad de sus negaciones, se envuelve otra generalidad de concesiones.

Como al realismo falta la fe y la esperanza, fácilmente admite el error, si este error responde á alguna exigencia de su doctrina, que diciendo apoyarse en lo real, sólo no admite la verdad de la realidad.

La culpa no es suya; el materialismo grosero es una consecuencia natural del idealismo ridículo.

Una exageracion venga á la otra.

Pero entre ambas, la verdad que es luz, que es poesía, que es sentimiento, puede elevarse, y ser regla y norma de las sociedades.

La vida real no es ni el sueño de los poetas, ni el conjunto de pasiones brutales y pequeñas miserias que nos señalan los materialistas; la vida de un pueblo religioso y digno, tiene que apoyarse en bases más sólidas que las que puede prestarle la fantasía, pero más seguras y elevadas que las que le muestra el realismo raquítico de nuestro siglo.

XIII.

EL ESTILO.

El estilo es el hombre, repetimos á cada paso citando al autor de esta frase, pero sin fijarnos apénas en su sentido.

El estilo es el hombre, sí; es más que eso; es el pensamiento del hombre; es su conciencia; es su sér.

La idea reproduce la sensacion de que brotó; la sensacion el recuerdo; el recuerdo el hecho.

La vida del hombre está condensada, pues, en esa idea que toma vida en su vida.

La accion creadora del pensamiento es independiente de nuestra voluntad, pero no lo es el juicio que podemos formar de ella.

La idea nace espontánea, la razon es su cuna, y en ella puede dormir sueño de meditacion.

Los pensamientos agitan esas especies misteriosamente engendradas, y por extraño impulso reproducidas, y de su mutuo choque brota la reflexion que los admite ó desecha.

El talento que no crea modifica la creacion, como el botánico mejora las condiciones de belleza de una flor, que toda su ciencia seria impotente á formar.

El talento engalana la forma con el ropaje espléndido que pide á la fantasía, pero no le dá el sér.

No es, pues, una obra literaria la hija de la inteligencia, sino la hija del sentimiento.

La ternura que conmueve, la pasion que arrebata, el himno que enardece, no son el eco de una ciencia aprendida, son el eco del llanto, del entusiasmo, de las alegrías del corazon.

La palabra que describe, la palabra que marca cual delicado cincel el contorno de lo bello, la palabra que siente y modula el sentimiento con notas sublimes que eternizan una armonía del alma, no es el fruto vano de la fantasía, no es la perspectiva de un sueño, la vaguedad de un delirio, es el molde en que se vacia la poesía para mostrarse al alcance de lo real; es la esencia

impalpable que flota entre el materialismo grosero y el idealismo imposible; es la historia, en fin, de las sensaciones, de los extravíos, de las virtudes, de los triunfos de su autor!

El escritor se copia en sus escritos... y ¿cómo no? Si aquellos pensamientos, aquellos incidentes, aquellas esperanzas, aquellas decepciones son las suyas?

Los pintores del pincel tienen los modelos en su estudio; los pintores de la palabra los llevan en el corazon.

Sus variadas combinaciones, sus dulces alegrías, sus lágrimas, sus sonrisas, sus deseos, sus placeres, sus dolores... todo se confunde y se disuelve en la expresion de su palabra!

Una vida pura, un pensamiento tranquilo, una fe no entibiada por el dolor, una creencia religiosa fuertemente arraigada en el alma, se reflejan en las páginas perfumadas de un libro, como á traves de las olas azules del Mediterráneo se descubren las arenas rizadas por las aguas.

Cuando el escritor copia el bien, sus obras le conquistan, no adictos por el capricho, sino adictos por la consideracion, lo cual vale infinitamente más.

Fácil es inspirar entusiasmo, pero es muy difícil inspirar respeto.

Es mucho más ruidoso el triunfo en el primer caso, pero es más duradero, más envidiable en el segundo.

Cuando copia el extravío, el desórden, la indiferencia y la duda, entónces sus obras llevan tambien el sello de sus sentimientos, que procura ocultar en la imitacion de agenas extravagancias, pidiendo, sin embargo, para ellas el carácter de originalidad, y dándosela á veces en muy triste sentido.

Cuando esa originalidad sólo tiende al ridículo, cuando se contenta con moldear las sensaciones y colorar los pensamientos, cuando haciendo tela de sus ideas corta de ellas patrones para todo los gustos y los ofrece á bajo precio, el mal no es temible, lo ridículo muere aplastado bajo su propio peso.

Pero cuando al buscar un tipo nos pinta un monstruo, cuando en un crímen inverosímil nos dá la medida de la maldad humana, cuando en un sentimiento encarna el error, entónces el mal toma vida y se propaga; la llaga que forman sus dudas, queda en el corazon de las sociedades, imper-

ceptible en un principio, pero lenta y corrosiva como una disolucion mortífera, que á traves de las fibras destruye la masa vital.

Primero es una idea, despues una máxima.

Al nacer desconcierta las creencias, al propagarse extraga las costumbres.

Hay una fatalidad en nuestra manera de ser, que consiste en persuadirnos á nosotros mismos de lo que no creemos, en dejar seguir al espíritu arrebatado, por un alarde necio de valor, que en el fondo nos falta, lo que nos parece peligroso.

De ahí el que el escritor materialista, el escritor impío que va y vuelve sin hallar nada nuevo sobre una idea estéril, de significacion grosera; el que desenvuelve pueriles sucesos entre el lodo de miserias propias y de ajenas contiendas; el que desmenuza las bajezas más pequeñas y cree que ha ido más léjos que todos, porque ha roto para pasar el límite de lo justo y de lo verdadero, ese... ¡hace grandes prosélitos! Ese, ¡se impone á veces á las sociedades!

Es verdad que suelen formar su córte espíritus que moralmente valen ménos que él, que seduce á los incautos ó entretiene el hastío del vicio, pero esa multitud le ofrece

una especie de soberanía, y él la acepta sin preocuparse de su procedencia!...

En esas obras en que no cabe la razon ilustrada por la fe, en que la verdad no describe los afectos que siente, la poesía suele transformarse en sentimentalismo, y el sentimentalismo en panteismo sensual.

No queriendo creer en un Dios, idea, luz, forma y vida de todo, hacen de todo un dios á la medida de su capricho.

Hacen dogma de sus pasiones, de sus extravíos, de sus locuras; su orgullo, su ambicion, su corazon mismo, su personalidad, son los dioses á que obedecen; son á la vez templo é ídolo, y crean bajo esta divinidad absurda, virtuosos del crímen y mártires del escándalo.

El manantial que brota envenenado reparte sus aguas sin que pierdan su condicion mortífera; el alma viciada, la honra escarnecida, el deber olvidado, no pueden dejar de ser un veneno social, por más que se oculten en las bellezas que puede crear el talento, en los esplendores que emanan de la poesía.

Los libros deberian llevar al frente la historia íntima del autor; sólo así podrian entregarse descuidadamente á imaginacio-

nes sencillas y á corazones generosos.

Una moralidad aparente, una moralidad que envuelva los ardides del mal y las insinuaciones de la duda, es mil veces más peligrosa que la obra franca y audaz de la negacion y de la perversion.

Sí, el estilo es la idea y la idea es el sér; procúrese conocer al ser ántes de estudiar su estilo, como se conoce la flor ántes de aspirar su aroma; la lectura no es la ocupacion del hastío sino para los necios; para la razon ilustrada es el alimento de la inteligencia.

Busquemos, pues, en ese alimento las condiciones que buscamos en el que sostiene nuestro cuerpo, y no dejemos envenenar nuestro espíritu por las extravagancias de esos nuevos paganos que profesan la más peligrosa de las idolatrías, la idolatría de sus propias pasiones.

XIV.

LA FAMILIA CRISTIANA.

En vano buscaremos en los diversos sistemas políticos á que se somete la sociedad actual, la causa de su lamentable decadencia, de su triste empobrecimiento. En vano culparemos á la rápida sucesion de ideas, que lleva su chispa eléctrica á las masas, ni á la sed de ciencias, de novedades, de progreso, que es el distintivo de la presente generacion.

Todo esto es un efecto natural de otra causa más importante, pero no la causa misma. Es el reflejo, digámoslo así, pero no la luz; ésta hay que buscarla no en la sociedad, caudalosa corriente de la vida, sino en el nacimiento de esa corriente, en el manantial de que brota: en el hogar, en la familia, en la educacion.

En ese pequeño centro que es una re-

duccion de la sociedad, se encuentran en su gérmen invisible cuantas virtudes y cuantos vicios pueden elevar ó envilecer una raza. Y no es preciso para analizarlos un detenido estudio, ni un gran conocimiento de las pasiones humanas adquirido en la historia del mundo.

Basta una mirada, por más que sea sencilla y rápida, para conocer qué puede esperarse de uno de esos troncos á que llaman familia, del cual brotan las ramas sociales.

El estudio de un hogar, por humilde que éste sea, lo dice todo.

Si encontramos en él la idea puramente cristiana, el lazo del amor de Dios uniendo todos los corazones que á su sombra palpitan, la esperanza de la recompensa divina, como un aura del Cielo que desvanece las penalidades de la vida, entónces podemos detenernos sin temor en observarle.

Allí son comprendidos y cumplidos todos los deberes; allí hay un lugar señalado de antemano para cada uno de los individuos de que esa familia se compone; lugar que no se cambia ni se olvida, porque la vida está basada en el cumplimiento de esas sagradas leyes.

La autoridad dulce y severa del padre;

la obediencia respetuosa y natural del hijo; el amor infinito, purísimo, de la madre y la esposa, no son sentimientos mal aprendidos, que un soplo de orgullo, de egoismo ó de soberbia puede desvanecer; son sentimientos innatos en el alma, arraigados en el corazon por el convencimiento, por el ejemplo, por la más santa de las costumbres, por la costumbre del bien.

Allí no hay confusion, no puede haberla; es una república santificada en su principio, en la cual Dios mismo ha trazado á cada sér su diverso destino.

Es una ley acatada y venerada; es un deber cumplido con la santa alegría de la virtud. Desde que la vida brota en el hogar cristiano hasta que esa misma vida se confunde en la corriente pública, hay en la educacion de esa familia, que sin esfuerzo se trasmite á sus vástagos, tales gérmenes de virtud, tal claridad en la comprension del deber, tan profundo conocimiento de lo que éste prescribe, que no hay que temer lo olvide el hombre que ha bebido en esas puras fuentes las primeras nociones de la razon y el derecho. Siguiéndole en sociedad le vereis siempre leal y sincero; le vereis magnánimo y generoso, justo y fuerte, por-

que todas esas grandes virtudes no se aprenden con la experiencia propia: se heredan por medio de la educacion de nuestros padres.

Pero desgraciadamente nos hemos olvidado de ello; el hogar de hoy apénas guarda una sombra del hogar cristiano en que nacian héroes y santos, nobles patricios y dignos ciudadanos.

El hogar es hoy, no el centro del amor, de la fe, del deber para la familia, sino una especie de lugar de descanso para cada una de las personas que lo forman, al cual concurren lo estrictamente necesario para satisfacer las necesidades materiales de la vida.

En el hogar moderno—hablamos de la generalidad, pues bien sabemos que hoy como siempre la religion y la virtud se ocultan en muchos corazones,—todos los lazos están rotos, todos los deberes olvidados.

La familia está desunida.

Aquel dulce calor que era el foco del amor del alma, el cual se extendia en suaves oleadas desde el centro á la orilla, es decir, desde el jefe natural de la casa hasta el último y más miserable de los criados, se ha extinguido; hoy no se unen todos aque-

llos poderes en un solo poder; hoy la obediencia de todos no secunda á una sola voluntad; hoy cada sér se erige en dueño de su corazon y sus acciones; la obediencia, ese aprendizaje suave que parece acostumbrarnos á dominar nuestras pasiones, es tenida como una humillacion; la inocencia es necedad; la humildad para un poder superior es envilecimiento.

Y esto es una consecuencia natural de la educacion moderna y de los ejemplos en que la generacion que nace se forma.

Al quitar á todas las acciones del niño, del jóven y del hombre, esa sombra sagrada de conformidad á una ley divina, ese molde inmaterial y purísimo á que han de ajustarse segun los preceptos religiosos; al desenvolver de los velos de castidad moral en que la familia cristiana envuelve el pensamiento, esa idea naciente, primera chispa en que se revela la llama de la pasion que oculta alienta en el alma, ya no hay que esperar ni de ese corazon ni de esa inteligencia grandes virtudes ni abnegaciones sublimes; como no hay que esperar pureza de la corriente que, trocado su curso, al formarse un nuevo cauce arrastra el cieno á su paso.

Ese abandono de preceptos religiosos, de máximas puras, de ejemplos de virtud, traen la confusion para el espíritu, el endurecimiento para el corazon, la indiferencia para el alma.

La familia cristiana es la esperanza de las sociedades, porque sólo de ella puede esperarse elevacion y grandeza. Ese hogar, al parecer tan humilde, tan olvidado, es el filon escondido que puede ofrecer los tesoros de la virtud y el honor á la sociedad en que se oculta. Ese hogar puede ser, y lo es sin duda, el centro del verdadero progreso, de ese progreso que es la aspiracion de lo perfecto por medio de lo bueno; puede ser el manantial nuevo que, brotando en la soledad, extiende sus aguas puras para fertilizar y hacer floreciente ese desierto en que su corriente se desarrolla. Ese hogar que recibe de la sociedad la consideracion y el respeto, devuelve á esa misma sociedad centuplicados estos favores, pues la familia honrada, la familia religiosa, la que forma con sus costumbres el ejemplo y el modelo de la gran familia social, es para los sentimientos de honor y virtud una especie de depósito productivo en que vemos crecer y formarse la idea cuyo gérmen se depositó

en ella. La familia cristiana es la expresion más bella del progreso humano, tal como la razon y el corazon la comprenden.

Al quejarnos del desnivel en los poderes, de la aventurera impresion de ilusorios deseos, de la loca agitacion de sensaciones, de la frialdad en las virtudes y la indiferencia en todo cuanto hoy corrompe en la vida social nuestras costumbres, nuestras creencias y nuestra fe, no busquemos la causa en las agitaciones políticas, en la variedad de sistemas, ni en la práctica de las modernas ideas; busquémosla sólo en el hogar doméstico; busquémosla en la desunion de la familia con su Creador sublime; busquémosla en el sentimiento religioso, casi extinguido.

Nuestra familia actual en su generalidad, más que la concepcion cristiana recuerda la del paganismo.

Aquel cuadro de belleza sublime que Dios trazó como centro de la vida, está alterado, confundido, olvidado casi del todo por los que en él debieran sostener sus derechos á la felicidad.

Esta es la única causa de los males que á la sociedad afligen, y á esta causa debe consagrarse una atencion preferente.

Purifíquense las costumbres allí donde nacen; santifíquese la vida allí donde brota, y la sociedad se habrá regenerado. Creemos sobre las ruinas del *indiferentismo* moderno la familia cristiana; venzamos con la virtud á esos paganos del dios Yo, que pretenden arrebatarnos nuestras santas creencias, y el dia que el hogar vuelva á ser el santuario de la divinidad en su relacion sublime con la familia, podremos descansar tranquilos, porque, al regenerarse la familia, la sociedad quedará regenerada.

XV.

LA HISTORIA.

Siempre hemos tenido una gran predileccion por las lecturas históricas.

La filosofía de los hechos nos parece la más clara, la más verdadera de las filosofías, y gustamos de estudiarla en el terreno práctico, en el suceso mismo.

No hay estudio más grande, más interesante que el estudio del pasado.

No sabemos por qué tenemos á ese pasado un apego invencible.

En pleno siglo XIX, gozando de sus brillantes conquistas y de sus ruidosos triunfos, envidiamos á los que vivieron en los siglos de cuya historia juzgamos.

Viviendo en época de razon, suspiramos por la época del sentimiento; alcanzando un tiempo de triste indiferencia, recordamos con placer aquellos tiempos de fe!

Y como no podemos retroceder hasta ellos con la vida material, vamos á buscarlos con la vida del pensamiento.

De aquí nuestra entusiasta aficion á la lectura de la historia; de aquí que nos preocupe la manera de escribirla y que nos detengamos á reflexionar acerca de ella.

No es la historia un esqueleto de hechos; no es una consideracion abstracta sobre las causas y eventualidades de los sucesos.

Hay que dar vida de accion á los acontecimientos que se refieren, y fisonomía propia á las situaciones que se consignan.

El hecho, el suceso aislado es el cañamazo sobre el cual borda el talento del historiador el paisaje que describe, y á ese talento cabe el dar color local al fondo, carácter propio á los pesonajes, verdad á sus movimientos.

Si el historiador es demasiado poeta, la historia con sus bellas descripciones, con sus vivísimos cuadros, con sus levantadas figuras, atrae el ánimo del lector, le predispone al entusiasmo, y le lleva como en triunfo á traves de la humanidad que ya no existe, sin dejar á su espíritu la calma y el espacio que se necesita para juzgar lo que se estudia.

Si es demasiado severo, si el suceso aparece desnudo de galas y de comentarios, si el triunfo no halla en sus páginas una frase de aplauso y la derrota de sentimiento, si mero narrador copia las situaciones sin examinar sus ventajas y desventajas, si el hecho aparece descarnado, sin vida, sin color, sin accion, sin interés, el ánimo del lector, que no encuentra apreciaciones que guien su juicio, se fatiga, cree asistir á un desfile de cadáveres que evocados por una voz severa se levantan ante sus ojos, y como aquellos espectros que pasan no pueden despertar su simpatía ni atraerle hácia sí, arroja el libro con hastío, y olvida lo que en él ha visto con desden.

Ambos extremos son grandemente perjudiciales al historiador.

En la idea de narrar para que la narracion sirva de enseñanza, en la idea de fijar el hecho consumado para ofrecer un ejemplo al hecho probable, hay que tomar del pasado los nombres y las cosas, los sucesos y los lugares, pero hay que tomar del presente el análisis y la reflexion, la crítica y el juicio.

La historia profana como la religiosa puede ser sobria de detalles, escasa de

apreciaciones, sencilla de expresion, pero debe ser rica siempre de animacion descriptiva y de verdad filosófica.

El historiador sencillo, uniforme y conciso, no arrebata, pero enseña; no seduce, pero instruye.

El historiador artista, el que elevando su pensamiento canta más bien que describe las excelencias y los errores de una generacion; el que envuelve en la fluidez de su palabra la pequeñez del acontecimiento y oculta con las riquezas de su estilo la pobreza moral de un personaje, es más peligroso, aunque agrada más, porque extravía la opinion.

Calcar la belleza en la verdad, hacer brotar la vida de la muerte, es la mision dificilísima encargada al historiador, y de su desempeño es responsable ante la crítica presente y la sociedad futura.

No puede admitirse el exclusivismo de la narracion árida y fria, ni el exclusivismo del discurso apasionado y brillante.

Una historia en que no aparezcan los personajes palpitantes bajo sus pasiones, en que no se oiga el clamor de las batallas, el choque de las armas y los cantos de victoria; en que no se vea el movimiento in-

cesante del espíritu humano bajo sus distintas manifestaciones, aparece como un encerado donde se mezclan en revuelta confusion líneas no concluidas, figuras mal trazadas, proposiciones incompletas y números esparcidos indistintamente.

La historia que engalanándose con la animacion y brillantez que dá vida al pasado, deja de consignar verdades sacrificando el fondo á la forma, es igualmente defectuosa.

Hay un medio de unir ambas condiciones.

Hacer que las letras y el estilo presten concurso á la descripcion narrativa; unir en sublime consorcio la aspiracion del mundo científico con la del mundo literario; hermanar bajo la forma general de lo bello el ideal del filósofo y el ideal del historiador; dejar á la investigacion del pasado todo su patrimonio y á la doctrina del presente todo su prestigio, para formar con la historia un cuadro vivo del linaje humano.

Sólo así, sólo mirando el historiador los sucesos desde su propia altura, sólo estudiando sus causas, sus circunstancias y sus motivos puede trasmitirnos su propio sentimiento, sin que se confundan nuestras

impresiones creyendo heroismo lo que es temeridad, creyendo crueldad lo que es fortaleza en la justicia, creyendo pasion lo que es vicio.

La imparcialidad debe ser su norma, y por eso convendria que el historiador no lo fuese de su patria; no hay pensamiento por firme que sea que no se sienta impulsado por sus afectos.

El historiador, cuanto más léjos se halle de sí mismo, tanto mejor juzga las causas vencidas y los hombres victoriosos.

¿Cómo no ha de sentir lo que expresa, y cómo, al expresar lo que siente no ha de olvidar reglas, siguiendo al sentimiento que le arrastra?

¿Cómo no ha de conmoverse en lo que admira, cómo no interesarse en lo que juzga, cómo no apasionarse de lo que vé, si es hombre, y pasan bajo su vista las pasiones de otros hombres?

¿Cómo no ha de palpitar su corazon, si son fibras de otros corazones lo que remueve su mano, al descubrir escombros y analizar sucesos?

Los mejores historiadores del mundo antiguo y moderno han sido acusados de parcialidad al referir hechos propios, y si fué-

semos citando sus nombres, veriamos que ellos mismos han incurrido en la falta que denunciaron.

Chateaubrian, por ejemplo, se lamenta de no ver imparcial al P. Mariana, y atribuye él á los franceses *condiciones de semidioses!...*

Por eso creemos que debia ser extraño á una nacion el que escribiera su historia, así como que el lector debe poner entre la realidad del suceso y la pasion del escritor su buen sentido y la imparcialidad de su propio juicio.

XVI.

LA NOVELA.

VAMOS á ocuparnos de un género literario muy importante bajo el punto de vista social: de la novela.

La novela actual, la novela contemporánea, sigue una senda que la hace difícil para la mayor parte de los lectores, ya se mire como recreo, ya como pasatiempo, y pocas veces y en pocos casos como instruccion, pues débil base de la ilustracion del pensamiento puede ser una fábula.

Y decimos que se hace difícil, porque los espíritus serios, los entendimientos razonadores, empiezan á preocuparse hondamente de los efectos que producen, y á señalar como uno de los más graves males sociales el desenvolvimiento de la novela.

Hoy hay como una especie de desórden en los sentimientos morales y sociales que

obliga á no fijarse detenidamente en ninguna cuestion, por árdua que sea, á señalar á la ligera defectos y virtudes sin detenerse á analizarlos; diríase que la humanidad tiene prisa por llegar al fin, y vá dejando descuidadamente en el camino cuanto pudiera detener ó entorpecer su marcha!

¡Triste anhelo que no ha de ver cumplido!

La existencia es un solo paso hácia esa luz del porvenir que vé tan léjos, y cada generacion un eslabon más de esa cadena poderosa cuyo primer anillo está en la mano de Dios!

Efecto de esta indiferencia, la novela pasa, y pasa sin modificarse, sin adquirir siquiera ese fondo de verdad que pudiera prestarle la filosofía, la historia y la sana moral, y que haria de ella un ejemplo vivo, palpitante, de alguna virtud práctica, de alguna ventaja social, desconocida ú olvidada en el dia.

Sus pasiones, sus caractéres, sus sentimientos, son exagerados siempre, impropios, imposibles!...

La virtud inflexible, el crímen poderoso, la belleza ideal: hé ahí la base sobre que los modernos novelistas trazan sus cuadros.

La realidad, esa rica paleta en que se condensan todos los colores que pueden pintar la vida, está á mil leguas de esas exaltadas fantasías que apoderándose de los sucesos humanos, los revuelven á su placer, como revuelve un niño en su juego las piezas de un ajedrez; hacen surgir personajes que no existen, pasiones que no deben existir, y que si existen es, afortunadamente, como una excepcion aislada; situaciones incomprensibles á la razon, pero que ejercen gran influencia sobre un espíritu sencillo, contrastes violentos cuya utilidad no se explica, pero que preparan un gran efecto, lo cual es todo, por más que ese efecto ni se justifique ni pueda explicarse.

Hé ahí los componentes de la novela moderna.

No es lo ideal que toma forma en lo real embelleciéndolo, poetizándolo con las galas del ingenio; no es el sueño delicado y vaporoso de la fantasía que flota sobre la verdad envolviéndola en reflejos celestiales; es el extravío intelectual elevado á regla, es el error grosero defendido como enseñanza, es buscar en las sombras de las locuras humanas colores para delinear per-

sonajes de un mundo que no existe, es llevar la exaltacion al pensamiento y al corazon la duda, es jugar, en fin, con las sensaciones del lector, inspirándole odio y desprecio hácia lo que vé, ambicion por lo que se le muestra, desesperacion por su impotencia.

Oimos con pena á un jóven que no há tenido aún el tiempo material de conocer la vida, quejarse de ella con amargura, hablar de desengaños, de miserias, como si tuviese empeño en demostrar que su corazon se ha secado ya en su pecho y su pensamiento ha recorrido los vastos campos de la esperanza, hallándolos agostados.

Y tal vez el que así se lamenta tiene una madre dulce y amante, un padre inteligente y justo y un maestro sabio y prudente.

¿Dónde, pues, ha recibido aquellas tristes impresiones?

¿Necesitamos decirlo?...

La juventud devora esas páginas en que han abierto un palenque las pasiones y los extravíos.

La vida real no puede ofrecerle aquellas vertiginosas sensaciones, aquellos inesperados triunfos, aquellas bellezas maravillosas, aquellos falsos placeres de que ha saturado

su espíritu, aquellos grandes crímenes con que se ha familiarizado, digámoslo así, y la vida real no encierra para ellos otra cosa que hastío y desencanto, no propio sino ficticio, pues no juzgan por su misma razon, sino que hacen suyas las amargas decepciones del novelista.

La influencia de la novela en la imaginacion de por sí exaltada de la mujer, es mil veces más peligrosa.

El vicio allí se rodea de oro y brillantes, en vez de presentarlo tal como es, miserable y asqueroso.

Segun la ley especial de ese mundo fantástico la virtud debe sufrir siempre, para llegar á una pálida apoteosis, escrita en dos líneas en la hoja final; no hay razon, no hay lógica, no hay belleza en lo que carece de verdad, y ya que no la verdad relativa, debieran encerrar esos cuadros siquiera la verdad absoluta, para no despertar esas agitaciones, esas luchas, esos peligros.

En otras naciones donde la educacion se asienta sobre sólidas bases, donde el carácter frio, razonador, analiza en teoría la creacion atrevida, y desecha sin esfuerzo lo inútil de ella, la novela no puede tener la influencia que alcanza entre nosotros,

que tenemos la lógica inflexible de la altivez y la fuerza, si bien esa fuerza y esa altivez no nos traigan en la práctica grandes ventajas; que profesamos la temeridad de carácter con la instabilidad de afecciones; que creyendo con fé ciega en nuestro propio valor no buscamos precaucion alguna contra impresiones peligrosas; que soñadores por temperamento y por costumbre, tomamos como moneda corriente, no sólo nuestras ilusiones, sino las ilusiones agenas.

Con estas condiciones que nos son propias, la novela estaba llamada á ser en España un poderoso elemento de civilizacion y cultura que difundiese la ilustracion en todas las clases, siempre que la novela buscase su centro natural, y en vez de dirigirse á la imaginacion para excitarla, hablase á la razon para instruirla.

Los grandes personajes de la historia, la verdad en los caractéres, que pueden y deben tomarse de la vida real, el ejemplo práctico del bien y del mal, sin exageraciones ridículas, la enseñanza del deber y la demostracion clara y sencilla de los hechos, sin alardes de inventiva que confunden, sin oscuridades metafísicas que de nada sirven, hé aquí el molde en que la novela españo-

la deberia fundirse, para ser un trabajo útil y provechoso, un medio de engrandecimiento moral y de agradable descanso.

Nuestra novela no debe imitar á la de otras naciones, ya que para otros caractéres se escribe; y esto constituye tambien uno de los más graves males; la costumbre de leer la novela francesa, de seguir con el pensamiento sus locos delirios, hace que la nuestra nos parezca insípida, si no está calcada en el modelo francés.

Hoy se inicia un giro favorable á nuestra literatura propia; hoy se hace un esfuerzo por desviar de esa mezquina imitacion á nuestros ingenios.

Alarcon con su magnífico libro el *Escándalo* y su precioso cuadro *El sombrero de tres picos;* Valera con sus lindas novelas *Pepita Gimenez* y *Las ilusiones del doctor Faustino;* Galdós con su *Fontana de oro* y sus *Episodios nacionales*, se han puesto á la cabeza de ese movimiento, que ha de merecer indudablemente los aplausos de todos los que ven en la literatura un medio de pulir las costumbres, elevar los sentimientos y llevar al fondo de todas las inteligencias la idea de la suprema belleza y del espiritualismo ideal, pero de ningun

modo el ariete encargado de destruir en la obra social la verdad, la razon y el sentimiento.



